Fui testigo

Una historia en imágenes

Aurelio González

[cdF EDICIONES]

Fui testigo

Una historia en imágenes

[cdF EDICIONES]

Aurelio González

Aurelio González. Año 2011. Foto: David Puig.

Intendenta de Montevideo
Ana Olivera

Secretario General
Ricardo Prato

Directora División Información y Comunicación
María Urruzola

Equipo CdF
Daniel Sosa - Director.
Natalia Castelgrande - Secretaría.
Gabriela Belo - Gestión.
Gianni Pece - Administración.
Carlos Contrera - Fotografía.
Gabriel García - Fotografía.
Andrés Cribari - Fotografía.
Magdalena Broquetas - Investigación.
Clara von Sanden - Investigación y Documentación.
Alexandra Nóvoa - Investigación y Documentación.
Mauricio Bruno - Investigación y Documentación.
Ana Laura Cirio - Documentación.
Sandra Rodríguez - Conservación.
Valeria Martínez - Conservación.
Lilián Hernández - Atención al público.
María Noel Ares - Atención al público.
Francisco Landro - Comunicación.
Andrea López - Comunicación.
Mauro Martella - Comunicación.
Martina Callaba - Producción.
Cecilia Casablanca - Producción.
Gonzalo Bazerque - Producción.
Gonzalo Gramajo - Técnica.
Pablo Tate - Actor.

© Aurelio González

© 2011. Primera edición - 1.000 ejemplares
2012. Segunda edición - 1.000 ejemplares

Centro de Fotografía (Intendencia de Montevideo)
http://CdF.montevideo.gub.uy

El contenido de esta publicación es propiedad y responsabilidad del autor.
Prohibida su reproducción total o parcial sin el previo consentimiento.

Realización: Centro de Fotografía / División Información y Comunicación / Intendencia de Montevideo.

Edición fotográfica y textos: Aurelio González
Digitalización y conservación: Sandra Rodríguez/CdF, Valeria Martínez/CdF
Tratamiento digital: Gabriel García/CdF, Gabriela Belo/CdF
Diseño: Andrés Cribari/CdF
Corrección: Rosanna Peveroni

* En el transcurso del proceso de documentación e investigación del Fondo Privado El Popular emprendido por el CdF desde 2006, la identificación de personas o situaciones históricas en algunas de sus fotografías es posible gracias a los aportes del público y su acercamiento al CdF. Es el caso de la fotografía de la página 112, en la cual la identificación de Ramón Roberto Peré -reconocido por su familia y allegados- fue posterior a la publicación de la primera edición de este libro.

Impreso y encuadernado en Empresa Gráfica Mosca

Depósito Legal 357.026 - Comisión del Papel
Edición Amparada al Decreto 218/96

ISBN: 978-9974-600-74-4

Si me lo permiten, quisiera dedicárselo a ustedes, trabajadores y estudiantes. Sin su entrega y coraje esta publicación no hubiese sido posible. Ahí están ustedes, son sus imágenes.

Prólogo

"Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarte".

Miguel de Cervantes Saavedra acerca de su obra magna,
"El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha"

EN EL LAPIDO TAMBIÉN RESURGIÓ UN AVE FÉNIX

Caro lector. ¿Lector? No sé cómo definir a las personas que adquieran este libro, pues más que lectura encontrarán en él una historia en imágenes. No es una vieja historia, es y se trata nada más y nada menos sobre lo que nos ocurrió a nosotros en los años 1957, 1958 hasta julio de 1973. Sí, aquí, en Uruguay.

Sin lugar a dudas, muchos al hojearlo no encontrarán cosas y hechos que sucedieron pero que no fueron incluidos en este libro; seguro que será así. Y, por supuesto, tiene su explicación: o bien mi propia incapacidad, o bien mi poca experiencia en estos menesteres. También es posible que los negativos de esos acontecimientos no los tengamos con nosotros: son miles los que aún no han aparecido, aunque pudimos rescatar más de cincuenta y siete mil que estuvieron extraviados por más de treinta y tres años. Para ser más exactos: treinta y tres años y ocho meses.

Estimado lector: le adelanto que ésta es una historia con un final feliz. Fíjese que este archivo del diario El Popular fue escondido en el edificio Lapido, en 18 de Julio y Río Branco (lugar donde se editaba el diario), el 6 de julio de 1973, en un oscuro pasadizo entre el primer y el segundo piso, y fue hallado en ese mismo edificio el 31 de enero de 2006.

Tuvo algo de mágico, mucho de sorprendente, yo diría que es hijo de la solidaridad, pero más que ninguna otra cosa, lo que primó fue la firme voluntad de buscarlo y nunca haberlo dado por perdido.

Pero en toda esta historia maravillosa tuvo mucho que ver Quique, joven formidable que con sus pocos años, doce o trece, después de ayudar a su padre y empleados a acondicionar lo que iba a ser un estacionamiento de autos, se iba por vericuetos oscuros, con cierto encanto por descubrir en esos lugares que se le antojaban misteriosos un 'nosequé' que le hacía sentir cosquillas en su infantil barriga. Él, este muchacho inquieto, fue el primero en encontrar una de las latas; en otras recorridas supo dónde había decenas de ellas. Allí quedaron, no olvidadas, pero allí quedaron. El lugar era, hasta para un muchacho travieso como él, de muy difícil acceso.

Pasaron los años, Quique creció. Quizá ya no era tan travieso, pero nadie puede negar su altruismo y generosidad. ¿Qué más puedo decir de él? Sin Quique

quizá hubiesen pasado años antes de que aparecieran los negativos.

Les quiero contar algo: este archivo de nuestro querido diario no lo hallamos en el entrepiso donde lo dejáramos aquel 6 de julio de 1973. No, alguien lo había encontrado allí antes. ¿Quién? No sé, pero si hubo escombros, ladrillos, mezcla, cuchara, maceta y 'cortafierro', ahí tuvo mucho que ver algún o algunos obreros de la construcción.

Él o ellos lo encontraron. Cuando al llegar al final de ese estrecho y oscuro túnel vieron un 'monte' de latas superpuestas y con cierto orden, habrán pensado que no era algo tirado así nomás; a las claras se veía que eso había sido escondido prolijamente por alguien. ¿Qué cosa esconderían esas latas? ¿Qué tesoro o secreto encerrarían? Me quiero imaginar a ese o esos hombres cuando al tomarlas en sus manos las latas pesaban, al zarandearlas sonaban, al abrirlas... bueno, al abrirlas sus ojos incrédulos quizá –y sin quizá– se habrán desilusionado.

No había monedas de oro ni había joyas, no era un tesoro. Vaya usted a saber qué era esa masa oscura que al dar vuelta la lata se desparramó sin ruido como si fueran plumas.

¡Increíble! No lo habrán podido creer. ¡Eran negativos! ¡Montones de negativos! A la luz del farol que forzosamente tenían que haber llevado para trabajar en ese lugar de sombra, polvo y silencio, con sorpresa habrán reconocido rostros y cosas que no hacía tanto tiempo eran cotidianas.

En esas latas estaban el general Liber Seregni, el doctor Juan José Crottogini y el doctor Hugo Villar. El diputado Rodney Arismendi, primer secretario del Partido Comunista del Uruguay (PCU), y junto a él, en la caja de un camión se veía a los senadores Zelmar Michelini y Juan Pablo Terra. Y más, y más, y más.

Se veían fábricas y obras en plena labor o con grandes carteles que denunciaban despidos o arbitrariedades. Ahí estaba también el querido compañero Ismael Weinberger, responsable de la página sindical de El Popular, reporteando a dirigentes del gremio de la carne; luego estaría preso por más de siete años en el penal de Libertad, por lo que fue y por lo que hizo en la dura clandestinidad. No faltaban las fotos de la Guardia Republicana a caballo, sable en mano y carabina a la espalda.

Tampoco faltaba la fachada del edificio central de la Universidad de la República con un gran pizarrón abarrotado de flores y con una sola inscripción: "SILENCIO". Ese día habían matado a Líber Arce.

En esas latas llenas de historia había jóvenes muy jóvenes ocupando liceos cuyas puertas, ventanas y paredes estaban agujereadas por balas policiales o de la Juventud Uruguaya de Pie (JUP). Allí, esos trabajadores de la construcción se encontraron con su propio gremio, el Sindicato Único Nacional de la Construcción y Anexos (SUNCA), o bien en multitudinarias asambleas, o en una interminable hilera de camiones camino al Palacio Legislativo.

También aparecían en esos fotogramas las valientes textiles, bajo lluvia y un mar de paraguas multicolores, reclamando trabajo y reapertura de fábricas cerradas.

Sí, encontraron de todo lo que había o se movía en aquel Uruguay que, a brazo partido, defendía sus conquistas logradas en duras luchas. Se habrán extasiado con la exuberante Rosa Luna adornada con plumas blancas en pleno carnaval montevideano.

Estoy seguro de que después de acomodar en su cerebro tamaña sorpresa intuyeron de qué se trataba todo aquello, supieron qué material era ese y qué valor tenía. Lo escondieron, lo protegieron y, en vez

de entregarlo, lo hicieron desaparecer pensando que algún día podría ser rescatado.

Es claro que estos hombres de andamios y cimientos no tenían la menor idea de la fragilidad de ese material ni de todos los problemas que le acarrean el excesivo calor, el polvo y la más que destructora humedad. Es cierto que estaban dentro de unas latas, hasta con tapa. Es posible que hayan pensado que eso era suficiente para que permanecieran ocultos sin peligro de deterioro.

Y aparecieron. Como les cuento: aparecieron. Pero no en un lugar cualquiera. Fue... de película, increíble. Y, para peor –y también para mejor–, en un lugar de difícil acceso. Estaban en un ducto de ventilación que llegaba al subsuelo del emblemático edificio. Justo ahí fue donde años después las descubrió Quique: fue él quien nos guió y nos ayudó en la apasionante historia del rescate.

Esas latas cargadas de historia hicieron un recorrido de treinta o cuarenta metros en caída libre, y allá abajo, entre escombros, polvo, humedad, frío o intenso calor estuvieron por años.

Para qué seguir contándoles estas cosas que tienen bastante de cinematográficas... Pero además esto tiene un plus: son muy pocos los ejemplos de algo similar que hayan ocurrido en el mundo.

Sinceramente, lector amigo, pensé que este prólogo lo hubiese tenido que haber escrito alguien que supiera de letras y que tuviera una buena redacción. O alguien que podría haber sido un dirigente sindical de la época. O, por qué no, un politólogo que con su sapiencia y oficio supiera desmenuzar en estas imágenes lo que fueron aquellos años... nada fáciles, nada fáciles.

Pero lo bueno y lo positivo es que fueron años intensos, de movilización, de creación, durante los cuales sindicatos y sociedad, involucrando a miles de voluntades, fueron capaces de crear las condiciones para que existiera y se realizara el multitudinario primer Congreso del Pueblo. Y ahí, sobre la marcha, nacía la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), hoy PIT-CNT. Más tarde, pero sin pausa, nacía el Frente Amplio, una organización política progresista y sin exclusiones, que rompía con más de un siglo de bipartidismo.

Claro, también lo podría haber escrito un político, algún diputado o senador. Sí, un político de aquel entonces, con años de cámaras, de polémicas reñidas, que en su legislar cotidiano dentro de ese palacio de las leyes más de una vez haya tenido que asomarse a ventanas y puertas para ver, entre carteles y con el estruendo de bocinazos de ómnibus del transporte colectivo, a miles de obreros, jubilados, inquilinos desalojados o a punto de serlo, funcionarios del Estado, municipales y trabajadores de los entes, a maestros y profesores cercando ese edificio de leyes y debates.

En esa explanada del palacio no faltaron los universitarios que montaron aulas en plena vía pública, con alegría e ingenio. Lo hicieron a los cuatro vientos y a pleno sol, con frío y hasta con lluvia. Cualquiera que pasara por ese lugar vería con asombro a profesoras y profesores prestigiosos dando clase protegiéndose con paraguas o pedazos de nailon, en reclamo de un presupuesto justo para la enseñanza.

Ese era el Uruguay. Combativo, politizado, antiimperialista, solidario con los pueblos que luchaban por libertad y justicia. Solidario con la revolución triunfante de Cuba y el heroico pueblo de Vietnam. Solidario con los perseguidos por dictaduras feroces. Solidario con otros gremios, con su clase.

Los legisladores vieron, primero con sorpresa y más tarde con preocupación, que a todos aquellos

reclamos en el Parlamento se les agregó algo nuevo: la venida de ese otro Uruguay, el siempre olvidado, el de los trabajadores del interior. Pero no venían en ómnibus o en camiones, lo hacían a pie, caminando centenares de quilómetros.

Los textiles llegaban desde Juan Lacaze, Colonia o Paysandú. Los obreros de la carne, de Fray Bentos, Paysandú o Salto. Los 'peludos' de la remolacha, desde Guichón y toda la zona remolachera. Los bravos y tenaces cañeros, desde allá, en la frontera más lejana, Bella Unión. También llegaron los portuarios del litoral, que siendo gentes de ríos, embarcaciones y grúas se tuvieron que convertir en caminantes de sus reclamos. O los pequeños y medianos productores de leche y papas, que arribaron en camiones y ómnibus por doquier y protagonizaron una dramática huelga de hambre.

Eran mujeres y hombres, jóvenes y no tan jóvenes que se hacían presentes para reclamar por sus fuentes de trabajo, por su salario y por justas reivindicaciones. Así venían, ¡a pata!, exhibiendo coraje y dignidad, con sus pies heridos como consecuencia de las largas caminatas, sus rostros quemados por el achicharrante sol o las duras heladas.

Sí, pensándolo bien, el prologuista podría haber sido un político. Pero... no sé la causa, 'en un redepente' me dije: esta historia en imágenes la tendría que escribir la gente. ¡Sí, la gente!

Me pregunté: ¿por qué no los trabajadores del metal o de la construcción?; ¿por qué no las obreras y los obreros de los frigoríficos?; ¿por qué no las alegres, bonitas y combativas textiles? O los esforzados hombres de la mar. O los valientes y jóvenes universitarios. O las maestras y maestros de guardapolvos blancos. O la gente de la salud. O los jovencísimos liceales, expertos y verdaderos maestros en movilizaciones y ocupaciones. ¿Por qué no los troperos de a caballo y poncho? O la gente de las duras canteras de piedra o cal. O los sufridos ladrilleros. O los trabajadores del petróleo o del agua.

Es muy posible que esta historia tenga algo de Ave Fénix.

No tengo dudas de que muy bien la hubiesen podido contar las mujeres y los hombres protagonistas del hecho más trascendente del siglo pasado. Me refiero a las trabajadoras y trabajadores, a los estudiantes, muchachas y muchachos que el 27 de junio de 1973 declararon la huelga general contra el golpe fascista cívico-militar, con ocupación de fábricas y centros de estudio, al grito viril de "obreros y estudiantes unidos y adelante".

Caros lectores, otra vez no sé qué decirles, pero les aseguro que lo aquí mal hilvanado me fue sugerido desde el alma de la gente, los que trabajan, desde el alma de los suburbios más alejados y de los barrios humildes.

El fotógrafo del diario El Popular Aurelio González en el momento en que la Caravana de la Esperanza entra a Montevideo. Avenida Garzón. Octubre de 1971.

27 de junio de 1973:

Una noche fría; un amanecer opaco,
chirriar de cadenas y ruido de botas,
gritos de mando y cuerpos a tierra.

Fue una noche larga. No sé por qué me daba la sensación de estar dentro de una burbuja. No sentía el frío ni el calor, ni el hambre ni la sed. En ese recinto de butacones de color celeste no había la quietud y el sosiego de otros momentos. Había corridas, tensión, legisladores que entraban y a los pocos segundos volvían a salir.

No era para menos: todos los que ahí estábamos éramos conscientes de que en cualquier momento veríamos aparecer a hombres vestidos y armados como para entrar en combate. La indignación se podía palpar. Desde la mesa de la Cámara de Senadores se llamaba a sesión. Los distintos grupos políticos parecían rodear a sus líderes para darles protección.

Aquella noche no fue una sesión más. Hubo algo en común: el repudio. El más alto repudio y la más firme condena al golpe de Estado cívico-militar de ese día aciago, el 27 de junio de 1973.

Como dice la canción de Joaquín Sabina: "y nos dieron las diez y las once, las doce y la una y las dos y las tres"... Esa madrugada no hubo campanadas ni besos; lo que hubo fue el chirriar de cadenas y el ruido de botas, los gritos de mando y cuerpos a tierra, el montar de las ametralladoras y el crac crac del cerrojo de los fusiles al ser cargados.

Los golpistas, en nombre de "la libertad y el orden", desalojaban a los legisladores. Legítimos ellos. Ilegítimos aquellos. Ilegítima su prepotencia. Ilegítimo el adueñarse de ese recinto sin que nadie los hubiese elegido o autorizado. Fue por arrebato, por prepotencia. Se llevaron las llaves de ese lugar de leyes, soberanía, debates, tolerancia y libertad.

La madrugada fue fría y de un blanco opaco. Los camiones del Ejército cargados de soldados armados a guerra rodeaban el Palacio Legislativo. Las tanquetas amenazantes apuntaban a las puertas solitarias; parecían guardar silencio. Los soldados entraron pisando fuerte y sacando pecho, como si hubiesen librado una dura batalla contra un duro enemigo, a lo fanfarrón. Iban con una indumentaria como para hacer la guerra. Ellos, que un día juraron defender hasta con su vida la Constitución y las leyes, en ese momento, en ese preciso momento la estaban mancillando.

¡Qué ilusos! Creyeron que habiendo tomado su cuerpo también se habían adueñado de su alma.

La dirección de la central de trabajadores, la CNT [Convención Nacional de Trabajadores], pasó a la clandestinidad. Se reunieron sus máximos dirigentes y, tal como estaba resuelto desde 1964, si había golpe de Estado habría huelga general y ocupación de los lugares de trabajo. Y así fue: a lo largo y a lo ancho del país se ocuparon fábricas y sanatorios, frigoríficos y bancos tanto públicos como privados, hasta el Zoológico y el Planetario. Las terminales de ómnibus y los ferrocarriles, el Correo y la refinería de ANCAP, las Obras Sanitarias del Estado (OSE), las centrales de energía eléctrica y los teléfonos del Estado, las redacciones y los talleres de los diarios, las intendencias y sus distintas reparticiones, los hospitales públicos y privados, talleres grandes, medianos y chicos, las fábricas de vidrio. Resulta interminable nombrar a tantos y tantos. Junto a todo eso y el mismo día, la Universidad de la República era ocupada por profesores, funcionarios y estudiantes. Las facultades, ocupadas. Los liceos con sus jóvenes alumnos, ocupados.

En las fachadas de fábricas y centros de estudio se izaron banderas y pancartas, frases con los poemas de Nicolás Guillén que se dirigían a los soldados. No hubo pared donde no se escribiera "tiranos, temblad".

Fue un hito histórico el papel jugado por la clase obrera, duro puntal que, como nunca, aguantó la embestida fascista. Fueron quince días de resistencia

y sacrificio en los que una multitud llegaba de las fábricas ocupadas, de las facultades, de las barriadas obreras. Eran mujeres y hombres de distintas condiciones sociales, obreros, profesionales, estudiantes, jóvenes y no tan jóvenes. Era un pueblo erguido que no se amilanó ante los soldados armados a guerra, las camionetas y camiones repletos de uniformados, los estampidos de los fusiles con el objetivo de amedrentar. No lo consiguieron. Una y mil veces se coreó, puño en alto: "Tiranos, temblad; tiranos, temblad".

El 9 de julio de 1973 a las cinco en punto, en la avenida 18 de Julio, un periodista sin pose ni pinta de héroe, pero heroico él, Ruben Castillo era su nombre, sacó de la galera un bello poema de Lorca en el que justamente se repetía una, otra y otra vez: "a las cinco de la tarde".

"A las cinco en punto de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana".

Y por ahí seguía una y otra vez este periodista increíble, valiente:

"El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde".

Y seguía:

"Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde".

Y seguía. Mil veces siguió:

"En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde".

Luego, más al rato, otra vez:

"cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde".

Qué premonición la del poeta.

"A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!".

Los hombres con sus uniformes de guerra, sus fusiles de asalto, sus rostros crispados, no pudieron desalojar a aquellos que creían palomas. Ahí estaban mujeres y hombres lanzando volantes a los cuatro vientos. Las pancartas que días antes flameaban en las puertas de las fábricas y facultades se convirtieron en banderas. El "orientales, la patria o la tumba" fue coreado por miles de gargantas.

Los leopardos no podían con las palomas. No se atrevieron a disparar: hubiese sido una carnicería. Aún tenían la posibilidad de utilizar otros recursos de represión y brutalidad. Ahí nomás, esperando la orden de mando, estaban caballos y jinetes con los sables desenvainados, prontos a intervenir; la brigada de gases, atiborrada de bombas lacrimógenas; las camionetas del Ejército y de la Policía a sirena abierta, amenazantes, queriendo abrir surco entre la multitud y disolver a los manifestantes.

La carga de la caballería fue brutal: a sablazos, espoleando los caballos, pasaban por arriba de los caídos y de los que corrían. A ese infierno de camionetas embistiendo y caballos enloquecidos se sumó el estruendo de las bombas de gas; irrespirables, cegadoras. La gente

ahogada, sin respiración, intentaba entrar en casas o comercios cercanos. En esos amontonamientos hubo saña, golpearon sin piedad.

Todo eso –fusiles, camionetas, gases, caballos y sables– no bastaba, había que dar un duro escarmiento. Los policías de Investigaciones, de civil, camuflados entre la gente, a golpes y zancadillas, comenzaron a detener a todo aquel que tenían cerca. Pero tampoco bastaba. Ya se anunciaban las sombras de la noche cuando varios 'leopardos' irrumpieron en 18 de Julio. Dos pequeños focos prendidos a los costados de las tanquetas como si fueran ojos de bestias. De su torreta abovedada, en un movimiento de abanico apuntaba a un lado y otro con su negro cañón.

Cayó la noche. El alumbrado de nuestra principal avenida fue cortado. Las calles y las veredas estaban empapadas por la acción de los carros lanza-agua durante la represión; el negro asfalto, tapizado de volantes que horas antes mujeres y hombres, jóvenes, la gente toda había lanzado al rostro de aquellos hombres armados a guerra. La avenida sin testigos; la multitud ya había sido dispersada. Momentos antes, todo ese pueblo embravecido había escrito con su presencia, coraje y arrojo una de las páginas más gloriosas reservada a los pueblos dignos, valientes, que hacen suya la historia pasada en un presente de resistencia y lucha.

Ahora sí. Sin testigos, impunes, cobardemente envalentonados, haciendo lo que ellos llamaron guerra. ¿Guerra? ¡Qué va! Eso nunca fue guerra. Que no se pongan condecoraciones que no merecen: nunca las ganaron ni en las trincheras ni en ningún campo de batalla. ¿Qué guerra es esa? Decenas o quizá centenas de hombres llevando en sus manos fusiles de asalto para atacar y reducir a un montón de mujeres y hombres cercados, indefensos, desarmados.

Justo, lo dejaron para lo último de ese 9 de julio de 1973. La llamaron "operación guinda"; era el postre.

A cientos de metros de 18 y Río Branco no había una sola ventana con luz. Los faros de los camiones del Ejército, las pequeñas luces de las tanquetas, con un chirriar de fiera, era lo único que alumbraba o se escuchaba en esa noche de escarcha. Ahí, delante de ellos, se erguía El Popular, diario de lucha, de denuncia, con una voz tan potente que llegaba hasta el último rincón de la patria, desde el litoral hasta las ciudades y pueblos costeros, desde Montevideo hasta la lejana frontera norte, cruzando todo el interior profundo.

Eso no se lo perdonaban; había que aplastarlo. Ahí estaba, rodeado, odiado. Como únicas armas, sus viejas Remington y sus aún más viejas linotipos.

Pero eso era lo de menos, si solamente fuera eso ni se molestaban. Lo que querían era a su gente, desde la dirección –con el compañero Eduardo Viera a su frente– hasta los periodistas, los administrativos, los trabajadores de los talleres y los reporteros gráficos. No importaba si eran hombres o mujeres, si estaban embarazadas o tenían pequeños hijos a su cargo; para ellos ese conglomerado humano era ideológico, marxistas recalcitrantes, incansables. El Popular nunca negó su ideología, lo mismo que no se puede negar que fue escudo del trabajador o de los asalariados del campo, insobornable, diario de la clase obrera, que hizo suya la frase del Prócer: "No tenemos más enemigos que los que se oponen a la pública felicidad".

¡A por ellos! La tropa bajó de los camiones, las tanquetas apuntaban con sus cañones de boca oscura, la brigada de gases tomó posición de disparo, los caballos de la Republicana piafaban nerviosos, un oficial con mando gritó: "¡fuego!". Las escopetas o arcabuces lanza granadas lacrimógenas dispararon contra las

ventanas del diario, los vidrios volaron hechos añicos, los proyectiles explotaron, un infierno de humo irrespirable estrangulaba las gargantas, muchos caían asfixiados, otros corrían sin saber a dónde.

En medio de todo eso sonó una fuerte explosión y como reguero de pólvora llegó la noticia de que una tanqueta había arrancado de cuajo la puerta blindada de Río Branco y 18. Otra descarga cerrada hizo volar más vidrios y se multiplicaron los estallidos de las bombas.

En medio de la humareda y de la asfixia, con los ojos enrojecidos e incontenibles lágrimas, se ve aparecer un hombre armado con fusil y bayoneta calada, y otro, y otro, y otro. Son decenas. No tienen rostro, no parecen hombres del planeta Tierra. Una careta antigás les cubre el rostro, los ojos son de vidrio, su boca y nariz son una larga trompa que los hace ver parecidos a osos hormigueros, su brutalidad es ciega. Con las culatas de sus fusiles golpean sin mirar a dónde ni a quién. Los caídos, mujeres y hombres pisoteados, sin miramiento alguno son empujados hacia una estrecha escalera donde las patadas y otra vez los culatazos los hacen rodar sin compasión.

9 de julio de 1973. Serían las nueve o las diez de la noche, quizá fueran las once, quizá las doce. Muchos heridos por los golpes, todos magullados, otros doblados por náuseas incontenibles, fueron puestos contra la pared y la reja metálica que cerraba la galería. Manos en alto y apoyándose contra la pared o las rejas, iban a ser fusilados. Sí, iban a ser fusilados, más de ciento treinta iban a ser fusilados.

Eran muchos; un río de sangre hubiese llegado al río. No se atrevieron.

Este es mi recuerdo. Este es mi homenaje a mujeres y hombres, a los jóvenes que ese 9 de julio de 1973 dijeron con su presencia: "¡LA PATRIA O LA TUMBA!".

A todos, ellas y ellos, desde lo más profundo de mi alma, un beso en el corazón.

Manifestación contra el golpe de Estado.
Avenida 18 de Julio. 9 de julio de 1973.

Manifestación contra el golpe de Estado.
Avenida 18 de Julio. 9 de julio de 1973.

Manifestación contra el golpe de Estado. Al centro la militante comunista Nibia Sabalsagaray. Avenida 18 de Julio. 9 de julio de 1973. En las primeras horas del 29 de julio de 1974 Sabalsagaray fue secuestrada de su domicilio –el Hogar Estudiantil de los obreros textiles de la fábrica Campomar y Soula– y recluida en el Batallón de Ingenieros y Servicio de Transmisiones Nº 5, donde murió el mismo día a causa de torturas.

Policías de Inteligencia y Enlace detienen a un manifestante durante movilización contra el golpe de Estado. Avenida 18 de Julio. 9 de julio de 1973.

La Policía recorre la avenida 18 de Julio luego de disolver la manifestación contra el golpe de Estado. 9 de julio de 1973.

Manifestantes huyen de los gases arrojados por la Policía. Avenida 18 de Julio. 9 de julio de 1973.

Represión durante la manifestación del 9 de julio de 1973. Calle Río Branco y avenida 18 de Julio.

BEM
BEM

Manifestantes cantando el himno nacional durante la manifestación del 9 de julio de 1973. Avenida 18 de Julio.

Manifestación de universitarios contra el golpe de Estado. Avenida 18 de Julio. 6 de julio de 1973.

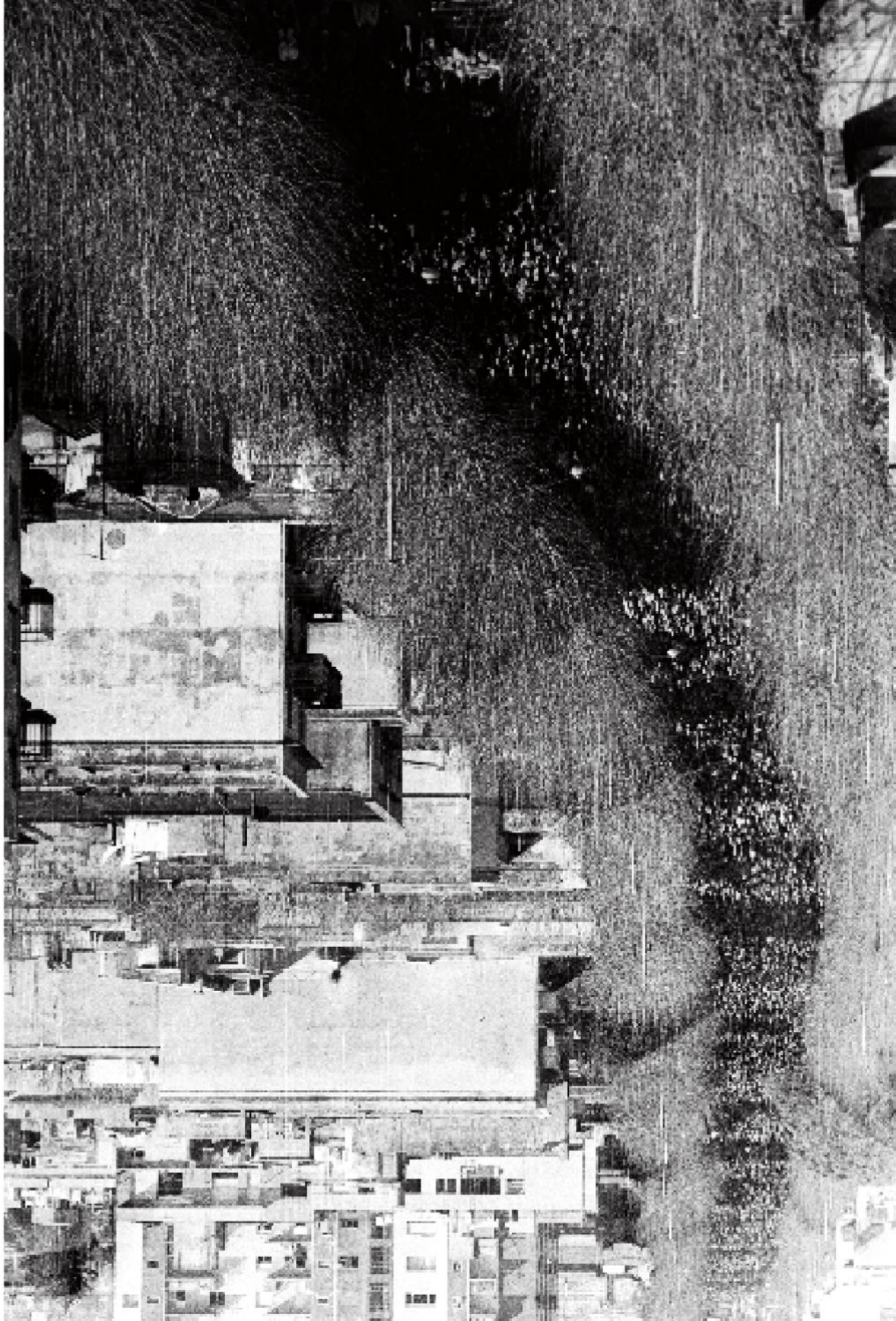
Autoridades de la Universidad de la República durante manifestación contra el golpe de Estado. De izquierda a derecha Danilo Astori, Alberto Pérez Pérez, Samuel Lichensztejn, Ricardo Caritat y Pablo Carlevaro. 6 de julio de 1973.

Manifestación contra el golpe de Estado. Avenida 18 de Julio y calle Río Branco. 9 de julio de 1973.

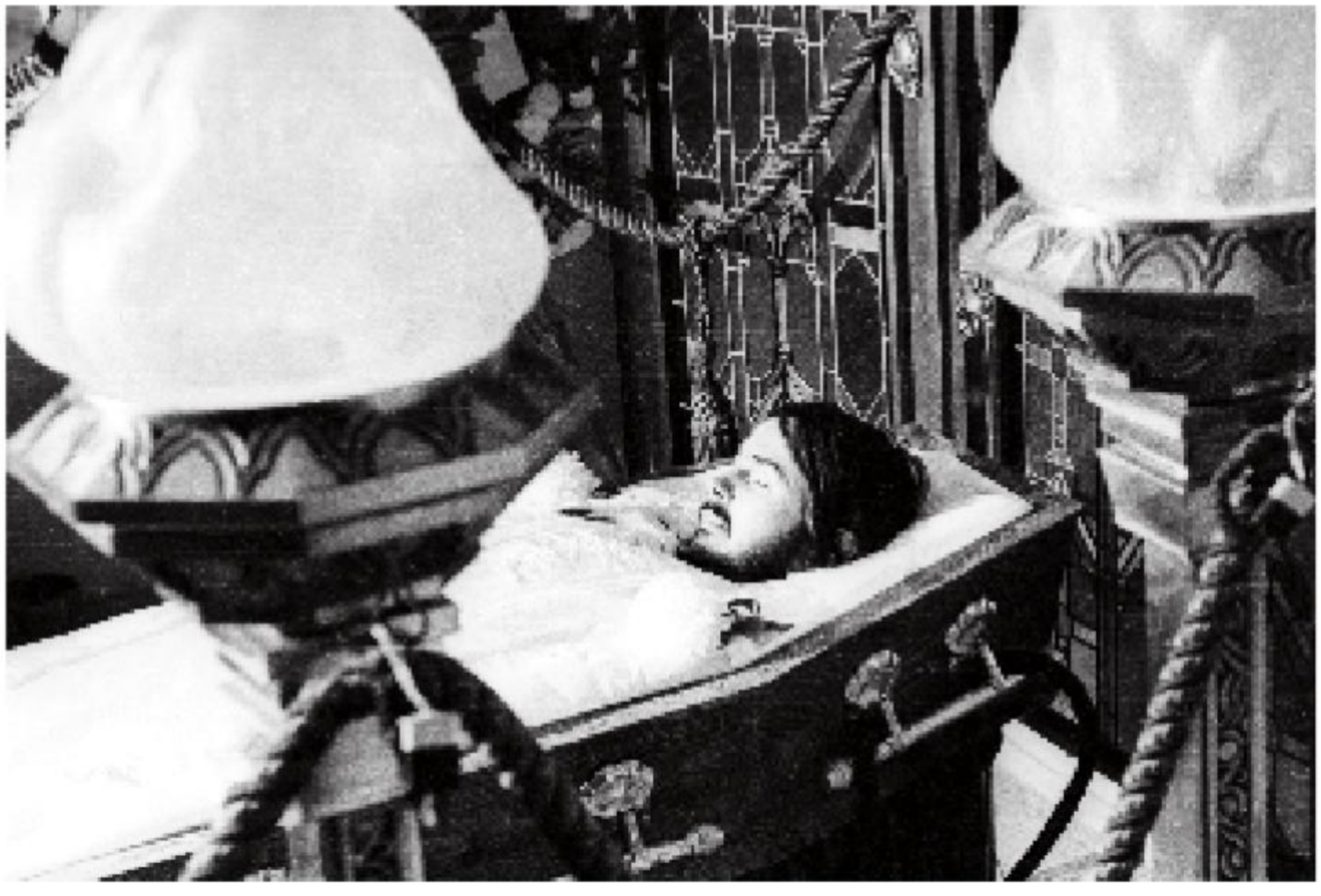
Manifestación contra el golpe de Estado.
Avenida 18 de Julio. 9 de julio de 1973.

MERCANTIL
ARGENTINOS
CRUZEIROS
DOLLARS

Manifestación contra el golpe de Estado.
Avenida 18 de Julio, 9 de julio de 1973.



Sepelio de Ramón Roberto Peré. Avenida General Rivera. 8 de julio de 1973.



Velorio de Ramón Roberto Peré. 8 de julio de 1973.

Autoridades del Frente Amplio durante el velorio de Ramón Roberto Peré. De izquierda a derecha el segundo es Juan Pablo Terra y el tercero es Liber Seregni. 8 de julio de 1973.

Sepelio de Ramón Roberto Peré.
8 de julio de 1973.

Fábrica metalúrgica Inlasa, ocupada
durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

Obreros ocupantes de una curtiembre
durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

EL Pueblo
ser

Pasacalle frente a la fábrica Sadil, ocupada durante la huelga general. Calle Veracierto. 27 de junio-11 de julio de 1973.

Ocupación de la fábrica textil Sadil
durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

Ocupación de la fábrica textil Lanasur
durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

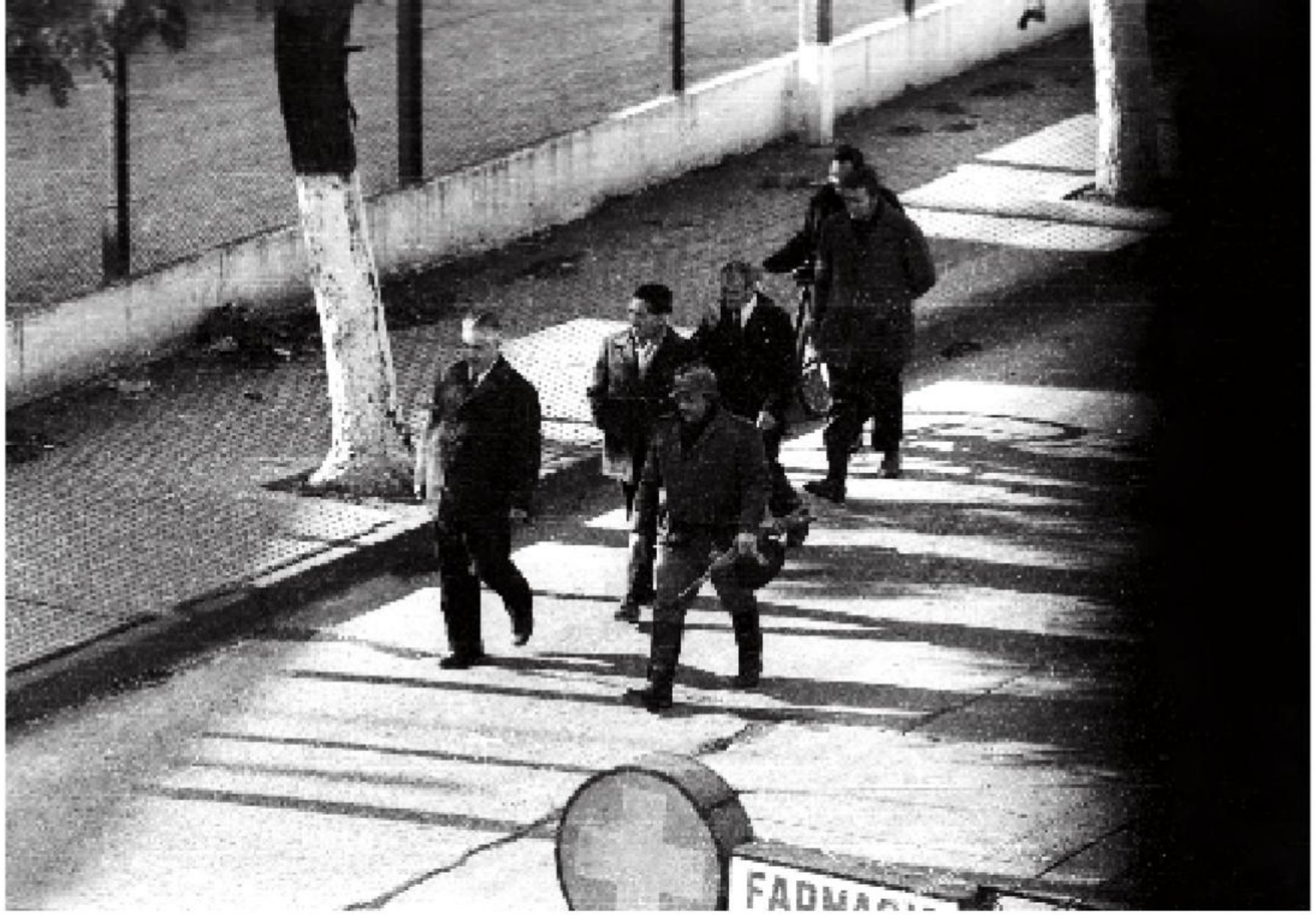
Ocupación de talleres de Amdet
durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

Ocupación de la fábrica textil Phuasa
durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

Ocupación de la terminal de ómnibus del barrio Buceo durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.

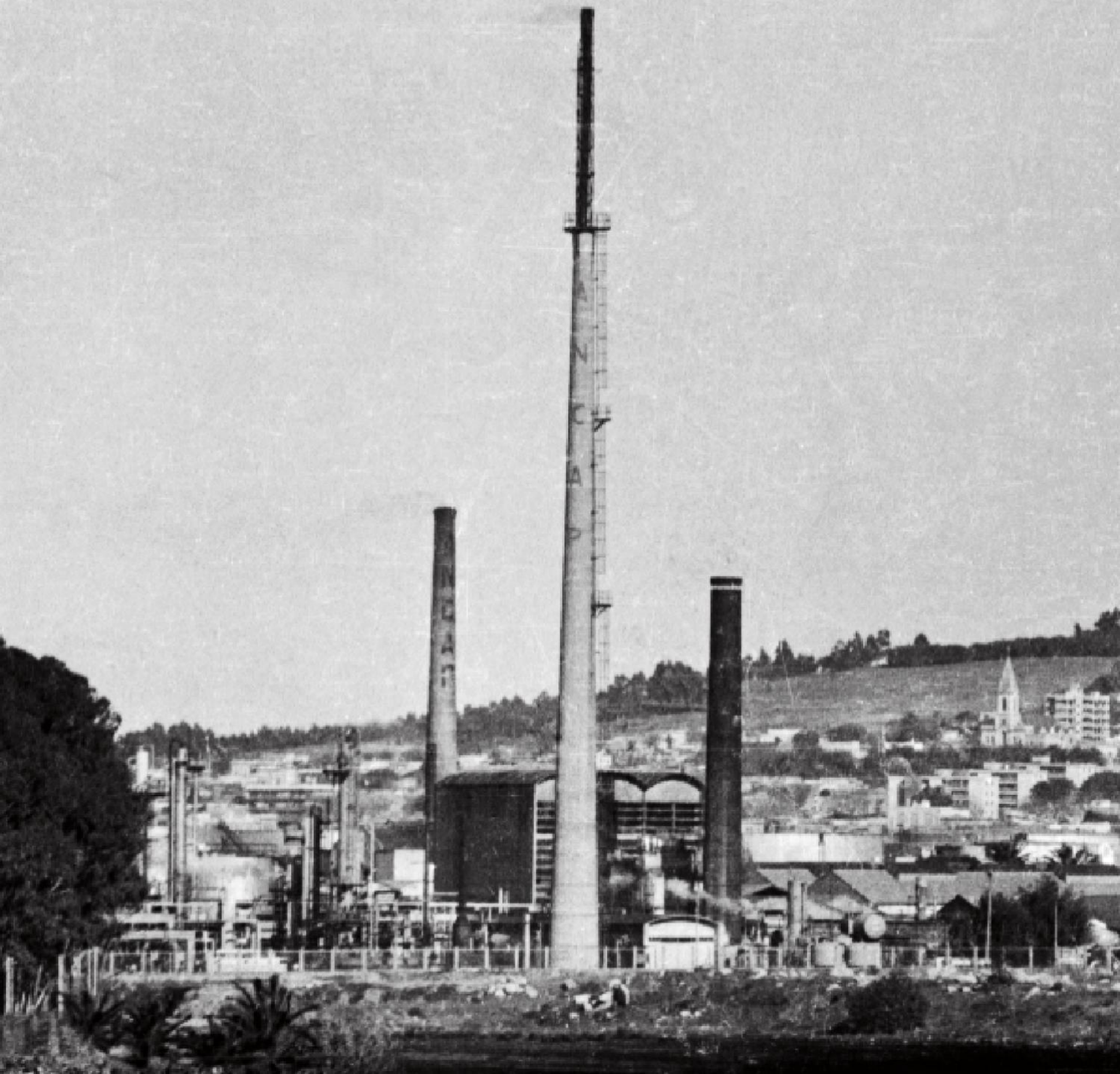
ASPIRINA
calma dolores de

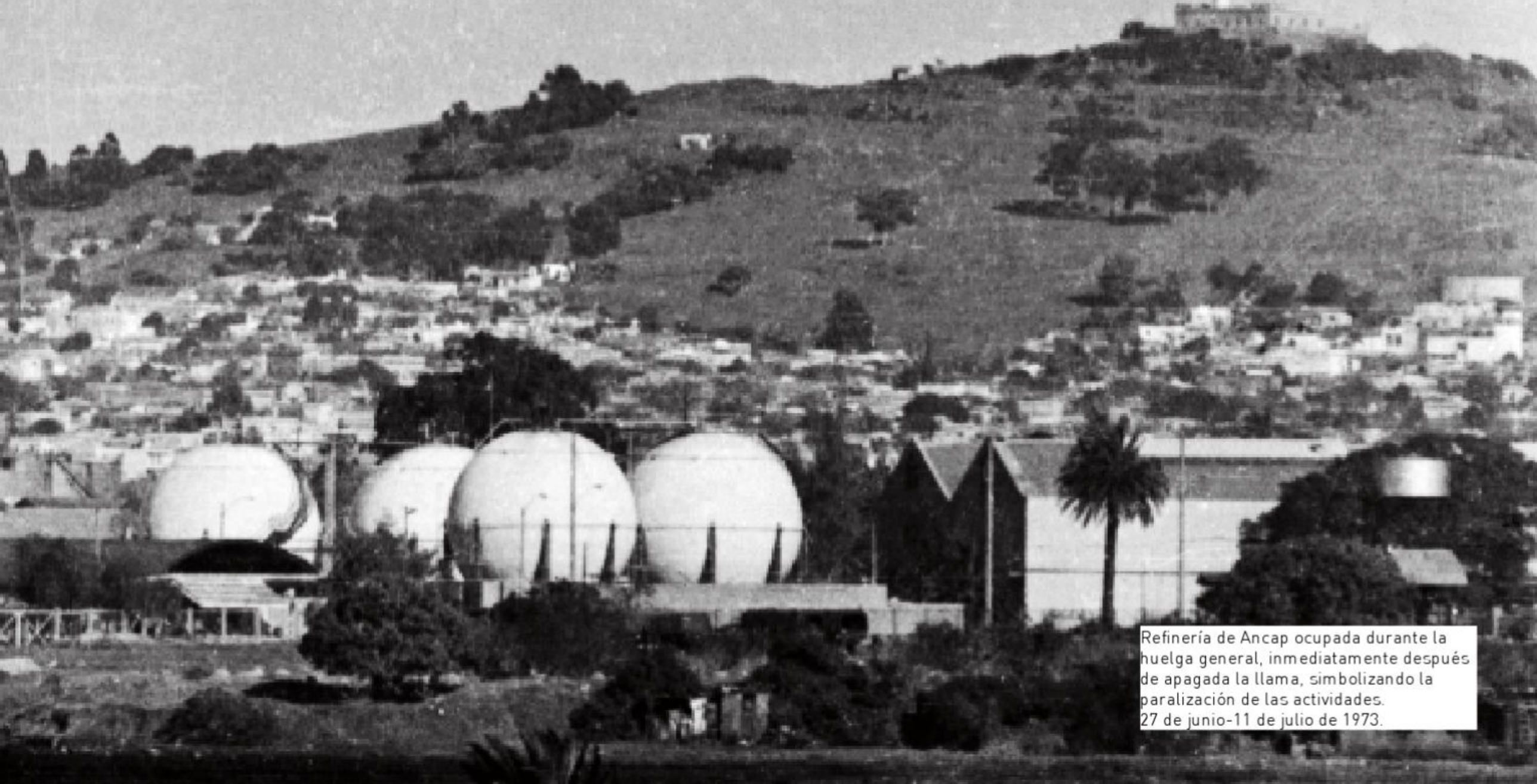
Obreros de Cristalerías del Uruguay protestan luego de haber sido desalojados. Calle Comercio y Avenida General Rivera. 27 de junio-11 de julio de 1973.



A la izquierda el coronel Néstor Bolentini, junto a otros jerarcas del Ejército y la Policía, dirigiéndose a la fábrica Funsa, ocupada por sus trabajadores durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.

Fábrica de Funsa ocupada durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.





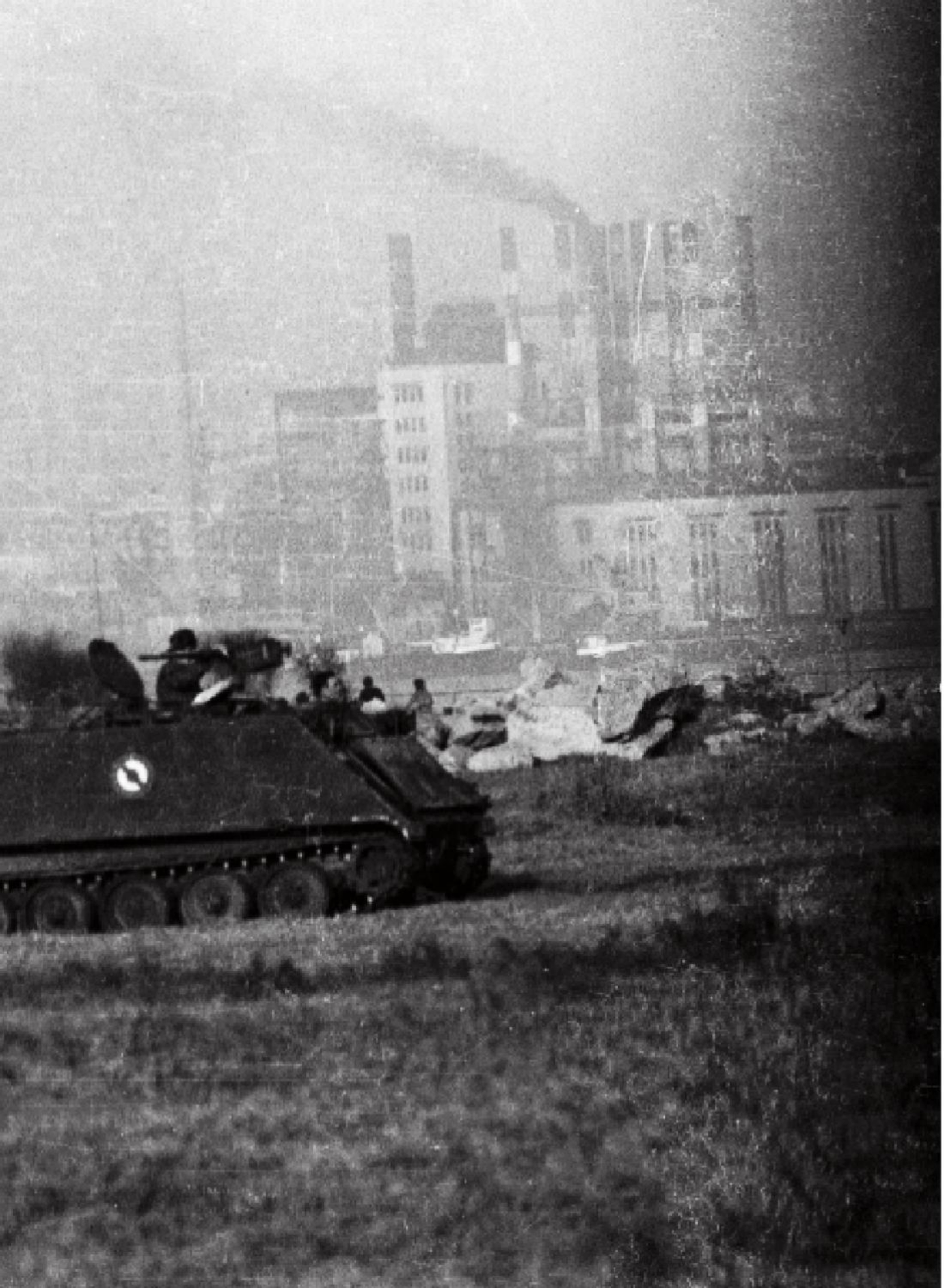
Refinería de Ancap ocupada durante la huelga general, inmediatamente después de apagada la llama, simbolizando la paralización de las actividades.
27 de junio-11 de julio de 1973.

Hospital de Clínicas ocupado durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.

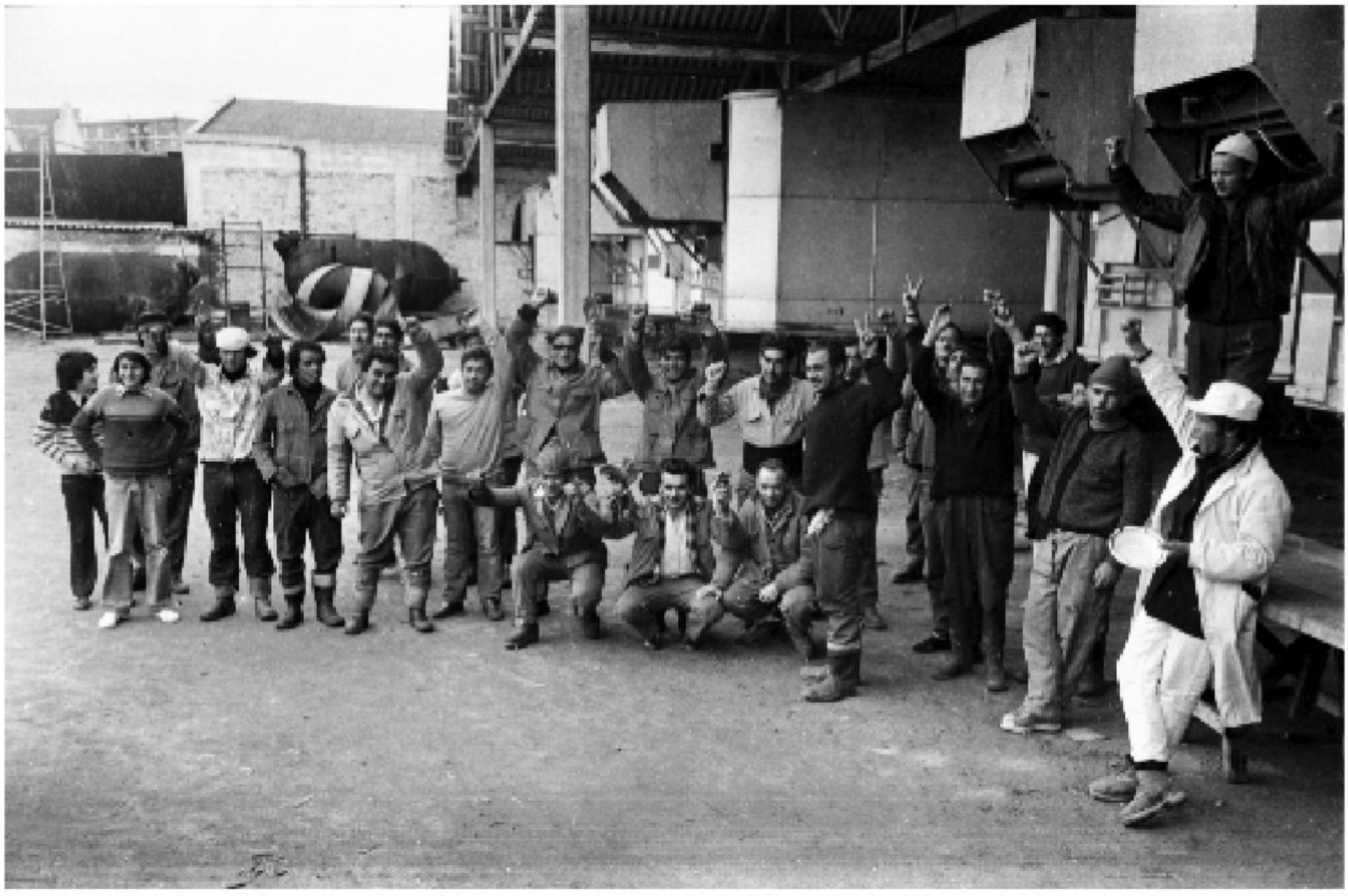
Planetario de Montevideo ocupado durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.

Fachada del Casmu. Avenida 8 de Octubre y calle Abreu. 27 de junio-11 de julio de 1973.

Facultad de Medicina ocupada durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.



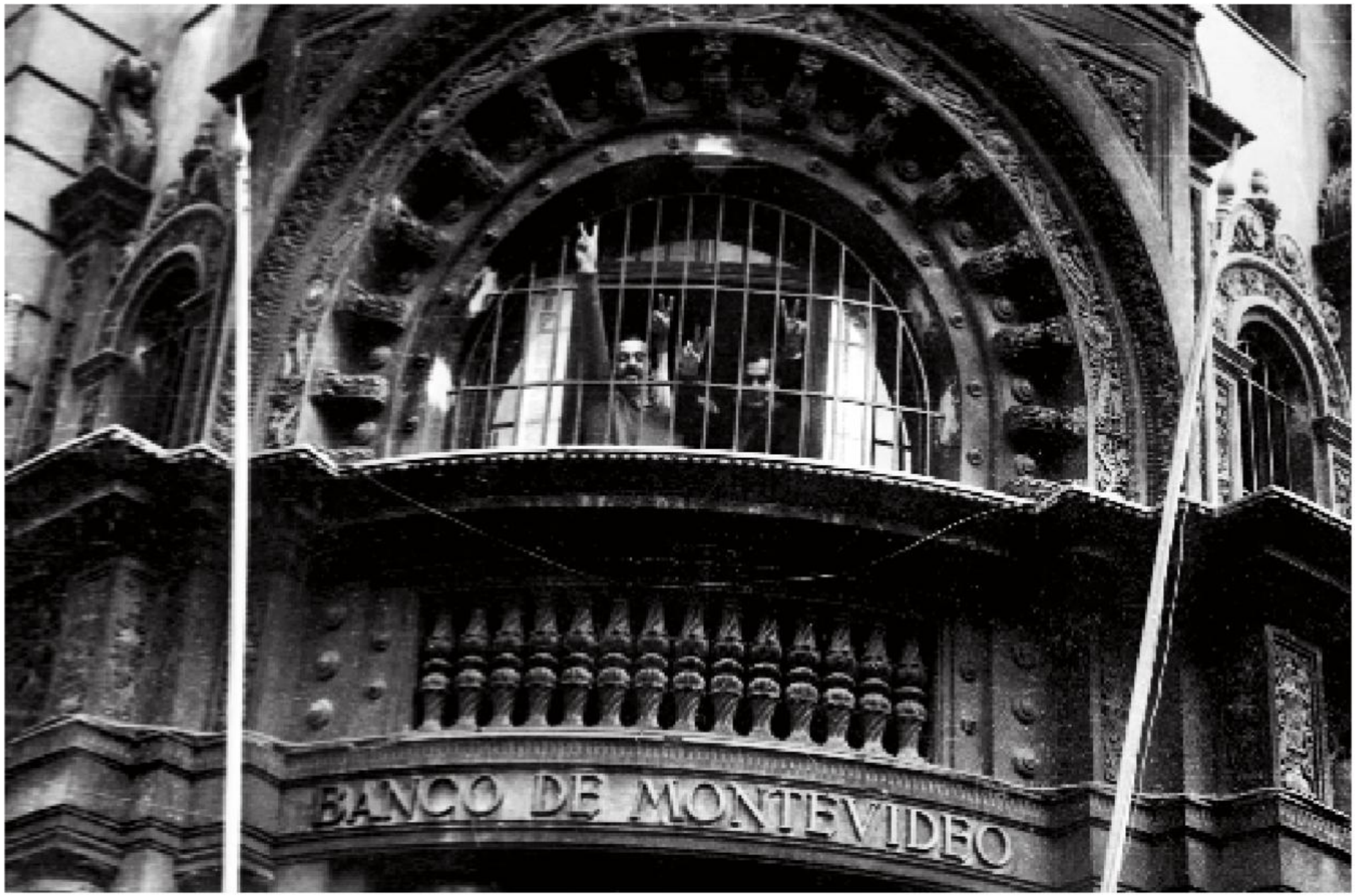
Militares desplegados en el marco de la huelga general. Al fondo el Palacio de la Luz y la Central Térmica José Batlle y Ordóñez. 27 de junio-11 de julio de 1973.



Ocupación del frigorífico Carrasco durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.

Ocupación de la fábrica metalúrgica Nervión durante la huelga general. Al fondo Aurelio González se dirige a los trabajadores. La fotografía fue tomada por su hijo Fernando. 27 de junio-11 de julio de 1973.

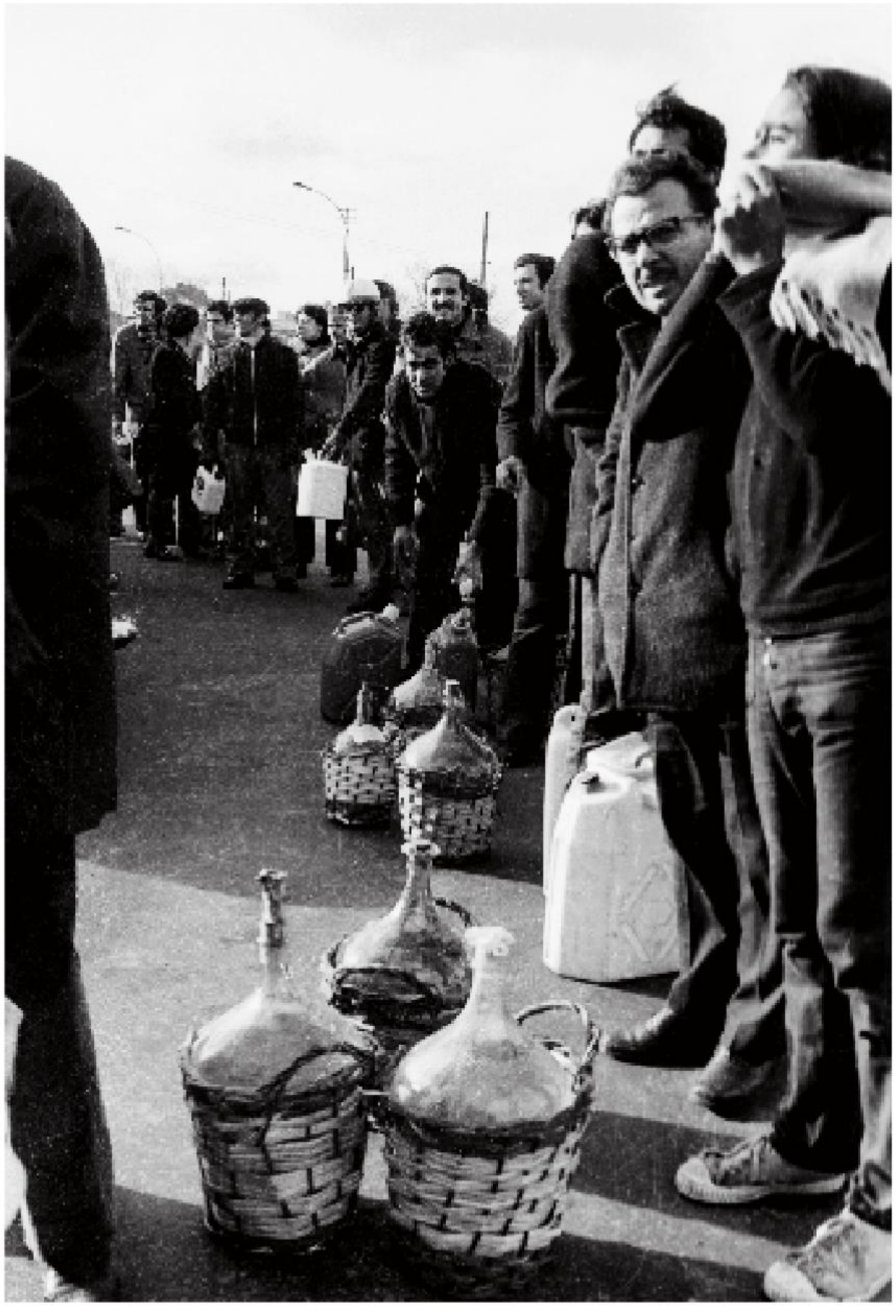
Fachada de la casa del capitán de navío
Óscar Lebel durante la huelga general.
27 de junio-11 de julio de 1973.



Banco Montevideo ocupado durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.

Tanqueta militar en las afueras del Palacio Legislativo. Mañana del 27 de junio de 1973.

Pintadas durante la huelga general. Avenida General Rivera. Julio de 1973 (aprox.).

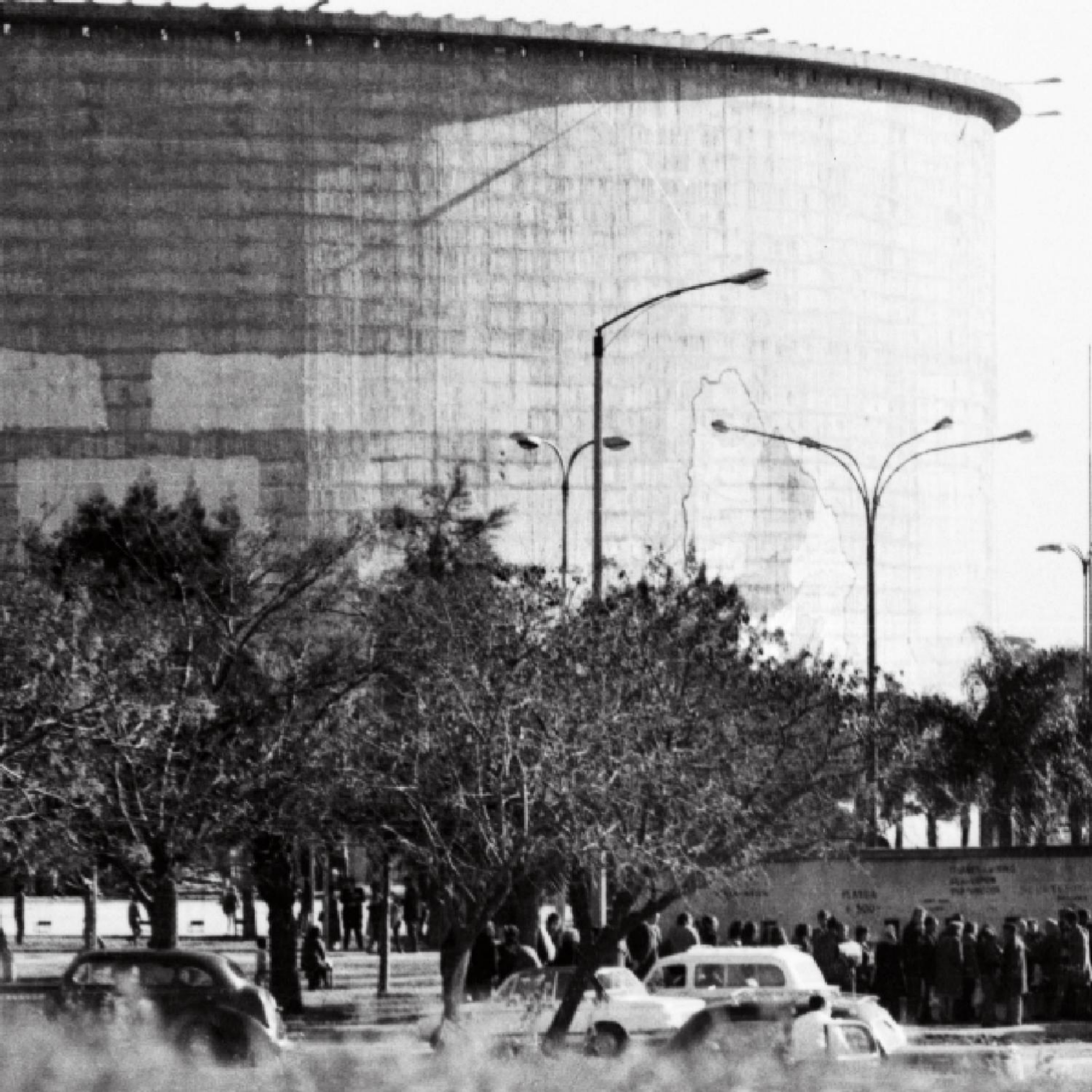


Fila de personas esperando para obtener combustible durante la huelga general. 27 de junio-11 de julio de 1973.

Volanteada en la sala principal del Teatro Solís. Año 1973 (aprox.).

Última sesión de la Cámara de Senadores previo al golpe de Estado. Al frente, de izquierda a derecha, el primero es Enrique Rodríguez y el segundo es Francisco Rodríguez Camusso. 26-27 de junio de 1973.

Wilson Ferreira Aldunate en la última sesión de la Cámara de Senadores, previo al golpe de Estado. 26-27 de junio de 1973.



Filas de personas en el Cilindro Municipal llevando comida y ropa a sus familiares detenidos. 14-15 de julio de 1973 (aprox.).

Sala de redacción del diario El Popular
luego de ser atacada con bombas de gas.
16-17 de julio de 1973 (aprox.).

Tanqueta del Ejército luego de la disolución de la manifestación del 9 de julio de 1973.

Represión:

Fue desatada contra
obreros y estudiantes.

Sí, fui testigo del malón policial contra los cañeros

Lugar: un descampado al costado del Palacio Legislativo, donde hoy se levanta el edificio llamado "el Anexo". Fue un 7 de mayo del año 64.

No solo eran los hombres del cañaveral los que vinieron de la lejana Bella Unión, en esas marchas también venían mujeres, jóvenes muy jóvenes, niños muy pequeños, hasta recién nacidos.

Para los que los vimos llegar en aquellas sacrificadas marchas sigue siendo una imagen imborrable, era otra vez el Éxodo. Los sin tierra, los del duro trabajo a destajo. Muchos venían descalzos, su dura piel de trabajar entre el barro y la hojarasca les permitía según ellos ese "privilegio" del caminar ligero, sin contrapeso.

Llegaron a Montevideo rodeados por todo un pueblo que los esperaba en los accesos para darles su solidaridad; no hubo gremio ausente, ahí estaban, con emoción, casi con ojos en llanto. Ellos, los caminantes también se emocionaron, sin ninguna duda se comenzaba a tender un puente entre los trabajadores de la ciudad y el campo.

No bien llegar levantaron campamento al costado del palacio de las leyes. Sin lugar a dudas, todo ese ajetreo, su vestimenta simple, su forma de pararse y su poco hablar tenía mucho de campamento artiguista.

Allí, donde se cocinaba en grandes ollas era una carpa de mediano porte, algo más alejadas las pequeñas aripucas de techos puntiagudos, carteles donde se reclamaba reforma agraria y tierra para trabajar. La tarde había sido fría, la tensión alta. Al ocultarse el sol de ese 7 de mayo la temperatura bajó, el transporte fue desviado de su ruta habitual. No bien caer la noche se comenzaron a ver fuertes contingentes de la guardia Republicana a caballo, con fusil, casco y los infaltables sables. Otros muchos de a pie, con revólver y garrotes. Todos, los de a caballo y los de a pie armados hasta los dientes. El director de Seguridad, inspector Regueiro, ubicando estratégicamente a oficiales y policías, cerró el campamento con un compacto cerco.

Las aripucas de puntiagudos techos derribadas, la carpa desmantelada, las ollas volcadas, las familias cañeras empujadas contra los muros de las viviendas cercanas con caballos, sables y palos. El llanto de los niños y el grito angustiado de las madres, ya no eran solo caballos, sables y garrotes, los estampidos de armas de fuego nos sobresaltaron, el grito de dolor de una muchacha joven a todos nos hirió.

Sí, era una adolescente de 15 años, sólo tenía 15 años, Ana María Silva es su nombre. Su cara aún era de niña, sus negros ojos miraban con asombro edificios que allá en su Bella Unión cuando se lo contara a amigas y vecinas no lo iban a querer creer, se iba a sentir reina. Para su corta edad fue un duro sacrificio esa marcha interminable, pero tuvo como recompensa el vivir, palpar y sentirse rodeada de solidaridad y fraternidad.

Ana María Silva no quiso quedarse sola en Bella Unión mientras sus padres, con todos sus compañeros de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), se volcaban a los caminos por tierra, trabajo, salario y el derecho a tener una vida digna.

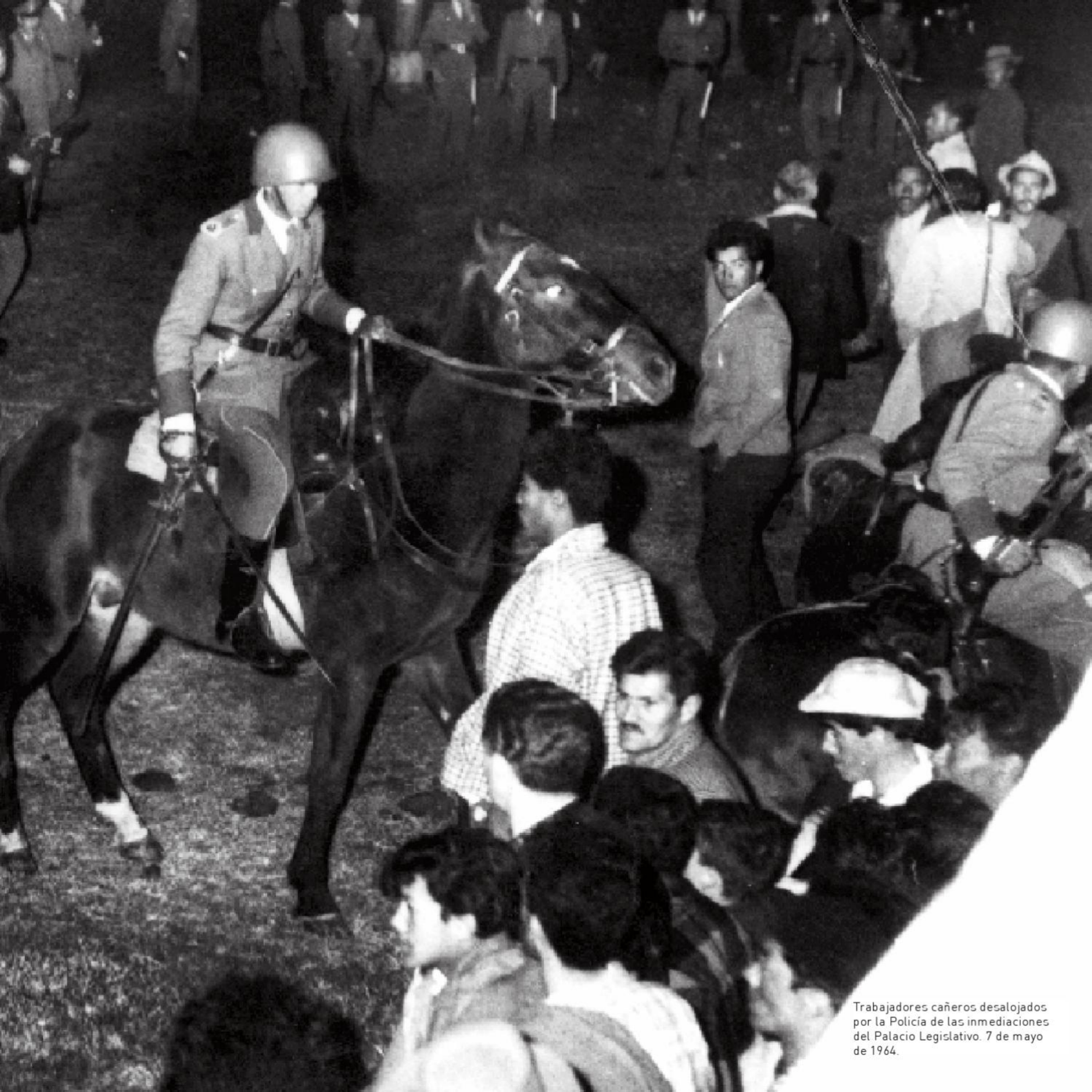
¡Qué dolor! Ana María Silva volvió al cañaveral, con muletas volvió.

No sé dónde andarás muchacha cañera. Entiendo que ya serás una mujer, pero mi recuerdo se quedó en aquella noche oscura, brutal. Ya ves, después de tantos años, esta historia de lucha y sacrificio ha sido rescatada, no fue en vano.

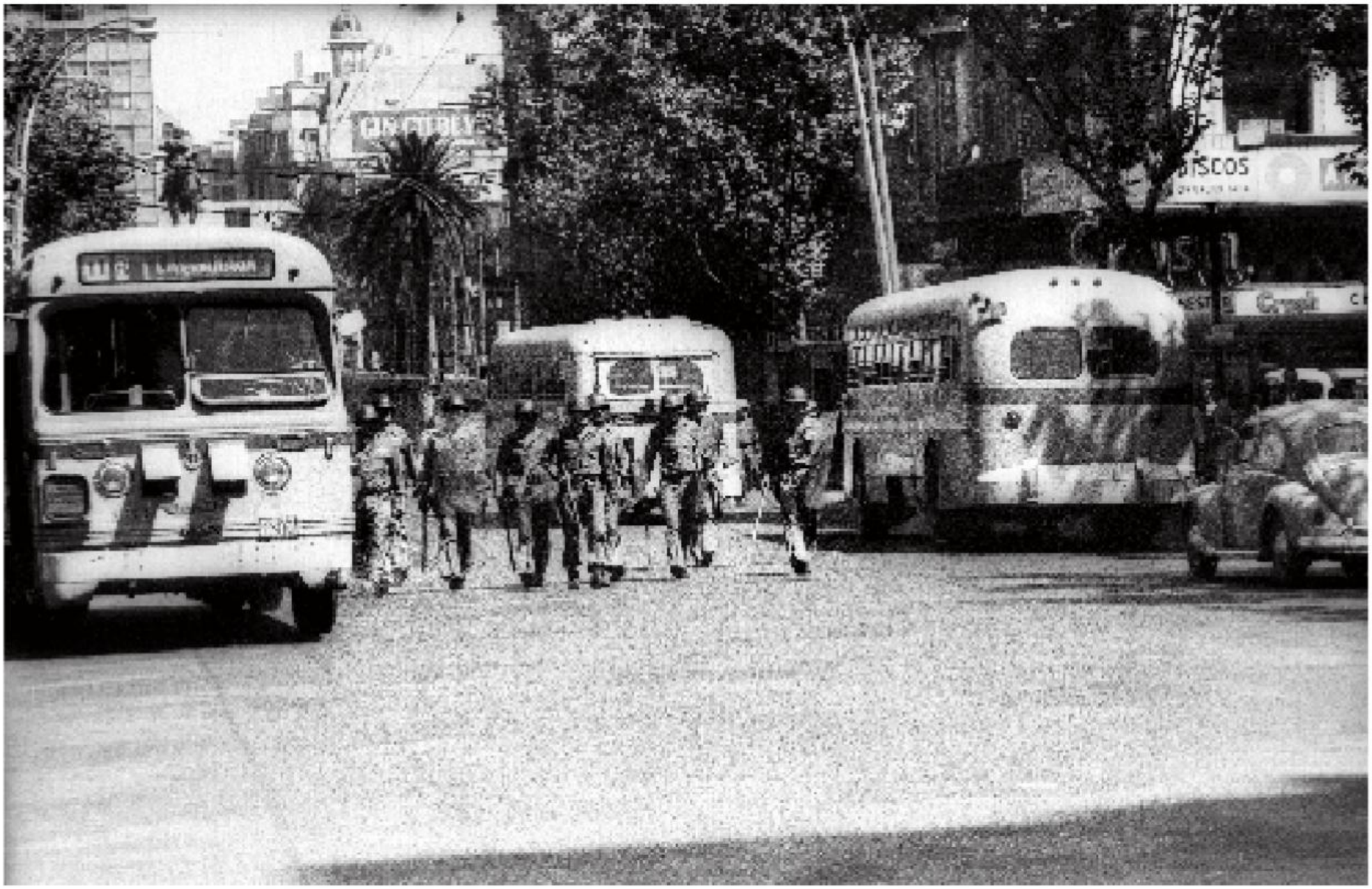
Si me lo permites y después de tanto tiempo quisiera que lo tomaras como un homenaje a ti y a todos los acampados ese 7 de mayo de 1964.

Terminando este relato les cuento: estas dos fotos fueron tomadas desde el techo de una de las tantas viviendas cercanas al improvisado campamento de los cañeros; allí escondido a las miradas de vecinos y acampados permanecí por más de cuatro horas. Por la experiencia acumulada sabía que ese día sí o sí la represión y el odio se ensañarían con los que tuvieron la osadía, con su sola presencia, de hacer temblar a los poderosos, a los dueños de las grandes extensiones de tierra, a la gente de la usura y el dinero.

No fue nada fácil tomar estas fotos, menos aún poderlas salvar. Fue una persecución furiosa de los uniformados por arriba de los techos. Los insultos, las maldiciones cuando tropezaban con los alambres y cuerdas de tender la ropa, pero más que nada cuando veían que a pesar de su abrumador número y entrenamiento eran impotentes para atrapar al fotógrafo. Se les escapaba como agua entre los dedos eso que quisieron ocultar en noche cerrada sin testigos y con total impunidad.



Trabajadores cañeros desalojados por la Policía de las inmediaciones del Palacio Legislativo. 7 de mayo de 1964.



Brigada de la Policía Metropolitana recorre
la avenida 18 de Julio. Década de 1960.

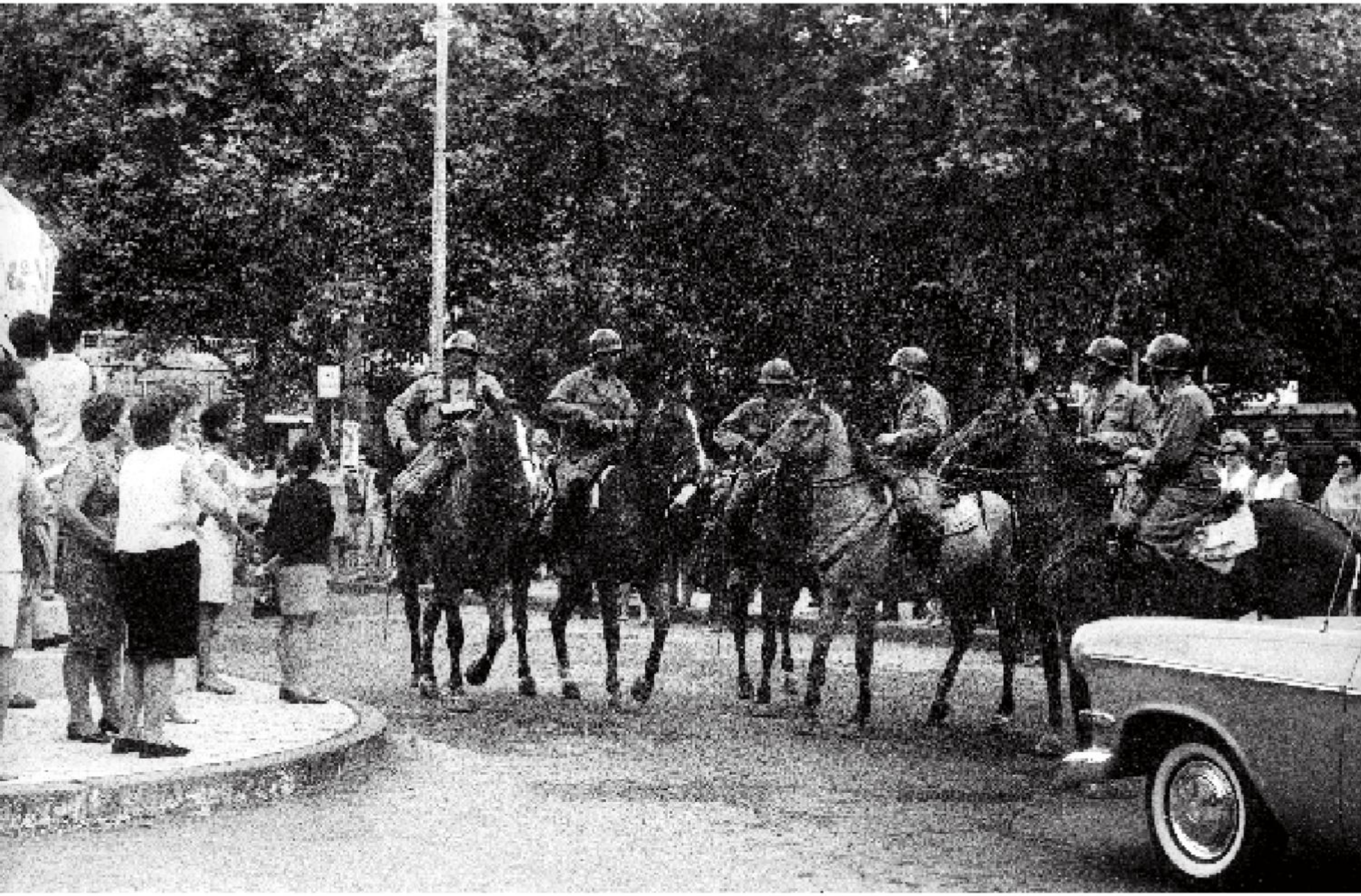
Represión de trabajadores cañeros.
7 de mayo de 1964.

TOME

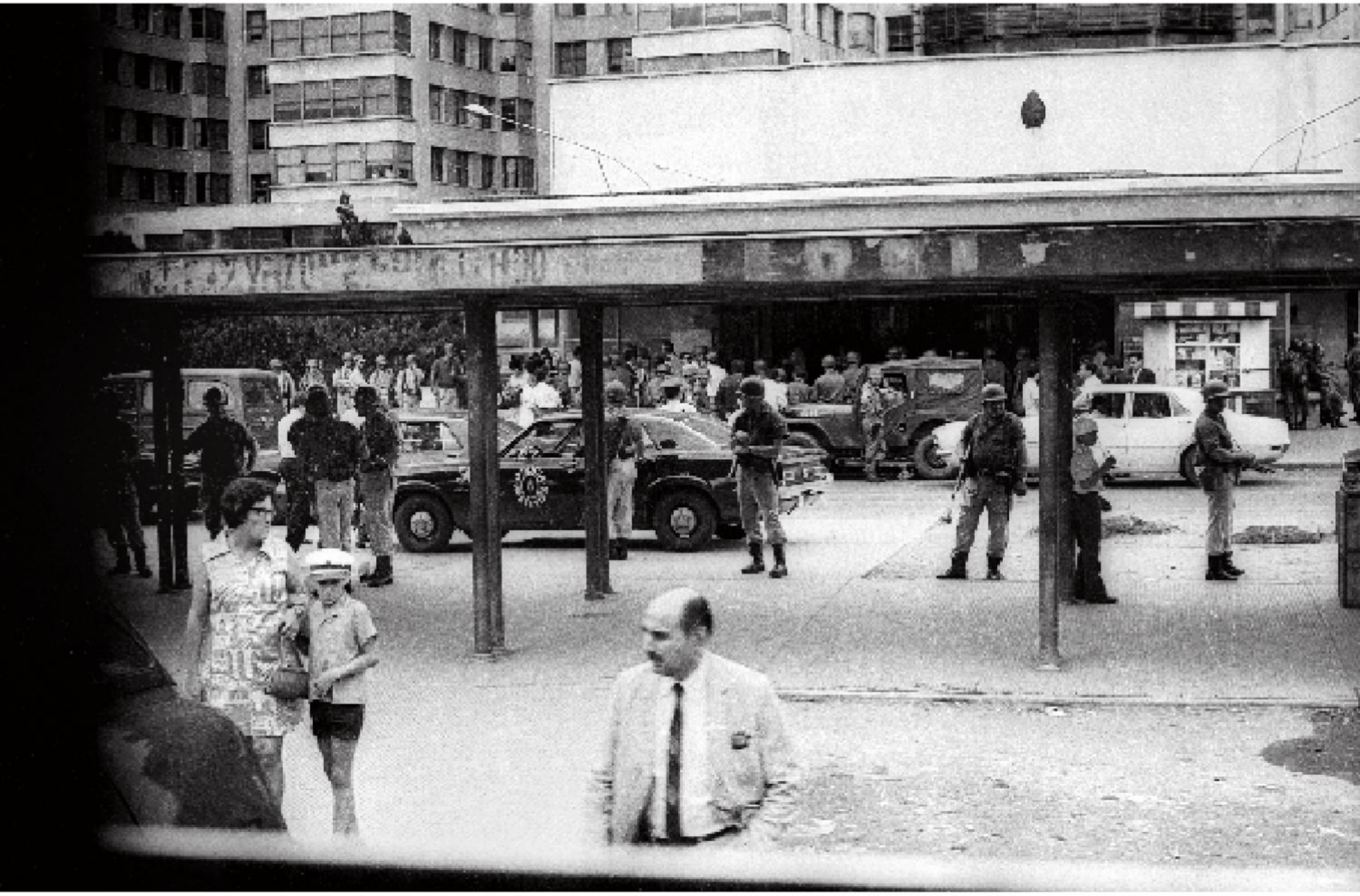
Coca-Cola

EUROPA

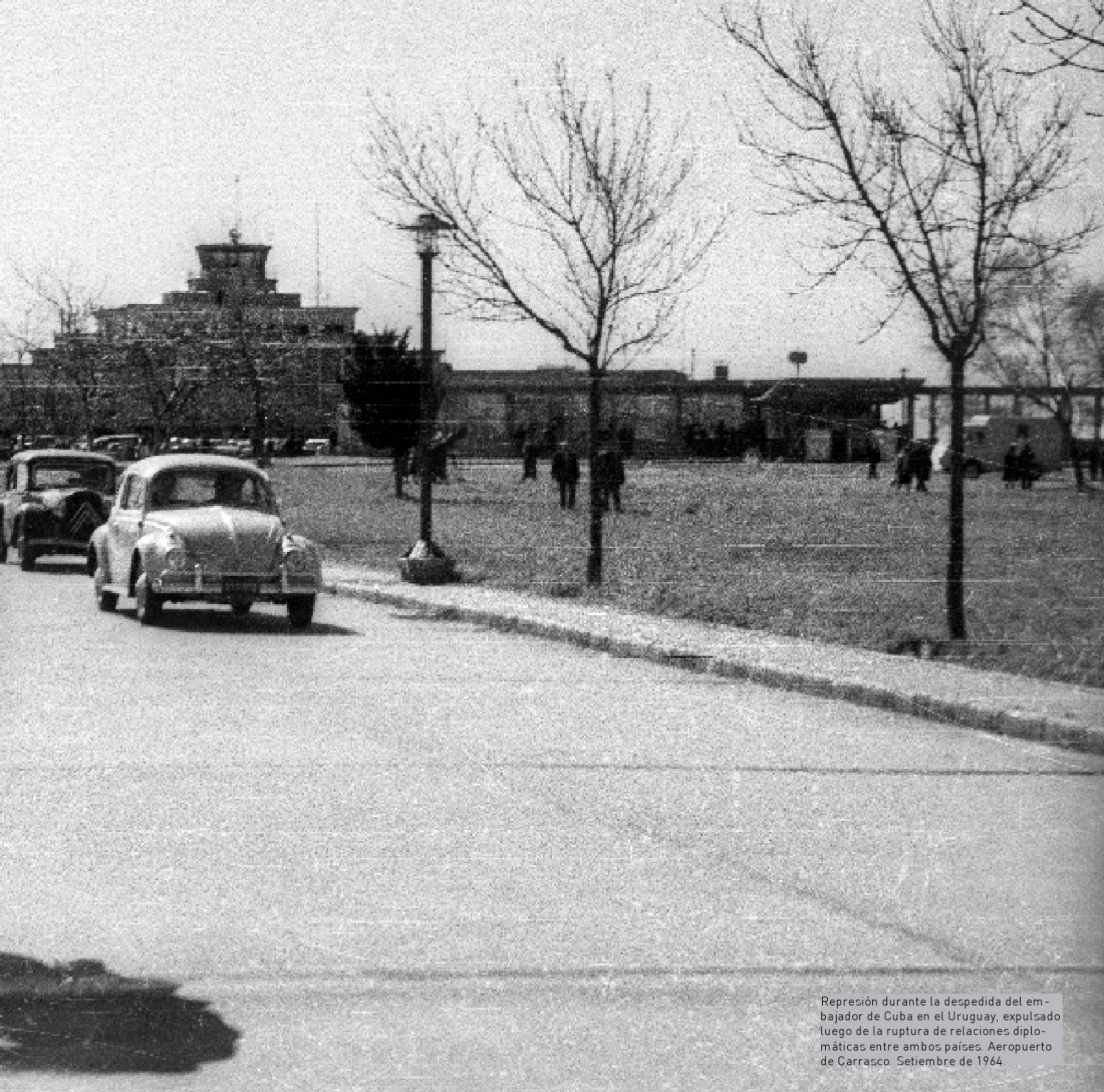
Avenida 18 de Julio. Década de 1960.



Plaza Libertad. Década de 1960.



Hospital de Clínicas. Años 1965-1973 (aprox.).



Represión durante la despedida del embajador de Cuba en el Uruguay, expulsado luego de la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países. Aeropuerto de Carrasco. Setiembre de 1964.

Herido a causa de la represión ocurrida durante la despedida del embajador de Cuba en el Uruguay, expulsado luego de la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países. Aeropuerto de Carrasco. Setiembre de 1964.

Detención de un empleado bancario durante una manifestación. Década de 1960.

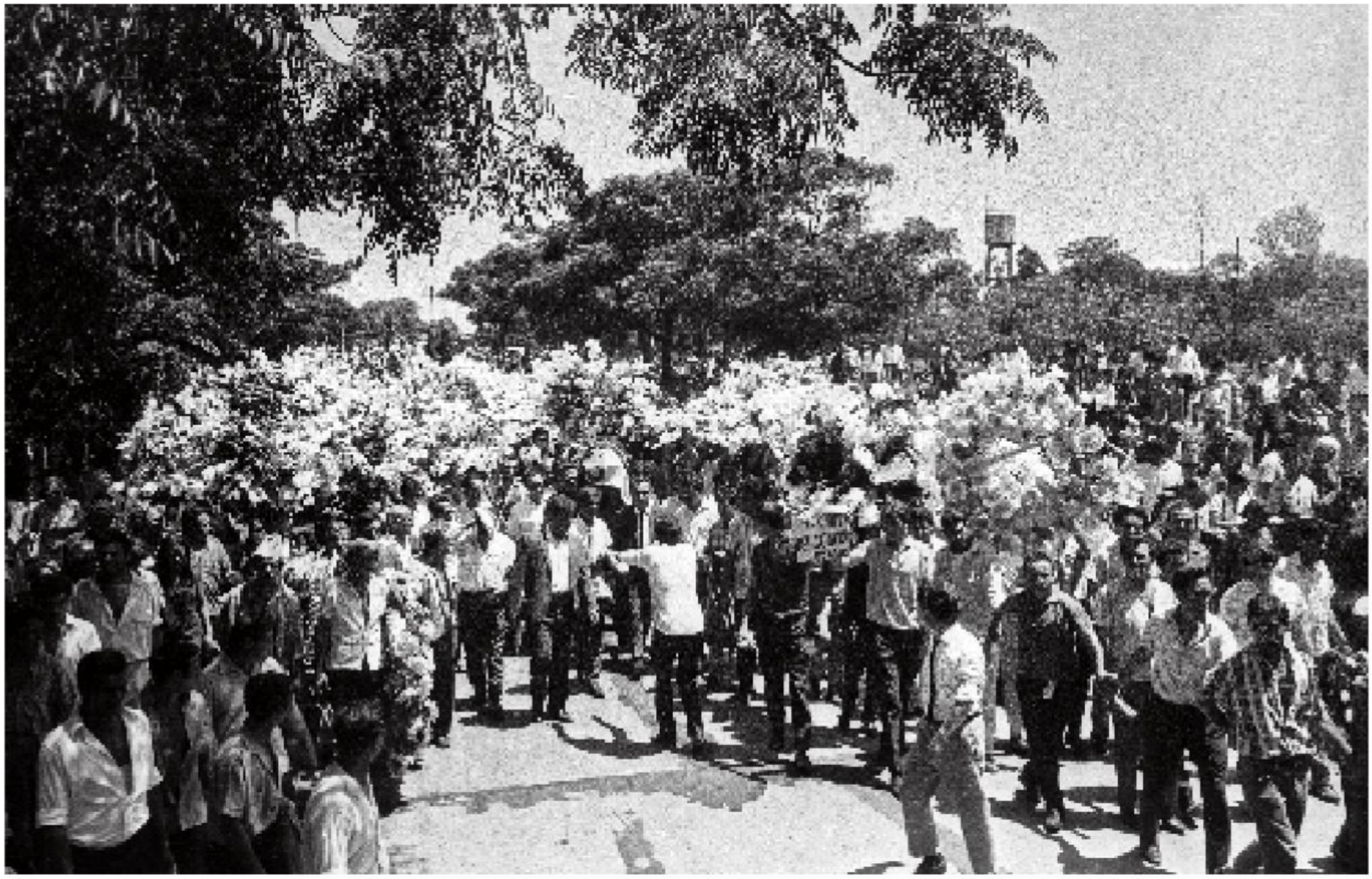
S.d. Década de 1960.

S.d. Años 1957-1973.

Represión durante la despedida del embajador de Cuba en el Uruguay, expulsado luego de la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países. Aeropuerto de Carrasco. Setiembre de 1964.

Represión durante la despedida del embajador de Cuba en el Uruguay, expulsado luego de la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países. Aeropuerto de Carrasco. Setiembre de 1964.

Represión en el barrio Paso Molino.
Década de 1960.



Sepelio de Arturo Recalde. 22 de enero de 1969.

Efectivos militares en los alrededores del Palacio Legislativo durante la aplicación de Medidas Prontas de Seguridad. Años 1968-1973.

“Unidad y solidaridad”
no fue solamente un estribillo.

¿Cómo hacer para escribir en pocas líneas lo que fue el movimiento estudiantil en las décadas del sesenta y del setenta? Es casi imposible. Fueron años plagados de movilizaciones, ocupaciones, asambleas; en una palabra, fueron de lucha permanente. "Unidad y solidaridad" no fue solamente un estribillo, el clamor "obreros y estudiantes unidos y adelante" una y mil veces recorrió las avenidas desde los puntos más distantes.

A esos jóvenes, futuros profesionales, se los veía entreverados con las obreras y los obreros textiles, con la gente de los frigoríficos, tanto del interior como de la capital. ¿Cuántas veces se unieron a las marchas con los asalariados del campo? Mil y una vez. O con los portuarios del litoral o con la gente del Anglo fraybentino, o con los textiles lacazinos o la gente del arrozal lejano, con los cañeros o los "Constructores" (con mayúscula) que llegaban de los lugares más remotos, muchos de ellos peones de campo que venían a ese Punta del Este bacán para hacer palacios y vivir en ranchos. Esos jóvenes estudiantes aprendieron que esos hombres, alambradores, peones de tambo, troperos, sembradores de trigo o arroz se convertirían en proletarios entre ladrillos, cemento, palas y picos.

No había gremio en lucha que no contara con su presencia, con su empuje, con su entrega sin límites.

Qué decir de la solidaridad con otros pueblos, con los perseguidos, con los encarcelados, con los desaparecidos y asesinados.

Sus filas están plagadas de mártires, heridos, apaleados y gaseados. La lucha por un justo presupuesto fue el pan nuestro de cada día; no fue casual que la dictadura instaurada el 27 de junio de 1973 los persiguiera con saña. Ahora eran ellos los perseguidos, encarcelados, desaparecidos y asesinados.

Fui testigo de su heroísmo y pasión, desde Líber a Nibia Sabalsagaray, de Susana Pintos a Heber Nieto, de Ramón Roberto Peré a Walter Medina. Ahí están sus velatorios y sepelios. Fui testigo, los vi, los fotografié defendiendo la Universidad avasallada, violada su autonomía. Los liceos ocupados con decenas de impactos de balas fascistas o policiales.

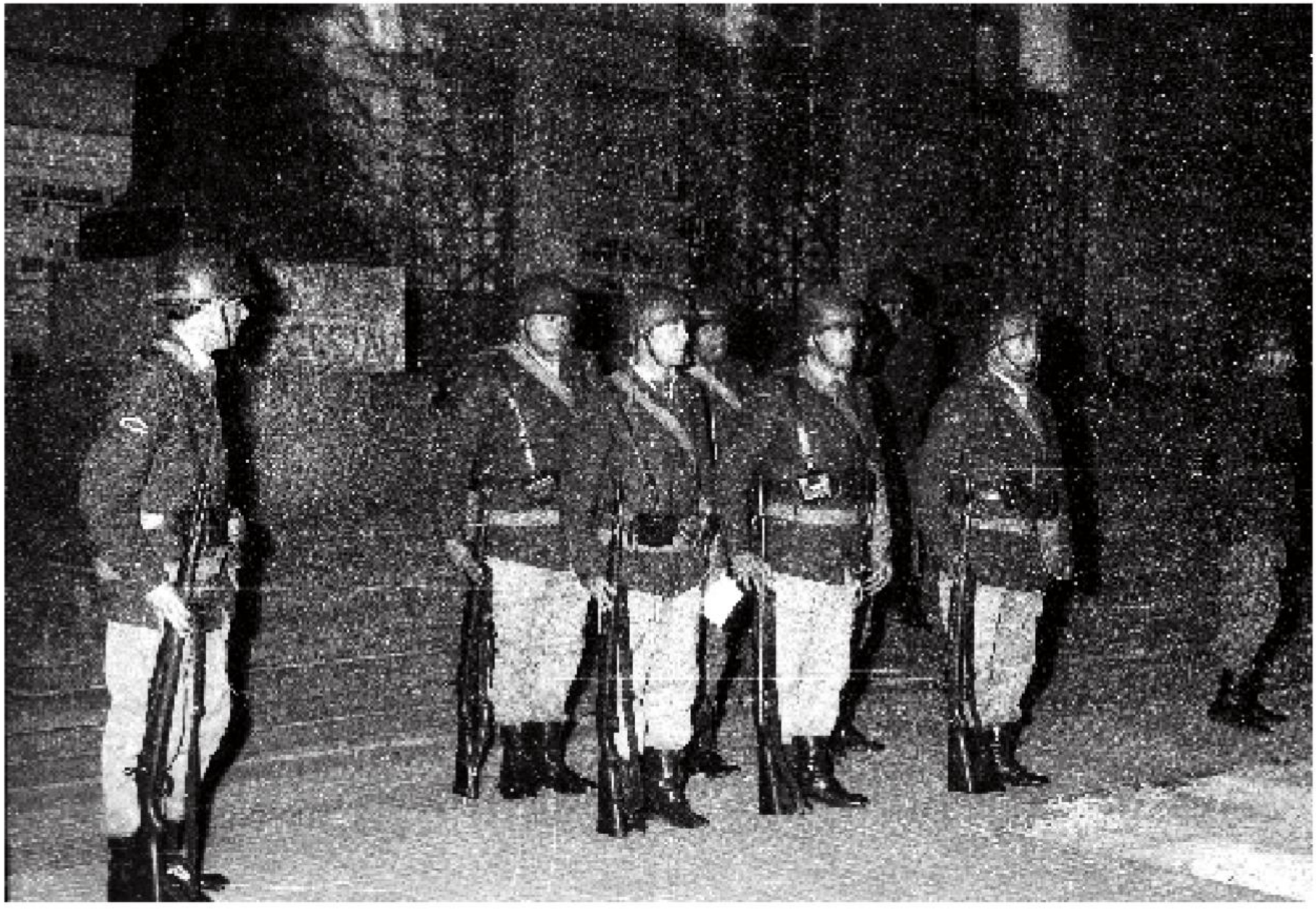
Ahí están sus imágenes, manifestando, solidarizándose contra la invasión del imperio a Cuba, Panamá, El Salvador o el heroico Vietnam. También se puede ver su entrega solidaria por los presos políticos de Argentina, Brasil, Venezuela, Paraguay, Puerto Rico y un largo etcétera.

Así fueron nuestros estudiantes, así son ellas y ellos, universitarios o jóvenes liceales. Desde luego, ha sido un privilegio haber sido testigo de tanta entrega, desinterés y valentía.

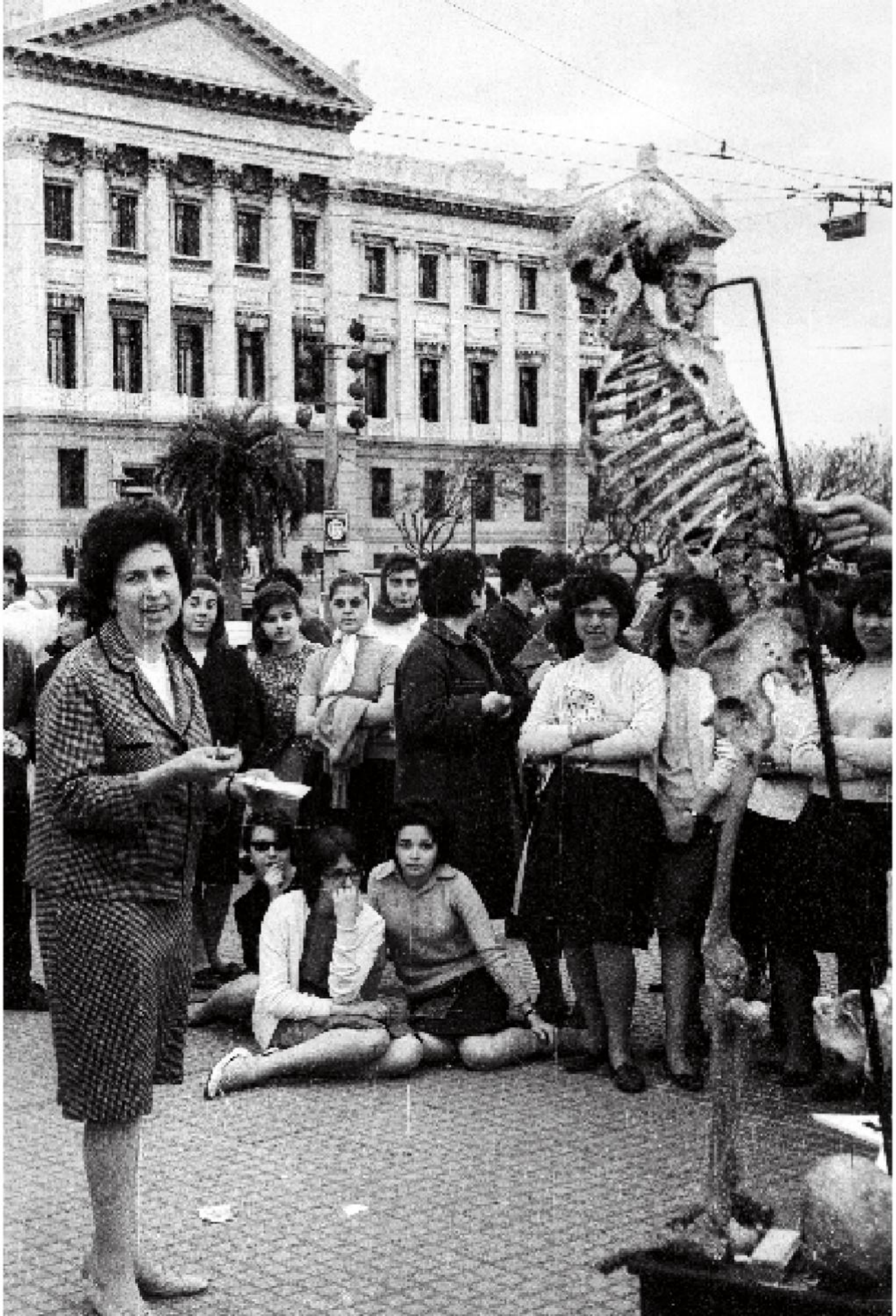
Barricadas en la puerta de la Universidad de la República. Años 1957-1973

Ocupación del Liceo 21. Años 1957-1973.

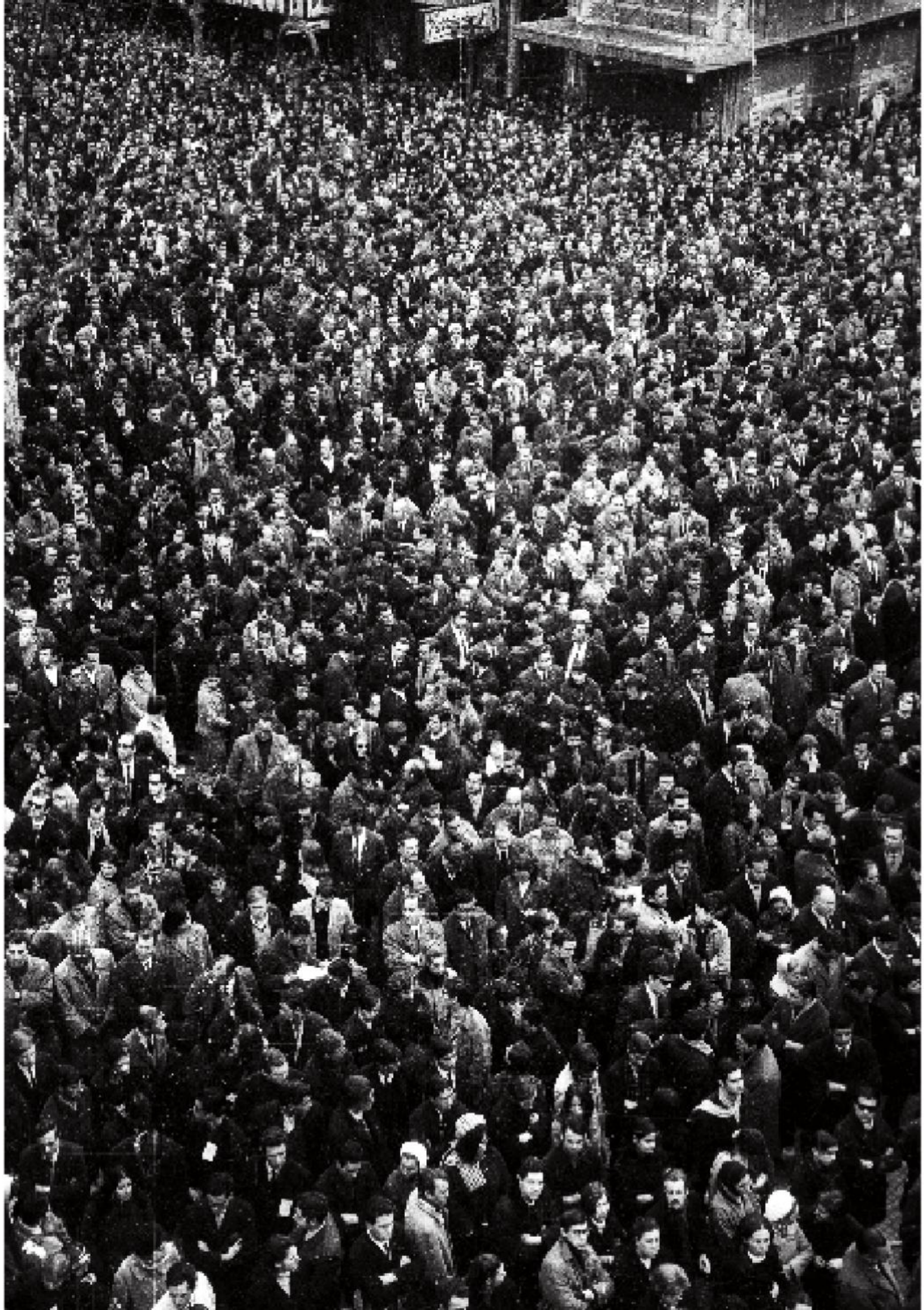
Ocupación del Liceo 1. Años 1957-1973.



Soldados frente a la Universidad de la República. Década de 1960.



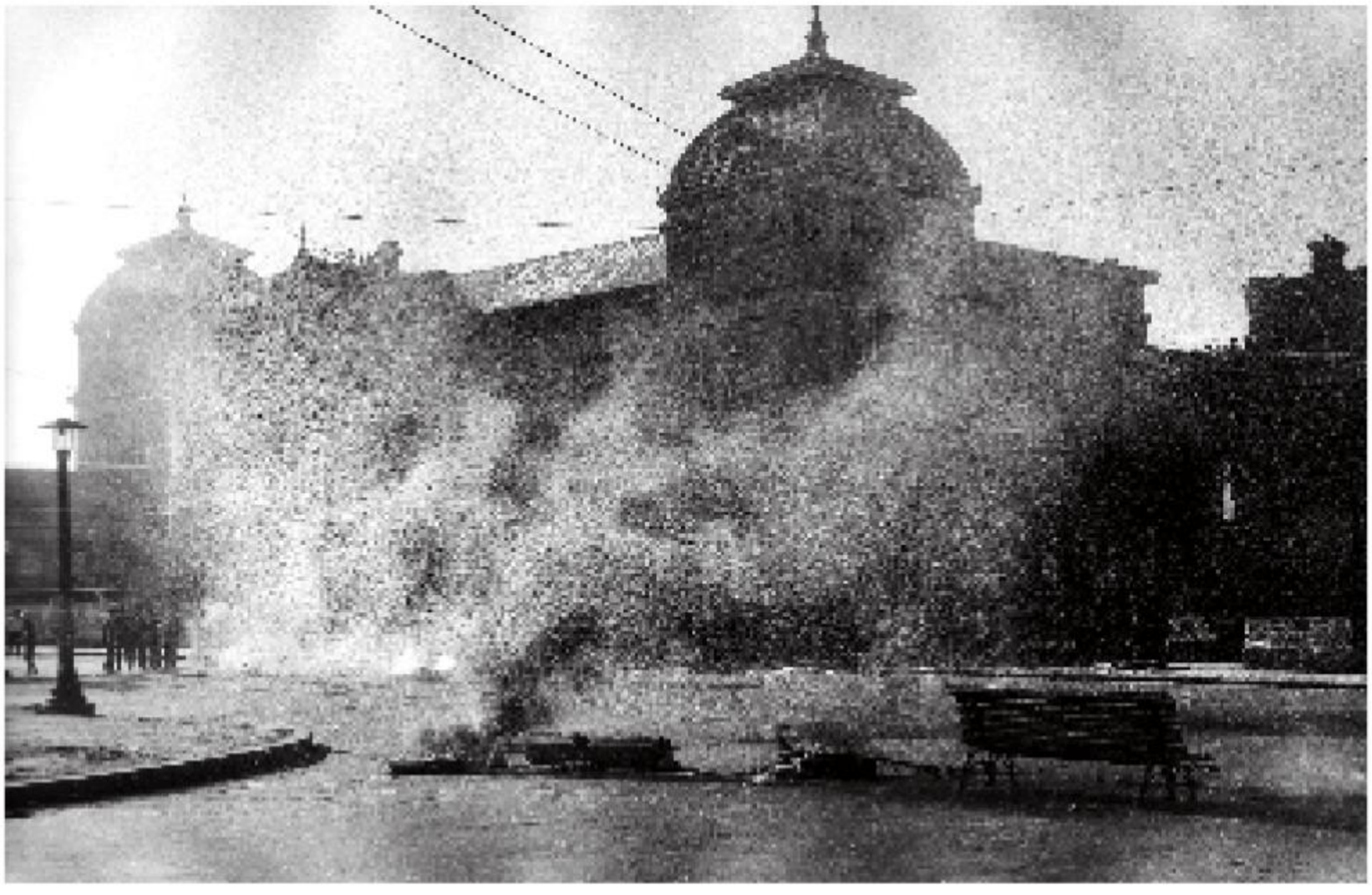
Clase abierta frente al Palacio Legislativo en el marco de conflicto por reclamo de mayor presupuesto. Año 1964.

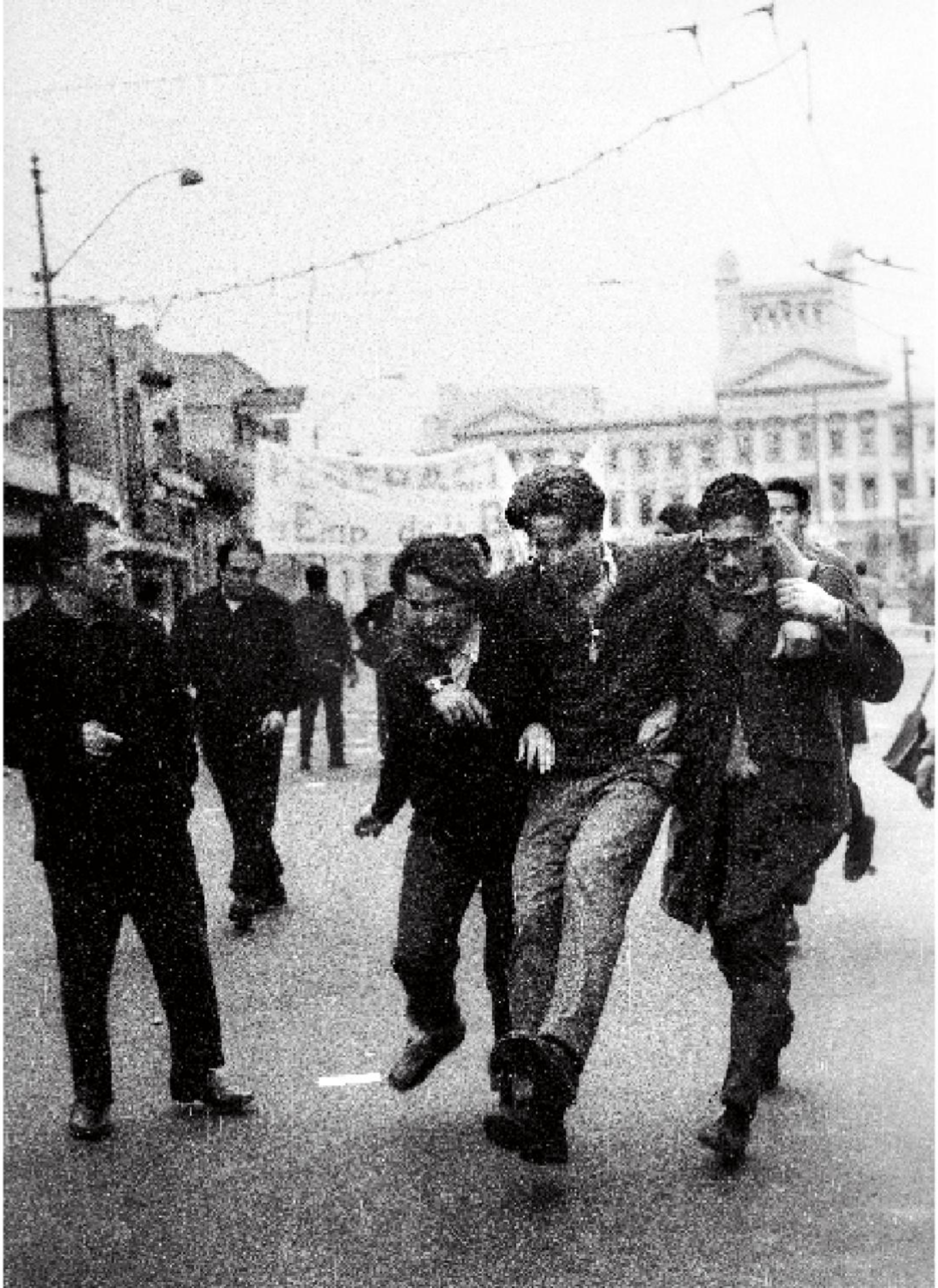


Sepelio de Líber Arce. Avenida 18 de Julio. 15 de agosto de 1968.

Sepelio de Líber Arce. Avenida 18 de Julio.
15 de agosto de 1968.

Enfrentamiento entre estudiantes y policías frente a la Facultad de Medicina. 5 de setiembre de 1968.





Estudiante herido durante enfrenta-miento con la Policía. Año 1968.

SILENCIO

Sepelio de Líber Arce. Avenida 18 de Julio. 15 de agosto de 1968. Adelante, a la izquierda, Ramón Roberto Peré, quien el 6 de julio de 1973 fue asesinado durante su participación en una medida antidictatorial.

Fachada de la Universidad.
Año 1972 (aprox.).

Clase abierta de Magisterio en el marco de conflicto por reclamo de mayor presupuesto. A la izquierda la maestra Reina Reyes. Década de 1960.

Ocupantes de la Universidad son revisados luego de ser desalojados. Años 1957-1973.

Adolfo Gelsi Bidart negocia con un piquete policial la desocupación de la Universidad. Atrás, a su izquierda, el dirigente de la FEUU José Pedro Massera. Universidad de la República. Años 1970-1972.

Manifestación universitaria en reclamo de mayor presupuesto. Años 1957-1973.

Estudiantes perseguidos por policías refugiándose en la Universidad de la República. Años 1957-1973.

RENOVACION

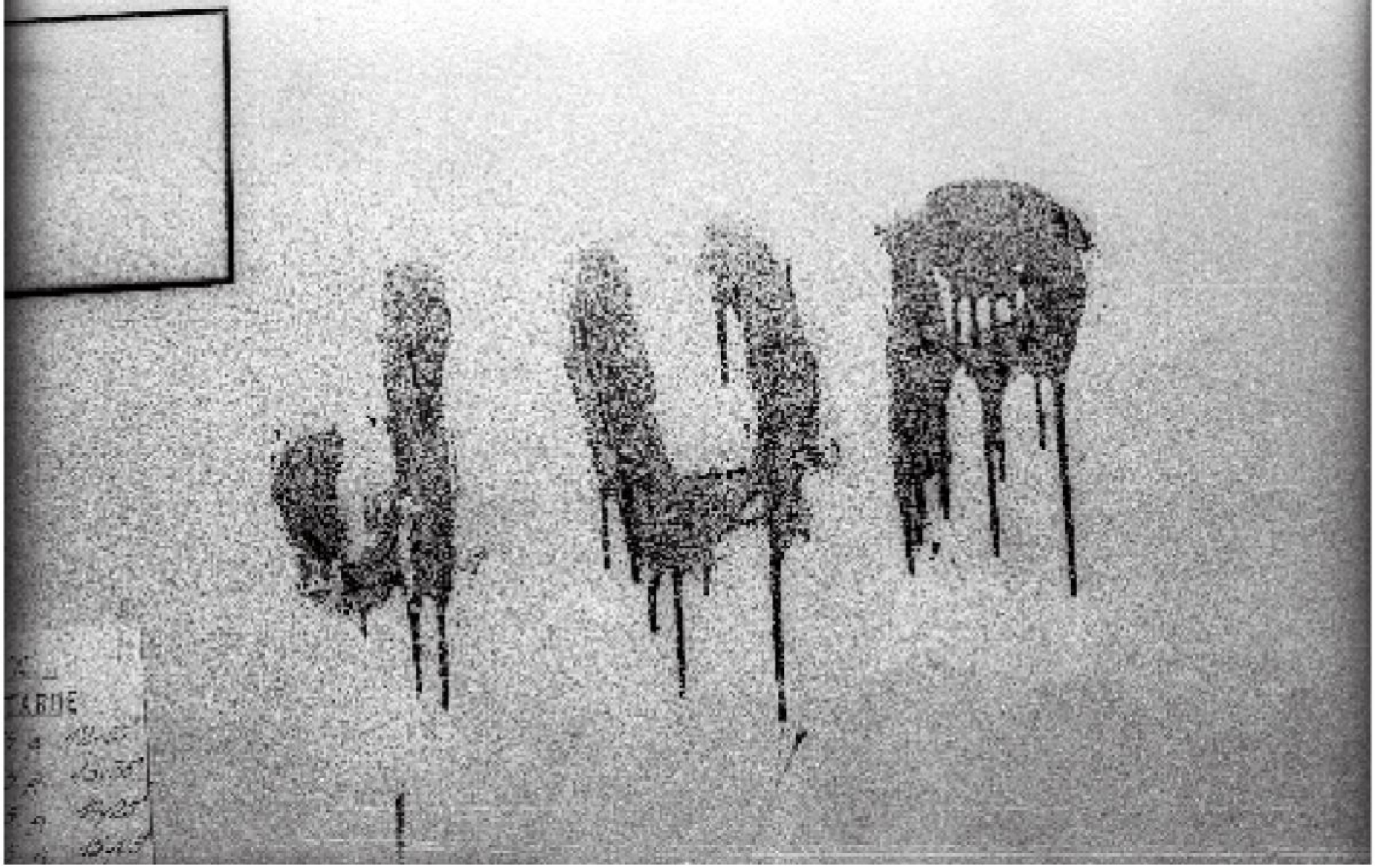
Policías ingresando a la Universidad de la República. Años 1957-1973.

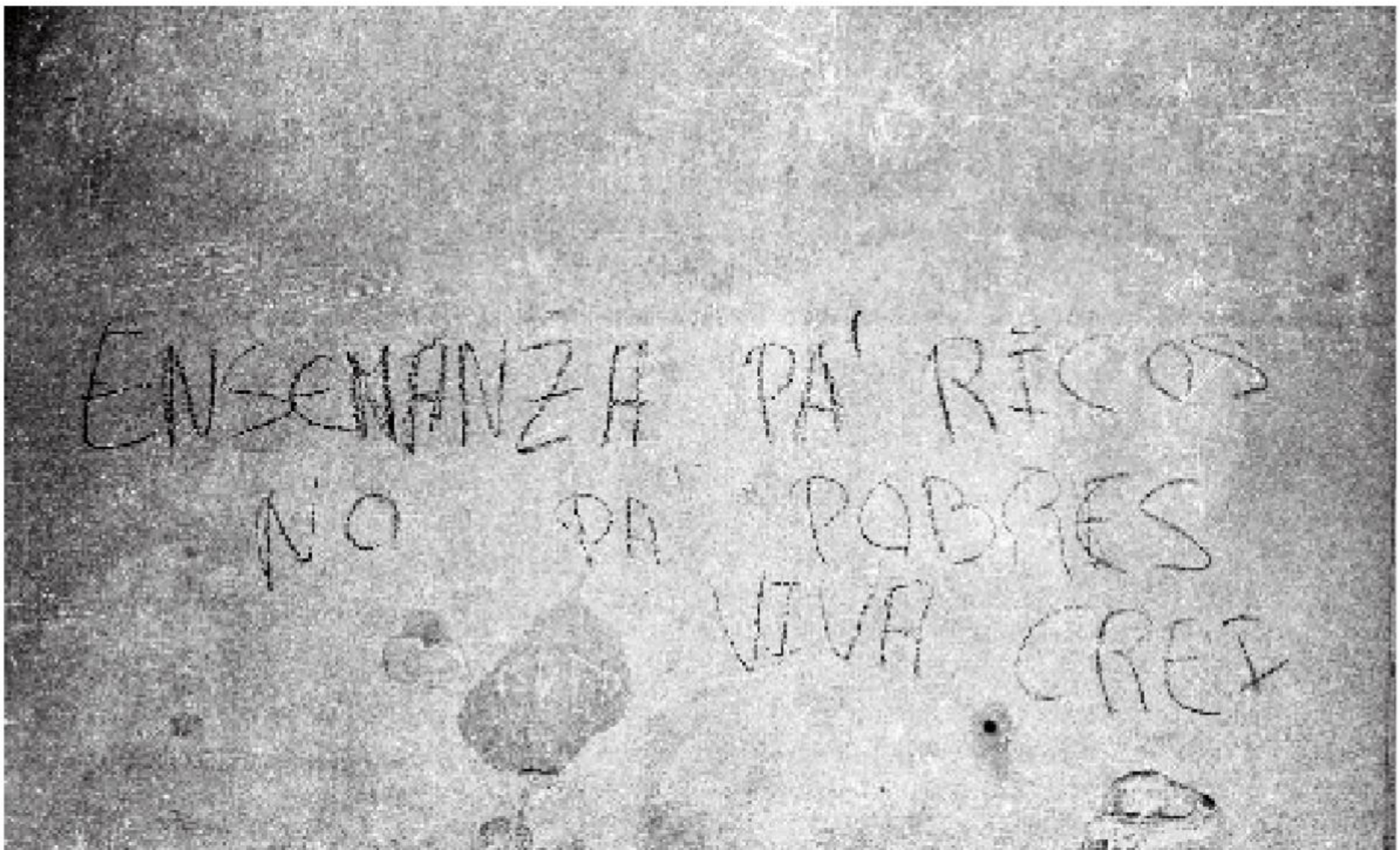
Estudiantes armando barricadas dentro de la
Universidad de la República. Años 1957-1973.

Estudiantes en los techos de la Universidad de la República durante una ocupación. Años 1957-1973.

MICKEY

Pintadas de la Juventud Uruguaya de Pie (JUP) en liceos. Años 1970-1973 (aprox.).




ENSEÑANZA PA' RICOS
NO PA' POBRES
VIVA CRECI

UU EN DUELO

Fachada del Instituto de Enseñanza de la Construcción (IEC) luego del asesinato de Susana Pintos. Setiembre de 1968.

Estudiantes durante la ocupación de un liceo. Años 1957-1973

Fachada de la Universidad de la República.
Años 1968-1973.

Policías retiran pasto colocado en la vía pública por estudiantes de Agronomía y Veterinaria durante una manifestación. Avenida 18 de Julio. Década de 1960.

Clase abierta de la Facultad de Agronomía
en el marco de conflicto por reclamo de
mayor presupuesto. Años 1957-1973.

S.d. Años 1971-1973.

Solidaridad:

Fue constante con pueblos,
gobiernos y perseguidos.

ESTA EMPRESA YANKI
ASESINOS DE NIÑOS E

Pintada en la fachada de la filial uruguaya de la empresa Mc Gregor en repudio a la intervención estadounidense en Vietnam. Marzo de 1965.

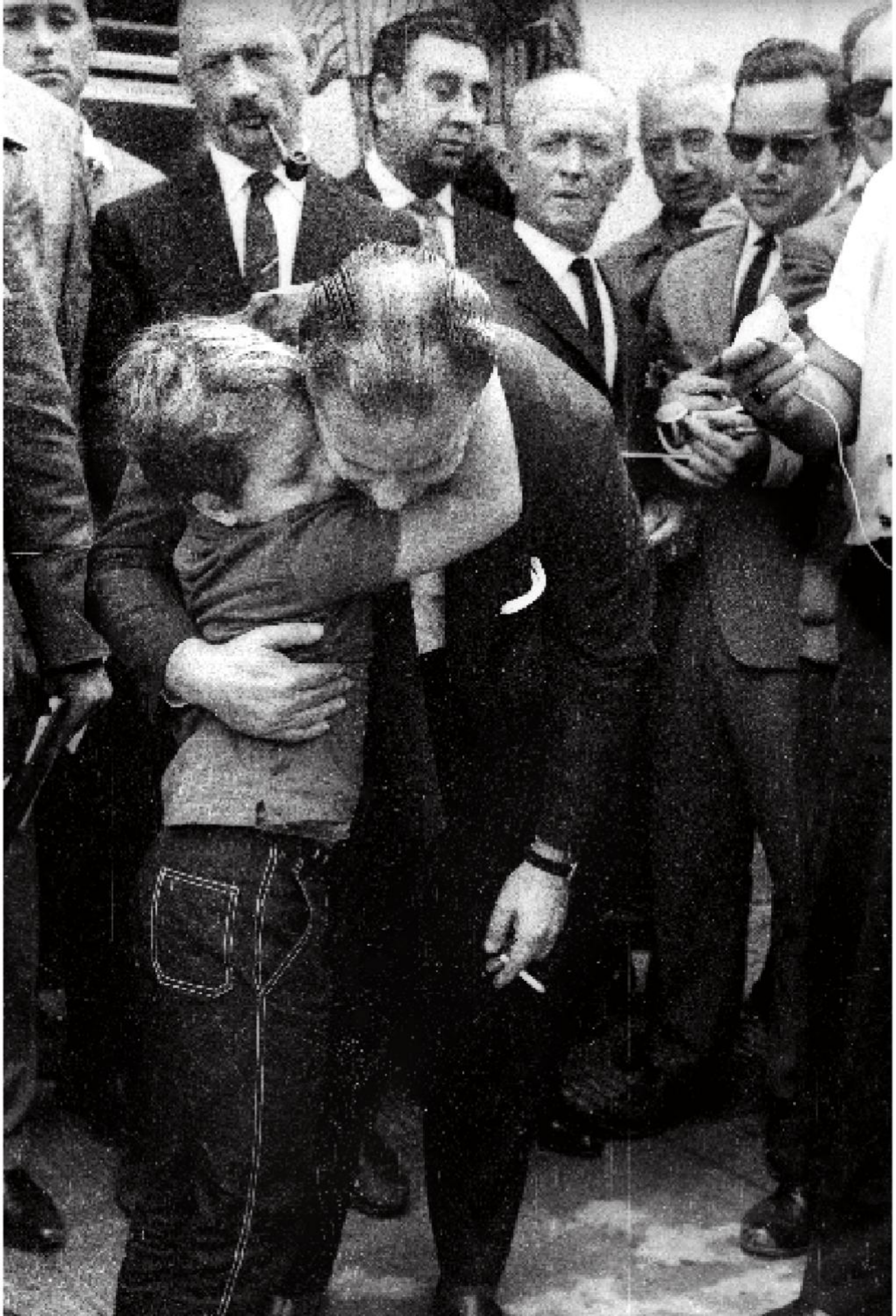
Manifestación en protesta por la expulsión del embajador de Cuba en Uruguay. Aeropuerto de Carrasco. Setiembre de 1964.

Manifestación en días previos a la ruptura de la relaciones diplomáticas entre Uruguay y Cuba. Setiembre de 1964

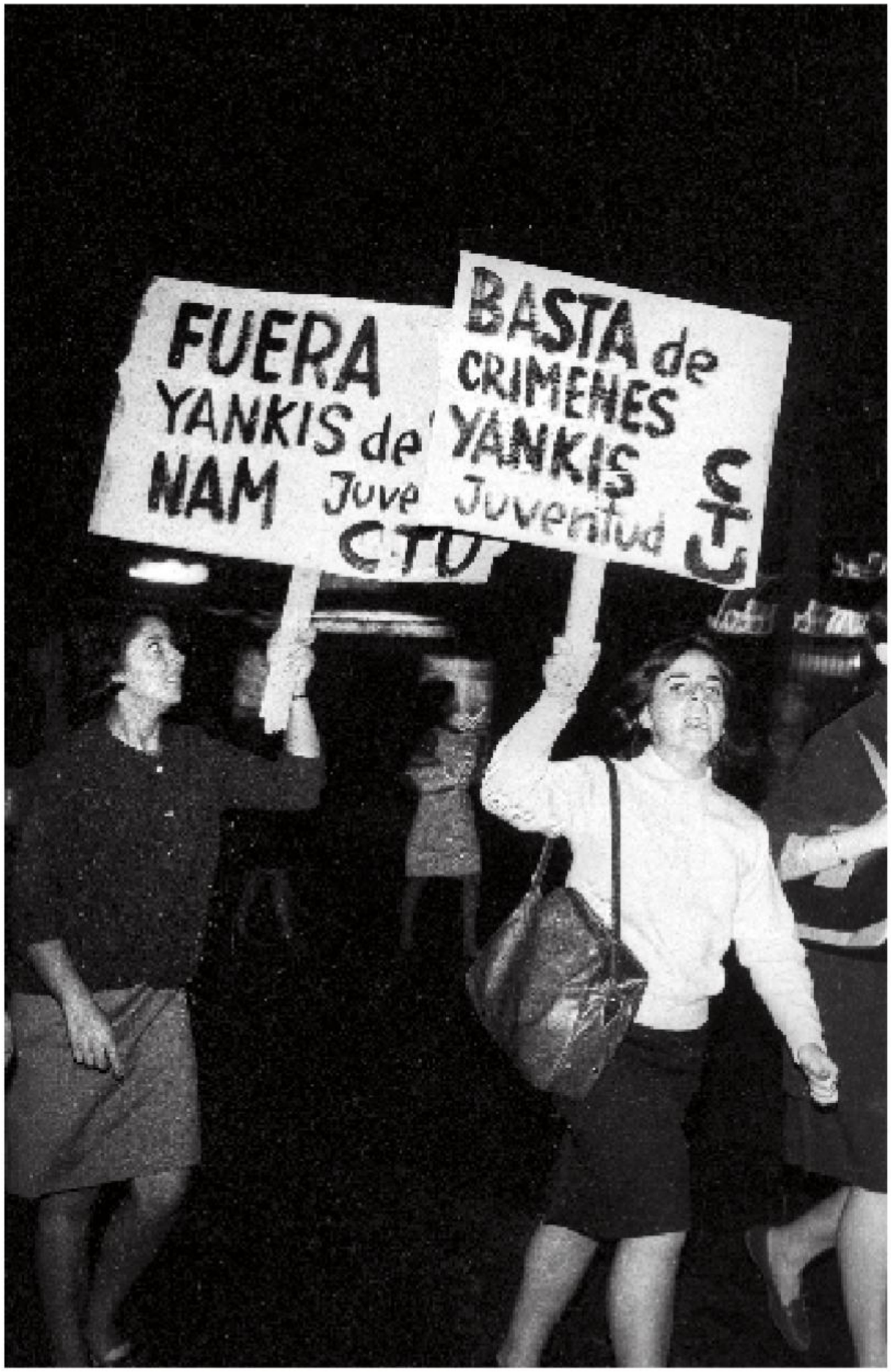
S.d. Década de 1960.

S.d. Década de 1960.

Manifestación en protesta ante el golpe de Estado en Brasil. Año 1964 (aprox.).



El depuesto presidente brasileño João Goulart y su hijo. Aeropuerto de Carrasco. Año 1964.



Manifestación convocada por la Comisión Juvenil de la Central de Trabajadores del Uruguay (CTU), exigiendo el retiro de las tropas estadounidenses de Vietnam. Avenida 18 de Julio. 30 de marzo de 1965.

El escultor Armando González en una movilización del Movimiento de Trabajadores de la Cultura del Frente Izquierda de Liberacion (FIdeL) en solidaridad con Vietnam. Marzo de 1965.

Carestía:

Movilizó a las amas de casa.

Manifestación en protesta por el aumento del precio de la carne. Década de 1960.

Hijos de obreros frigoríficos en el marco de una manifestación del sector. Año 1968 (aprox.).

Espera para abastecimiento de querosén.
Años 1957-1973.

Movilización por la suba de los precios de la canasta familiar. Año 1965.

Movilización contra la carestía y la congelación de salarios. Año 1968 (aprox.)

Desalojo. Años 1957-1973.

El movimiento sindical
hizo un Uruguay mejor.

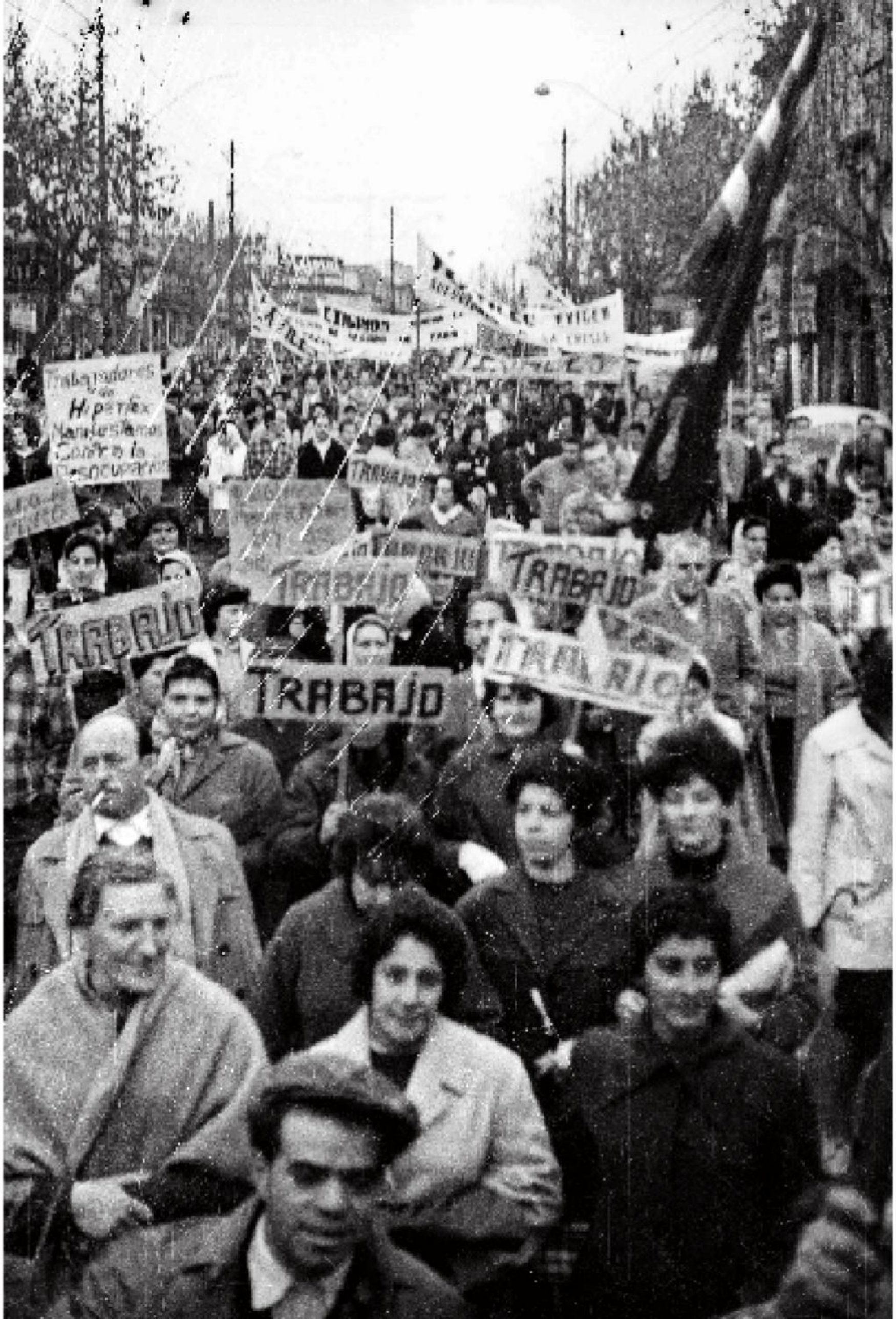
LAVADOS a VAPOR
CARGA de BATERIAS
GOMERIA

Obreras textiles manifiestando por salarios y claridad en los aportes jubilatorios. Adelante, de izquierda a derecha, la cuarta es Tita Cobo. Años 1957-1973.

Obreros de la Federación Obrera de la Lana (FOL) ocupando la planta en el marco de reclamos salariales y laborales. Marzo de 1968.

Manifestación y huelga de diversos sindicatos en el marco de reclamos salariales. Calle Rincón. Primera mitad de la década de 1960.

Protesta de la Asociación de la Prensa Uruguaya ante la congelación de precios y salarios dispuesta por el gobierno de Jorge Pacheco Areco. Año 1968 (aprox.).



Obreros textiles en manifestación. Años 1957-1973.

Obreras textiles en manifestación.
Años 1957-1973.

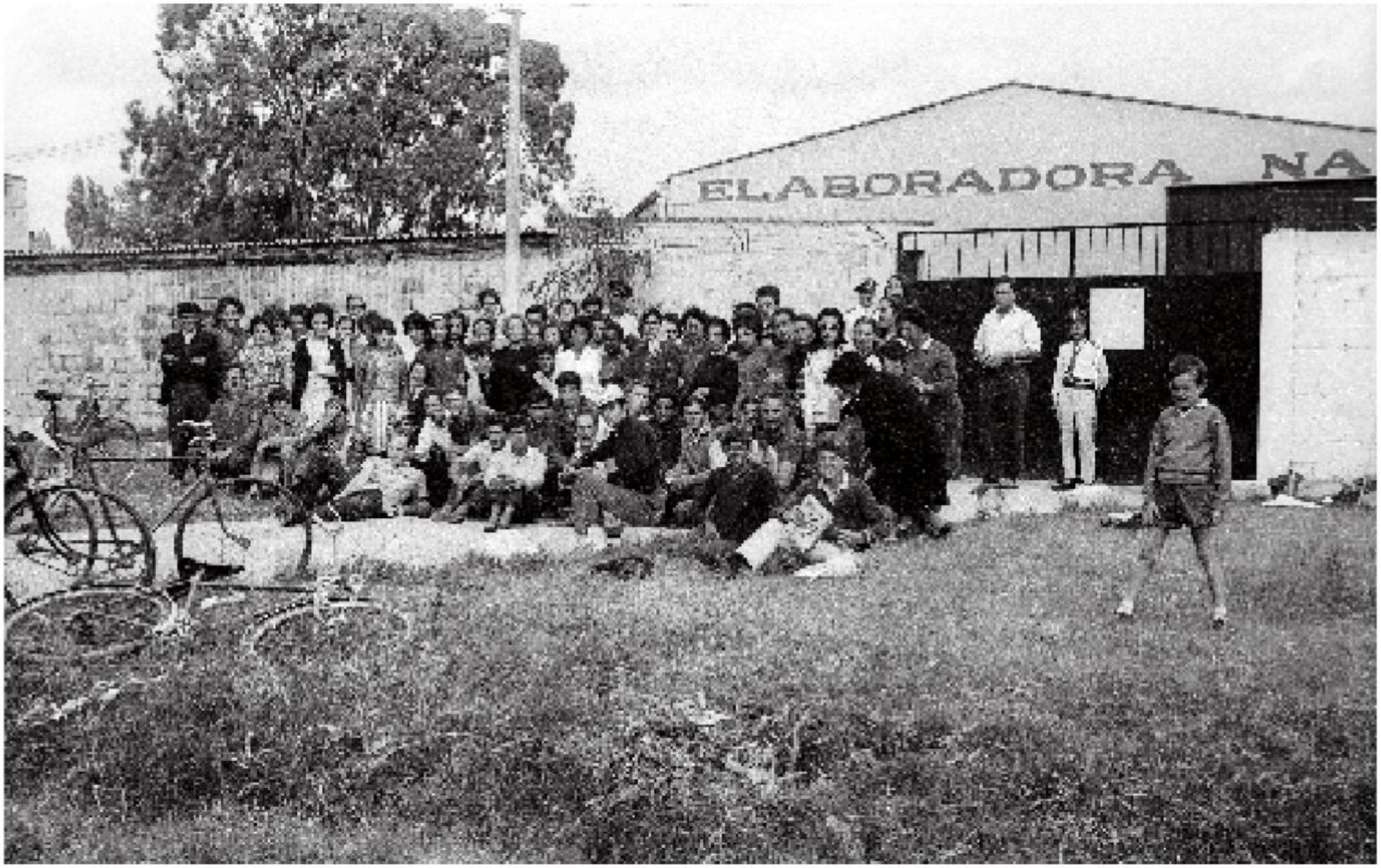
Obreros de la construcción en la rambla de la Ciudad Vieja. Agosto-setiembre de 1972.

Esposas de trabajadores bancarios movilizadas en protesta por la militarización de dichos empleados. Año 1968 (aprox.).

PARIS

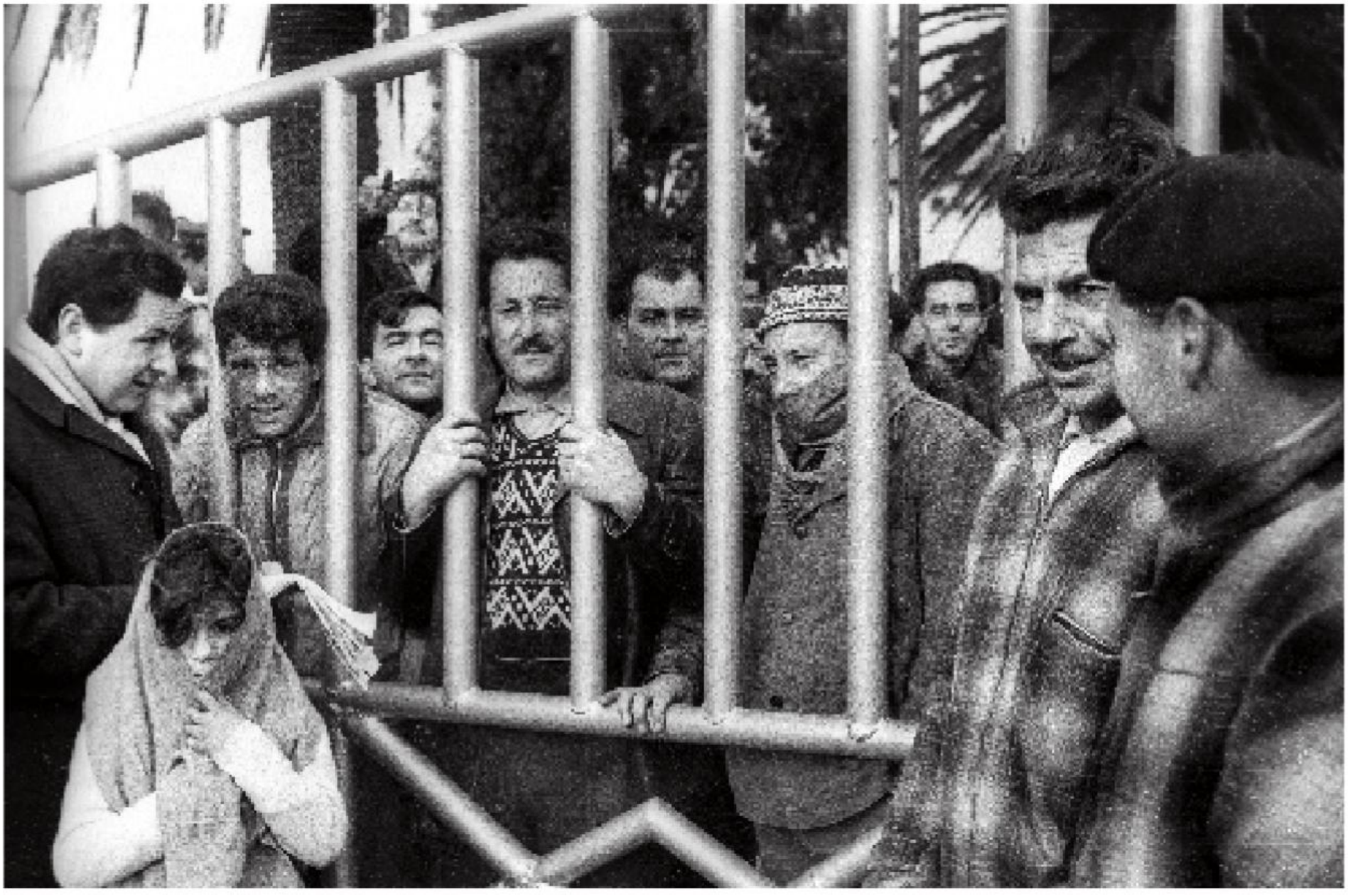
Esposas de trabajadores bancarios movilizadas en protesta por la militarización de dichos empleados. Año 1968 (aprox.).

Represión en avenida 18 de Julio y calle
Julio Herrera y Obes. Década de 1960.



Trabajadores de la fábrica elaboradora de Cerdas Levet reunidos en las afueras del establecimiento, cerrado temporalmente por decisión patronal. Marzo de 1964.

Ocupación de la fábrica de cartón Álvarez Fernández SA. Octubre de 1972.



Ocupación del Frigorífico Nacional. A la izquierda el periodista de El Popular Ismael Weinberger entrevistando a los trabajadores. Año 1963.

Movilización de trabajadores de las distintas fábricas del gremio del dulce. Año 1972.

Trabajadores metalúrgicos de Acerenza. Adelante, de derecha a izquierda, el segundo es Rosario Pietrarroia, secretario general de la Untmra y preso de la dictadura entre los años 1976 y 1984. Año 1972.

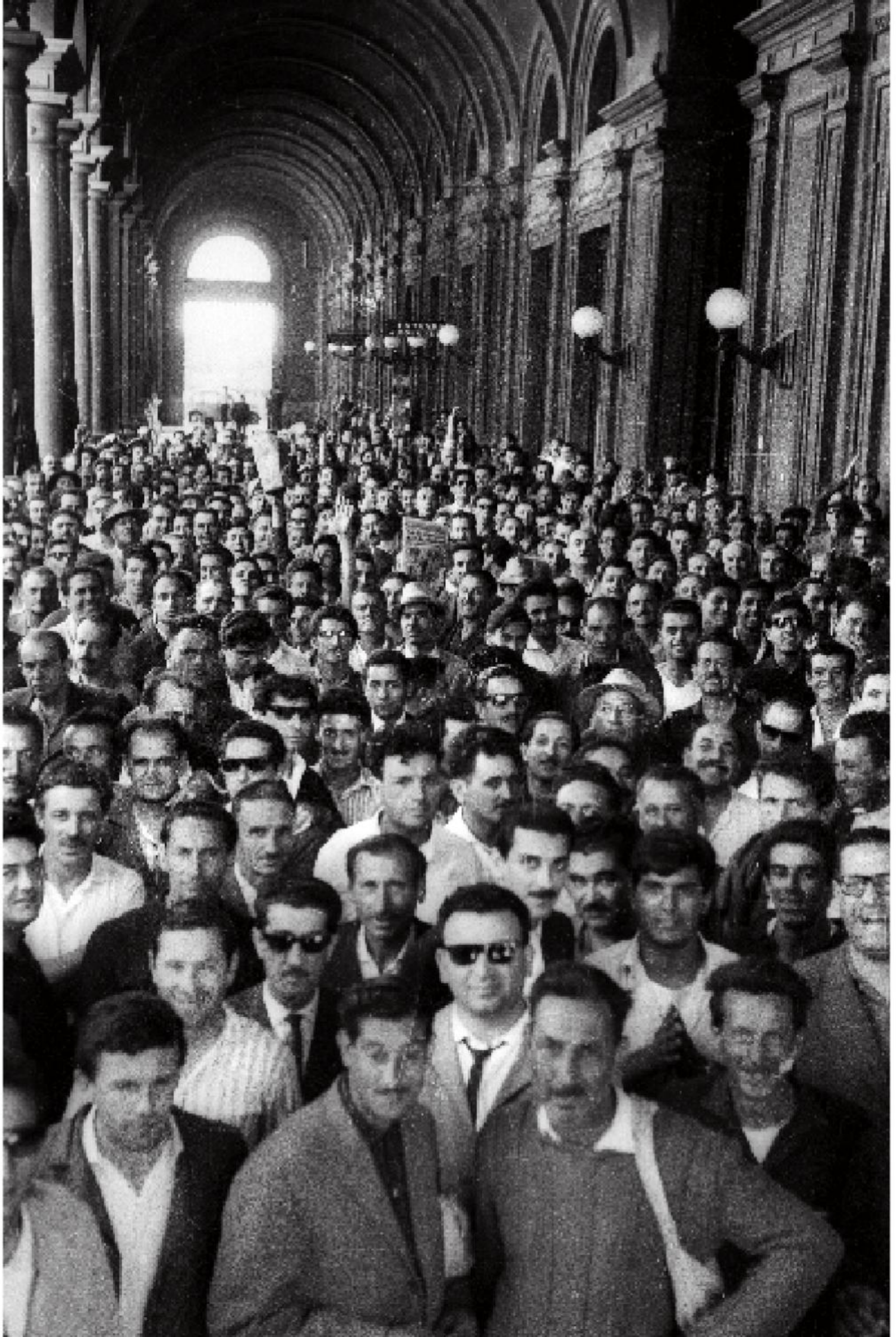
Movilización de trabajadores de Lanasur.
Años 1957-1973.

BAR
Crush
Crush
Crush
Crush
Crush
LANASUR
DE CONFLICTO
"LANA SUR"
VIABLE

Trabajadores bancarios reciben a compañeros destituidos durante los paros de AEBU por mejoras salariales. Diciembre de 1965.

Fábrica ocupada. Año 1972.

Funcionarios de OSE en huelga. Año 1965.



Trabajadores ferroviarios. Estación Central. Diciembre de 1965.

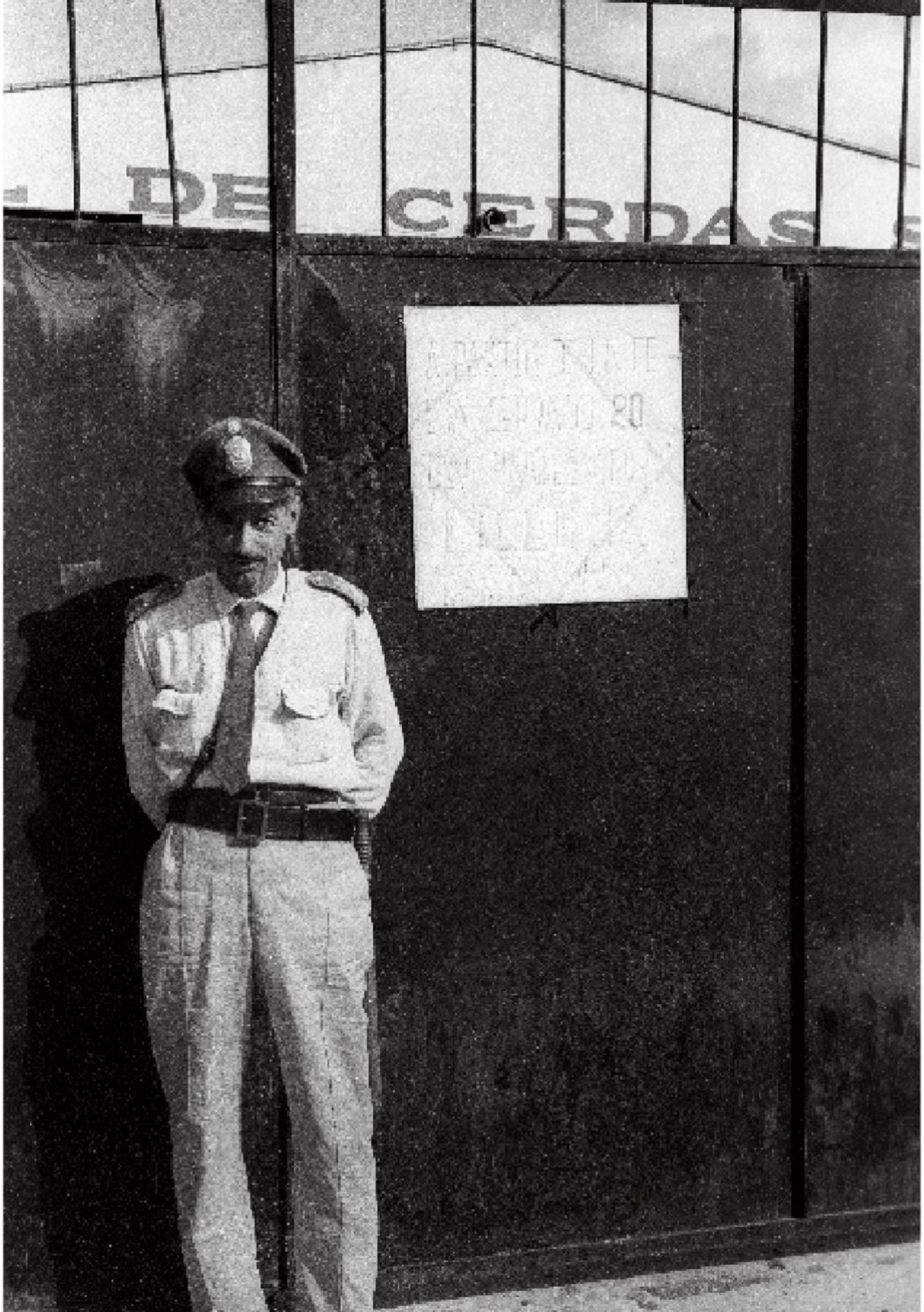
S.d. Años 1957-1973.

Marcha de trabajadores cañeros.
Marzo de 1964.

Trabajadores de Sindicato Único de Obreros Remolacheros (SUDOR). De izquierda a derecha el sexto es Raúl Rezzano, secretario general de esta organización. Década de 1960.

Identificación de trabajadores cañeros en
la ruta. Año 1964.

Marcha de trabajadores cañeros.
Marzo de 1964.



Policía custodia fábrica de cerdas durante un conflicto sindical. Marzo de 1964.

Trabajadores de diversos gremios marítimos. Años 1957-1973.

El Ejército en la zona bancaria durante la militarización de los funcionarios públicos. 25 de junio de 1968.

Represión a trabajadores cañeros. Palacio Legislativo. Año 1964.

S.d. Años 1957-1973.

Compañía tabacalera ocupada.
Años 1957-1973.

Acto de 1º de mayo. Años 1957-1973.

RADYLUCHA
MAYO

Movilización de trabajadores de Magisterio
en el Parlamento. Años 1957-1973.

Trabajadores del diario El Popular en el acto del 1º de Mayo. Años 1957-1973.

Movilización de obreras textiles por reclamos gremiales. Avenida 18 de Julio. Años 1957-1973.

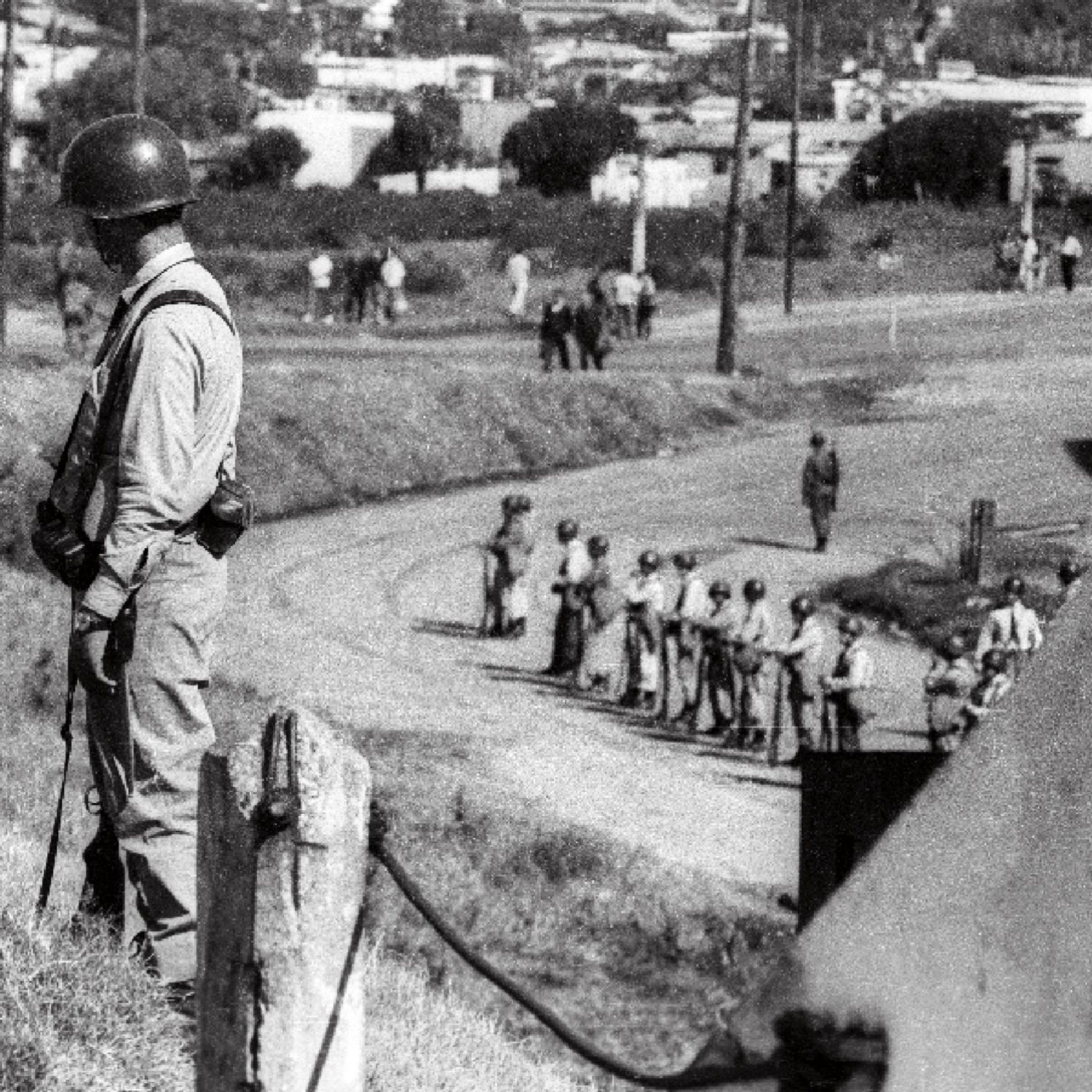
S.d. Años 1957-1973.

S.d. Años 1957-1973.

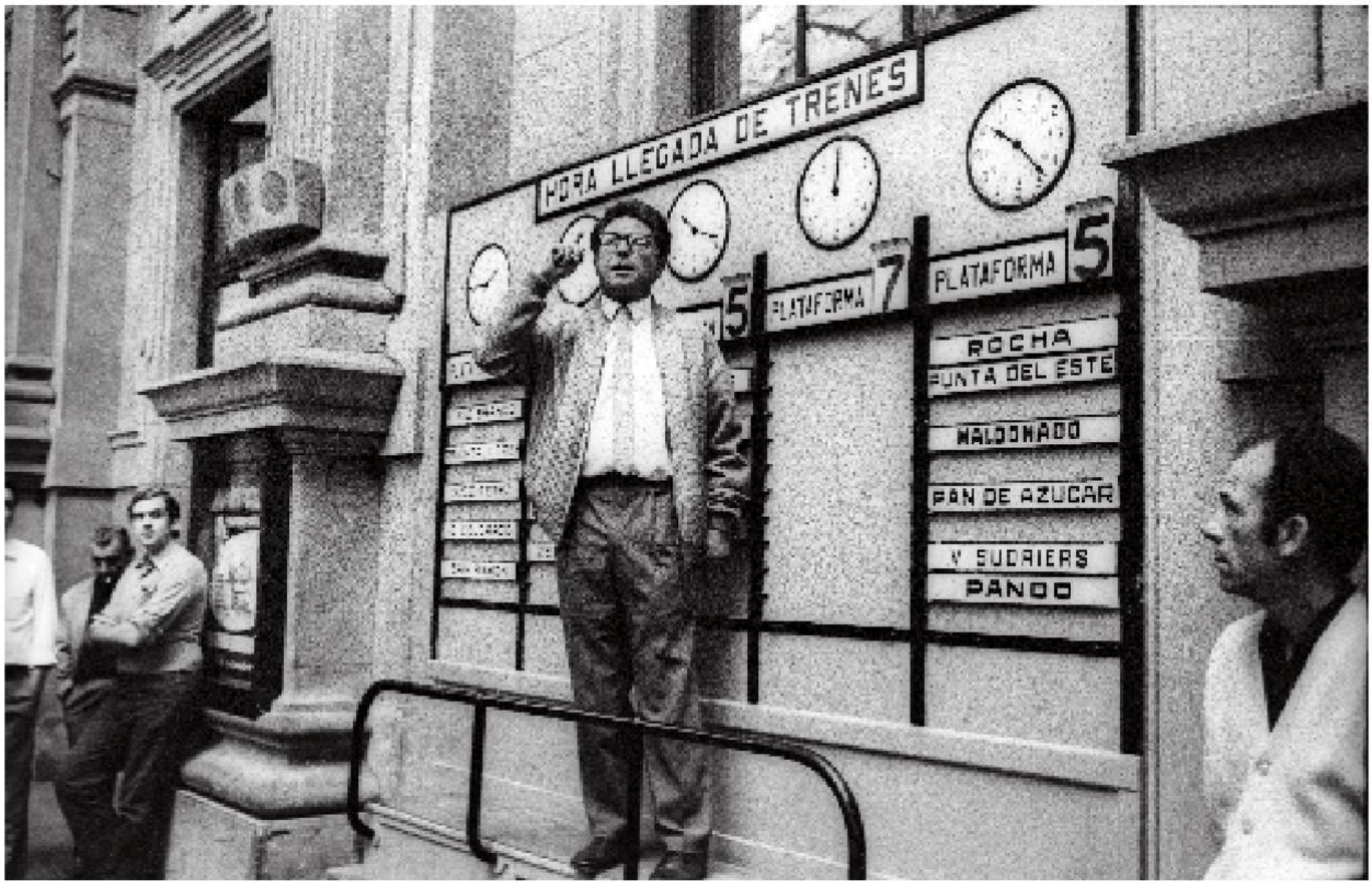
Manifestante en el marco de denuncias al ministro de trabajo Ángel María Gianola. Primeros años de la década de 1960.

S.d. Barrio Cerro. Años 1957-1973

Policías custodian el puente del Pantanoso. Década de 1960.



Obreros de la construcción en el marco de una movilización. Años 1957-1973.



El dirigente ferroviario Francisco Maiorana
en asamblea. Estación Central. Año 1970.

TOKINI
Cerrente
PIZARRA
CAFE
GUERRE
15

Patrulla policial en el barrio Cerro. Años 1957-1973.

Frente Amplio:

Miles de voluntades
lo plasmaron.

¡Pero nació!

Después de múltiples reuniones, de tiras y aflojes, se fueron dando las condiciones para la creación de lo que hoy es el Frente Amplio. No fue un parto fácil, pero las fuerzas progresistas encontraron la forma de superar la desconfianza y los viejos resquemores; había que dejar por el camino sectarismos de todo tipo. Era una necesidad imperiosa: aquel viejo Uruguay sin freno y con las ruedas gastadas se deslizaba a velocidad vertiginosa a un callejón sin salida y los dos partidos fundacionales no daban respuesta a un mundo sin conflagraciones. Sin guerras nuestros productos exportables –carne, lanas y cuero– valían poco y los compradores eran escasos. Las reservas acumuladas en la época de las vacas gordas se agotaban. Por primera vez en la historia el Partido Nacional, coaligado al ruralismo de Benito Nardone, ganaba las elecciones en 1958 y gobernaba hasta 1966.

No obstante, la crisis se siguió profundizando: la vieja y obsoleta industria del cuero hacía agua por todas partes; la industria textil y la pujante Funsa se hundían; los grandes frigoríficos con miles de trabajadores cerraban sus puertas. Ya se veía que el peso de la crisis recaería sobre las espaldas de los trabajadores. A los dueños de la tierra, a los bancos y al comercio importador y exportador ni los rozaba.

Había una inflación galopante. El peso, nuestra otrora fuerte moneda, se derrumbaba. El desempleo comenzó a golpear a los sectores más vulnerables. El ministro Azzini firmaba la primera carta de intención con el Fondo Monetario Internacional (FMI). El Banco Transatlántico daba quiebra y era vox pópuli que un político de vieja raigambre, infidencia mediante, antes del descalabro había retirado una fuerte suma de dinero.

Cientos de familias desalojadas. Los cantegriles de chapas, cartones y plástico se multiplicaban. Riadas de compatriotas cruzaban a la otra orilla: primero se iba él, tentando una oportunidad, luego lo seguía ella con sus hijos, sus penas y angustias. Otros, quizá sin tanta carga familiar, pegaban el salto e iban a parar a la lejana y desconocida Australia.

Otra vez, y como tantas veces, los trabajadores organizados, sin desmayo, yo diría que hasta con garra, se organizaban en busca de soluciones. Más que nunca se habló de unidad en una sola central. La vieja y ya desaparecida Central de Trabajadores de Uruguay (CTU) era sustituida por lo que vino a llamarse la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), donde se aglutinaba la gran mayoría de los sindicatos del país.

Pero fue aquella vieja CTU la que organizó, en 1965, el Congreso del Pueblo que congregó a cerca de mil organizaciones, entre sindicatos, estudiantes, cooperativas, jubilados, pequeños y medianos productores agrarios y un largo rosario de organizaciones barriales tanto de Montevideo como del interior de la república.

La CNT, que ya existía cuando tuvo lugar el Congreso del Pueblo, actuó como coordinadora aunque formalmente su nacimiento habría tenido lugar luego de un Congreso Constituyente, el 1º de octubre de 1966. En ese proceso jugaron un papel preponderante Enrique Pastorino –secretario general del sindicato del cuero y más tarde presidente de la Federación Sindical Mundial (FSM)– y Héctor Rodríguez –secretario general del Congreso Obrero Textil (COT)–, junto con un calificado grupo de dirigentes sindicales de primer nivel.

Año 1965. ¡Durísimo! Represión contra los funcionarios públicos y Medidas Prontas de Seguridad. La Metropolitana, la Guardia Republicana y la Brigada de Gases se habían convertido en parte del paisaje montevideano. Quisiera acotar que en mi ya larga profesión de reportero gráfico, fui testigo de la utilización masiva e indiscriminada de dichas bombas. Fueron tantas que, según se comentaba, fue necesario fletar desde Estados Unidos un avión chárter para reponer el "stock" de ese arsenal asfixiante.

La clase obrera había encontrado el lenguaje de la unidad, herramienta vigorosa, independiente de cualquier tutela de partidos políticos, pero con la clara con-

vicción de que nacía para organizar y defender los intereses de los trabajadores. Ahora, y sin ninguna duda, el turno era de los partidos políticos.

Las fuerzas progresistas, paso a paso, día a día, durante meses y años fueron encontrando las condiciones para ese nacimiento. Sin temor a equivocarme, el Frente Amplio es hijo de ese movimiento sindical sin exclusiones; si no hubiese existido la CNT no habría Frente Amplio. El movimiento sindical, junto con los estudiantes, los profesionales y las organizaciones sociales, fue y es su columna vertebral.

A todo ello se unía algo impensable poco tiempo antes: militares de altísima graduación pedían la baja en las Fuerzas Armadas y se incorporaban al Frente Amplio. El comandante en jefe del primer cuerpo de Ejército, general Liber Seregni (renunciante), era proclamado presidente del Frente Amplio y se convertía en el candidato a disputar la presidencia en las elecciones de 1971.

26 de marzo de 1971. En la calle, en la gran explanada de la Intendencia de Montevideo, el Frente Amplio mostraba a propios y extraños el poderío de esta fuerza recién creada. ¿Cómo catalogar ese acto jamás antes visto? Columnas humanas venían de cuanto barrio existe en Montevideo; ómnibus repletos provenientes de los más distantes departamentos; banderas y pancartas mantenidas en alto con fervor, esperanza y la alegría de ser parte de un conglomerado que estaba llamado a cambiar la historia. Todos sentimos que nos poníamos de pie, que éramos parte de una esperanza. Ese Uruguay que languidecía comenzó a reverdecer; el incipiente otoño se había transformado en primavera.

Fui testigo privilegiado, no por mérito alguno, simplemente por mi trabajo como reportero gráfico. Además, fui testigo privilegiado desde lo más alto del edificio ubicado en Santiago de Chile y 18 de Julio. La noche del 26 de marzo, allí arriba, donde anidan las palomas, con emoción contenida presencié el acto más grande que se pudiera imaginar. Esa multitud vibró, también los dirigentes que estaban en el estrado: la propia voz del general Seregni tremoló, en un discurso memorable.

Montevideo era frenteamplista, ahora había que salir a conquistar ciudades y pueblos del interior, ese interior distante políticamente, desindustrializado, con un latifundio retardatario, impropio del siglo en el cual vivíamos, con los ojos de los caciques siempre vigilantes de sus feudos. Los dueños de la tierra y el dinero estaban preocupados al ver que los de abajo siempre sumisos despertaban, se movían.

Salimos en lo que se llamó Caravana de la Esperanza. Las noticias eran alentadoras. Ese interior tan mediatizado hacía saltar por los aires el corsé que lo oprimía. Los caciques y caciquillos, tan nerviosos como sus patrones, estaban desesperados viendo que sus vecinos de siempre tiraban las herramientas a un costado, las amas de casa se desataban el delantal y luego, luego, llevando su prole, se iban a la entrada del pueblo a saludar, a vivar el ómnibus donde venía el general. Había que verlas revolear sus delantales recién desatados; toda una premonición.

Fui testigo. Vi las plazas de Fray Bentos, Rocha, Rivera, Salto, Paysandú, San José de Mayo, Colonia, Durazno, Cerro Largo, Tacuarembó, Maldonado, Treinta y Tres, Artigas, Canelones, Flores, Minas, Mercedes y Florida llenarse de mujeres, hombres, jóvenes con banderas, pancartas, tamboriles y cohetes, vibrando, festejando y emocionándose como aquel 26 de marzo en Montevideo.

Esas plazas en las que en los años cincuenta y sesenta los partidos de izquierda, tanto socialistas como comunistas, no lograban reunir más que unos cientos de simpatizantes, ahora con el Frente Amplio congregaban a miles.

Claro que hubo provocaciones, sabotajes, amenazas y agresiones, como la que nos ocurrió en Lascano. Infame agresión. No puedo dejar de contarlo; tengo y quiero contarlo. No es un cuento fruto de mi imaginación, fue una dura pesadilla.

No bien llegamos a esa localidad esteña, ya en los

arrabales vimos con preocupación las puertas y ventanas herméticamente cerradas; de ellas colgaban negros crespones. Las calles estaban vacías. Nos dio la sensación de estar viendo una película de vaqueros del Oeste americano. El viento reinante hacía rodar resecos matorrales. Era la estampa de la soledad, un pueblo abandonado por no se sabe qué maleficio o tragedia; el silencio nos dañaba. No podíamos creer lo que estábamos viviendo en ese momento; el que más o el que menos presintió que no iba ser un día fácil.

¡No iba ser un día fácil! Casas humildes, calles de tierra. Un poco más adelante vimos un grupo de personas que nos hacían señas para que nos detuviéramos. Alguien que venía en el ómnibus se acercó al general Seregni y le dijo que se trataba de compañeros del Frente, que paráramos porque con seguridad nos querían decir algo. Cuando subieron y comenzaron a hablar, el rostro de Seregni reflejó preocupación. Los del ómnibus enmudecieron.

Al seguir rodando vimos una edificación grande y distinta a las demás. Era la escuela de Lascano, solitaria, sin niños ni ruido. Recuerdo una frenada brusca, algo le dijo Seregni a la persona que iba manejando; un grupo de compañeros, los más cercanos a la puerta, se pararon. Los que íbamos del costado que daba a la escuela no podíamos creer lo que estábamos viendo: un busto de Artigas de un verde muy acentuado, ubicado en el centro del patio, había sido profanado. Alrededor de la cabeza y tapando sus ojos tenía un lienzo del color negro de los crespones.

Bajamos. En un instante toda la comitiva rodeaba ese busto en el que mil veces se habrán izado banderas, cantado el himno y dicho más de un discurso. Todos quedamos quietos contemplando aquello que aun viéndolo nos parecía mentira. En un instante, mientras tomaba las fotos, vi que Seregni y Ruben Sassano estiraban sus manos y de un tirón arrancaban el lienzo.

Evidentemente, el acto programado para las diez de la mañana reunía todos los ingredientes para cualquier cosa, menos para el optimismo.

Lascano es una localidad pequeña; entre la escuela y la plaza principal hay muy pocas cuadras. A los pocos minutos cambió todo: la plaza de esa ciudad desierta estaba llena de gente que guardaba silencio. El estrado, pequeño estrado, estaba solo; nadie lo rodeaba. El ómnibus rodó lentamente y nos quedamos muy cerca de él. Alguien de Rocha o del mismo Lascano tomó el micrófono y cuando se disponía a decir la primera palabra las piedras, los gritos y los insultos ahogaron su voz. Cientos de personas, algunos envalentonados y con evidentes muestras de estar alcoholizados, se acercaban para lanzarnos lo que traían en las manos. Prácticamente quedamos cercados. Los vidrios del ómnibus volaban, hechos añicos, por la violencia de los impactos. El general Seregni, encaramado en el estribo del ómnibus y con voz acostumbrada al mando, ordenaba que todos subiéramos al ómnibus. No quedaba otra: era subir al ómnibus o ser lapidados.

Salimos, rodeados por la turba. Las piedras cruzaban de lado a lado, ya no había más vidrios para romper, el parabrisas y la luna trasera estaban destrozados. Nos dirigimos a Castillos en un ómnibus que era la imagen de la barbarie.

¿Qué pasaría en Castillos? En la plaza principal no hubo piedras ni gente: no bien cruzamos una de las calles escuchamos los primeros estampidos. ¡Nos estaban disparando! El ómnibus aceleró, tomamos la ruta hacia Rocha. Al ratito nomás alguien que llevaba una radio portátil pegó un brinco y corrió a donde se encontraba Seregni. La noticia era terrible: aquellos disparos habían hecho impacto en un chico de doce años y lo habían matado; pero la noticia dejaba entrever que habían partido de nuestro ómnibus y que dos jeeps de la Policía local nos perseguían.

Efectivamente, al rato divisamos las luces rojas de los coches de la Policía que se acercaba a velocidad suicida. El polvo que levantaba nuestro ómnibus, sumado a los repechos y algunas curvas del camino, de tanto en tanto los hacían desaparecer de nuestra vista.

Fue un día de horas y sucesos amargos que habían comenzado con los crespones negros en puertas y ventanas, continuado con la cobarde pedrea y luego la muerte de ese niño y la persecución policial. Los dos jeeps se cruzaron aparatosamente delante de nuestro ómnibus, los policías nos hicieron descender y tirarnos al borde de la ruta mientras registraban cada asiento. No encontraron ni un alfiler. Después de varias horas nos autorizaron a seguir hacia Rocha.

Pero ese largo día no había finalizado. La gente en Rocha estaba angustiada por las noticias. Ahí estaba, como silencioso testigo, el destrozado ómnibus de la empresa Onda.

No bien llegamos corrí a llevar los rollos a la agencia de ómnibus; en aquellos tiempos era así: había que depositar los rollos para que llegaran a tiempo y al otro día pudieran salir publicadas las fotos en El Popular. Todo era correr y correr. Corriendo volví a la plaza, y corriendo me topé con gente que también corría sin saber a dónde. Algo estaba pasando o había pasado. Alguien me tomó de la campera. Yo no entendía lo que me decía, no quería escucharlo; me estaba contando que al general Seregni le habían dado una puñalada. La tierra se hundió debajo de mis pies, aún hoy no sé cómo llegué al lugar del hecho. No podía creerlo; delante de mí y rodeado por gente que no sé si gritaba o reía, estaba el general Seregni, quizá algo pálido pero de pie y hablando. No reía pero estaba de pie. A su lado se encontraba Ruben Sassano; luego me contaron que había sido Ruben el que logró evitar el homicidio.

Fui testigo de ese día trágico. Seguro estoy de que para muchos de los que allí estuvimos fue, sin lugar a dudas, el más largo de la vida.

El Frente Amplio era imparable. Ni las provocaciones ni los sabotajes, ni las piedras ni las balas lo detenían. Esas gentes del interior por años relegadas, que una y otra vez habían visto a sus hijos emigrar a la capital o al exterior, presentían que había nacido una esperanza. Su alegría nos contagiaba, su ilusión era infinita.

¿El regreso a Montevideo? ¡De multitudes! Al cruzar el puente de La Paz, cada lado del camino se transformó en una muralla humana; la bandera roja, azul y blanca junto a la uruguaya ondeaban por miles. Había motos, camiones, tractores, autos y caballos por doquier. Los de a pie, brazos en alto con la V de la victoria, saludaban al ómnibus donde el general Liber Seregni y el doctor Crottogini no sabían si ponerse en el costado derecho o en el izquierdo, o pegarse al parabrisas y desde allí retribuir los saludos que de un lado y del otro les reclamaban miles de frenteamplistas emocionados y, al mismo tiempo, con una alegría desbordante. El papel picado de color rojo, azul y blanco lanzado desde los edificios más altos tapizaba calles y avenidas. Las bocinas, matracas, silbatos y tambores, siendo tan dispares, sonaban a melodía. Montevideo era una fiesta en la alegría y el color, en los abrazos.

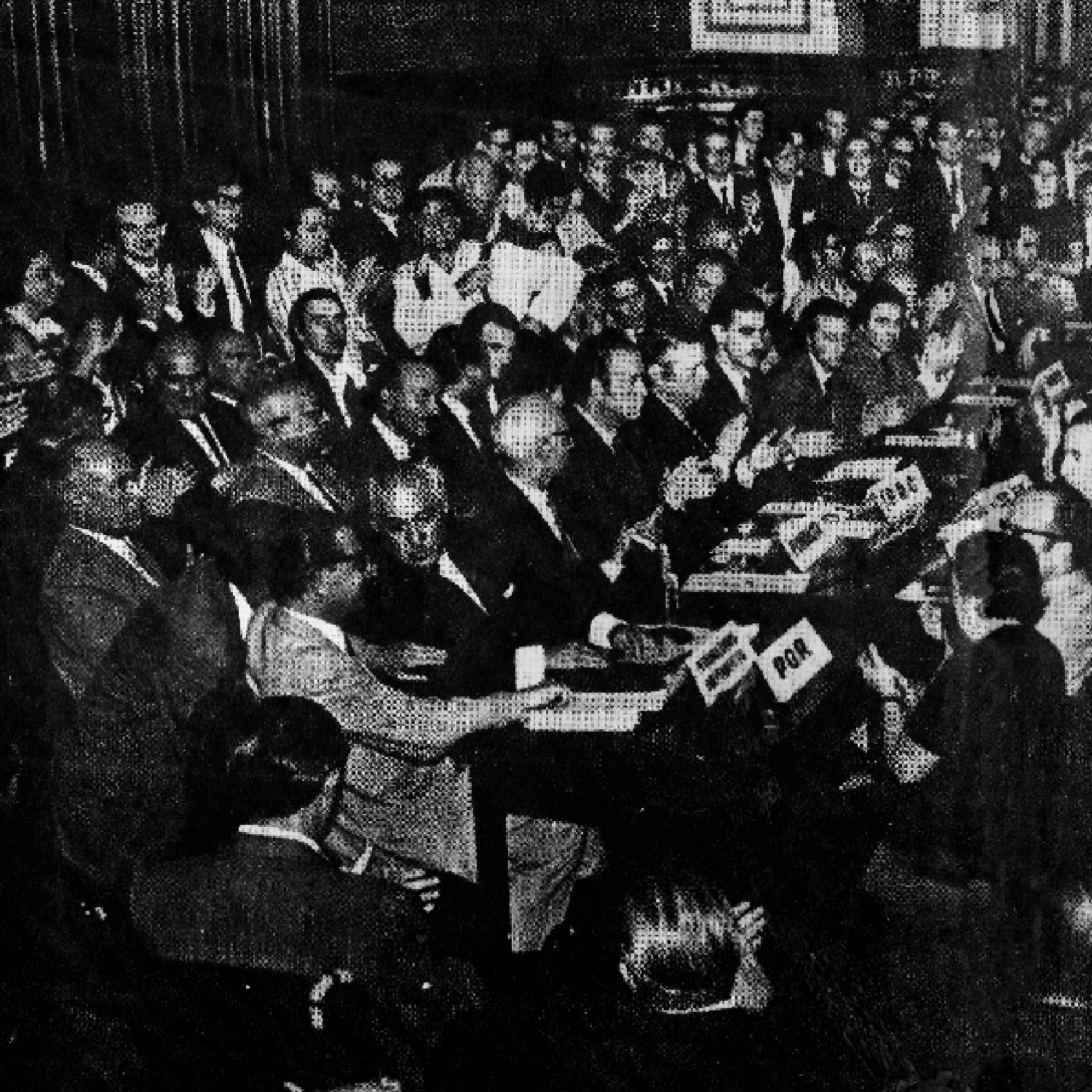
Otra vez fui testigo privilegiado. No sólo había recorrido de sur a norte, del oeste litoraleño al este turístico, cuanta ciudad, pueblo o villa hay diseminados en nuestra geografía. Llegábamos a Montevideo atiborrados de imágenes y abrazos y con la voz de aliento de esas mujeres y hombres formidables que, dejando a un costado prejuicios y miedos, habían colgado de sus ventanas o balcones, o plantado en sus pequeños huertos de humilde rancho, la bandera de Otorgués.

Y una vez más fui testigo. Quizá –o sin quizá–, sin jactancia (tal vez sí, un poquito), lo he guardado como un bien que no hallo las palabras para poder describir. No sé por qué la vida me ha dado la dicha de ser el único habitante de Uruguay que desde un lugar nada común estuvo inmerso y al mismo tiempo distante (físicamente) de esa marea humana en cuantas calles y barrios circuló la caravana. Ahí está la foto que con seguridad me sacó el compañero Hermes Cuña.

Desde lo más alto de esa escalera rodante sujeta por los brazos de la solidaridad espontánea, pude fotografiar, disfrutar, emocionarme y ser testigo de que había nacido un nuevo Uruguay.

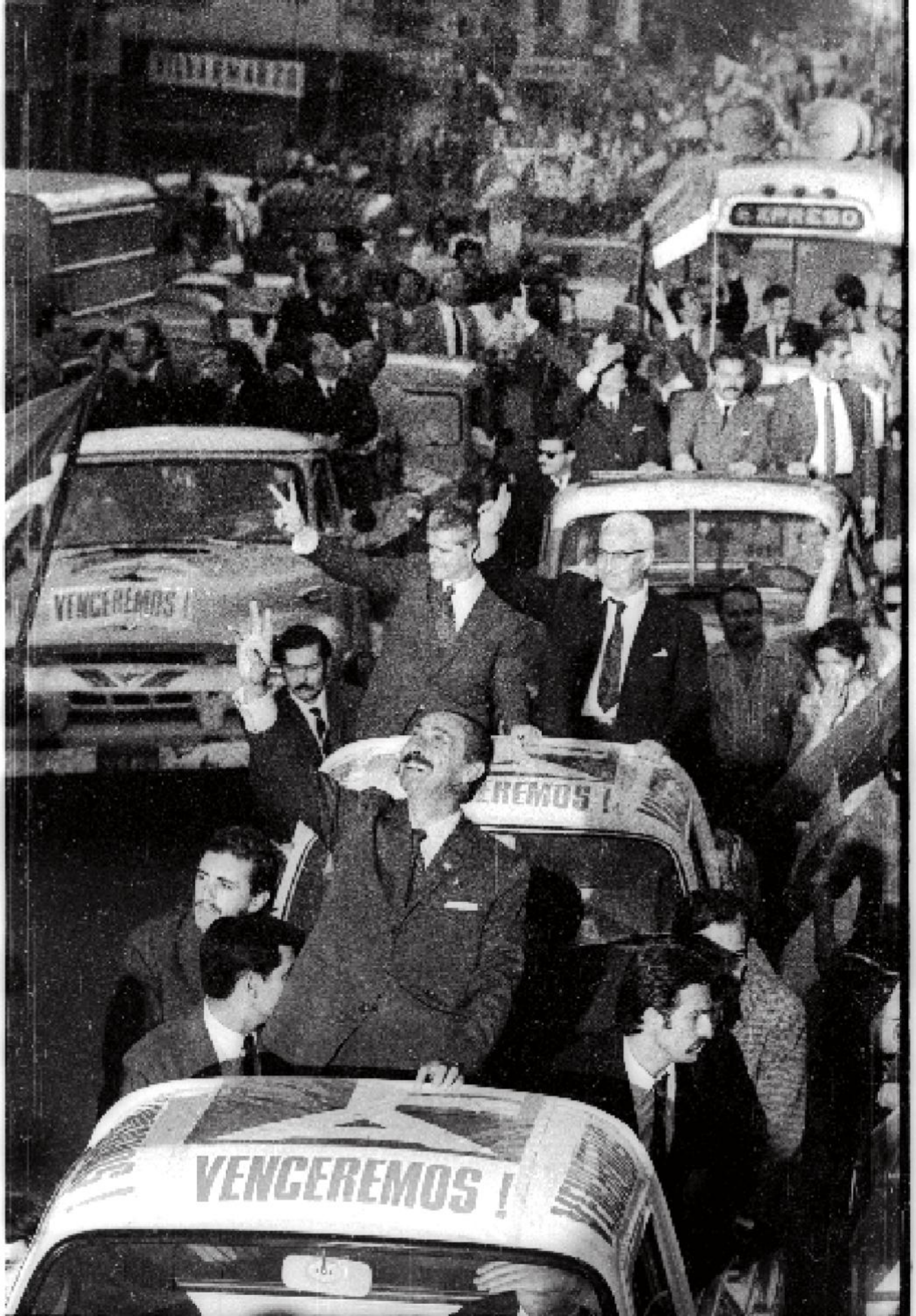
EXREMOS !

Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Noviembre de 1971.


POR

Plenario constitutivo del Frente Amplio. Palacio Legislativo. 5 de febrero de 1971.

Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Noviembre de 1971.

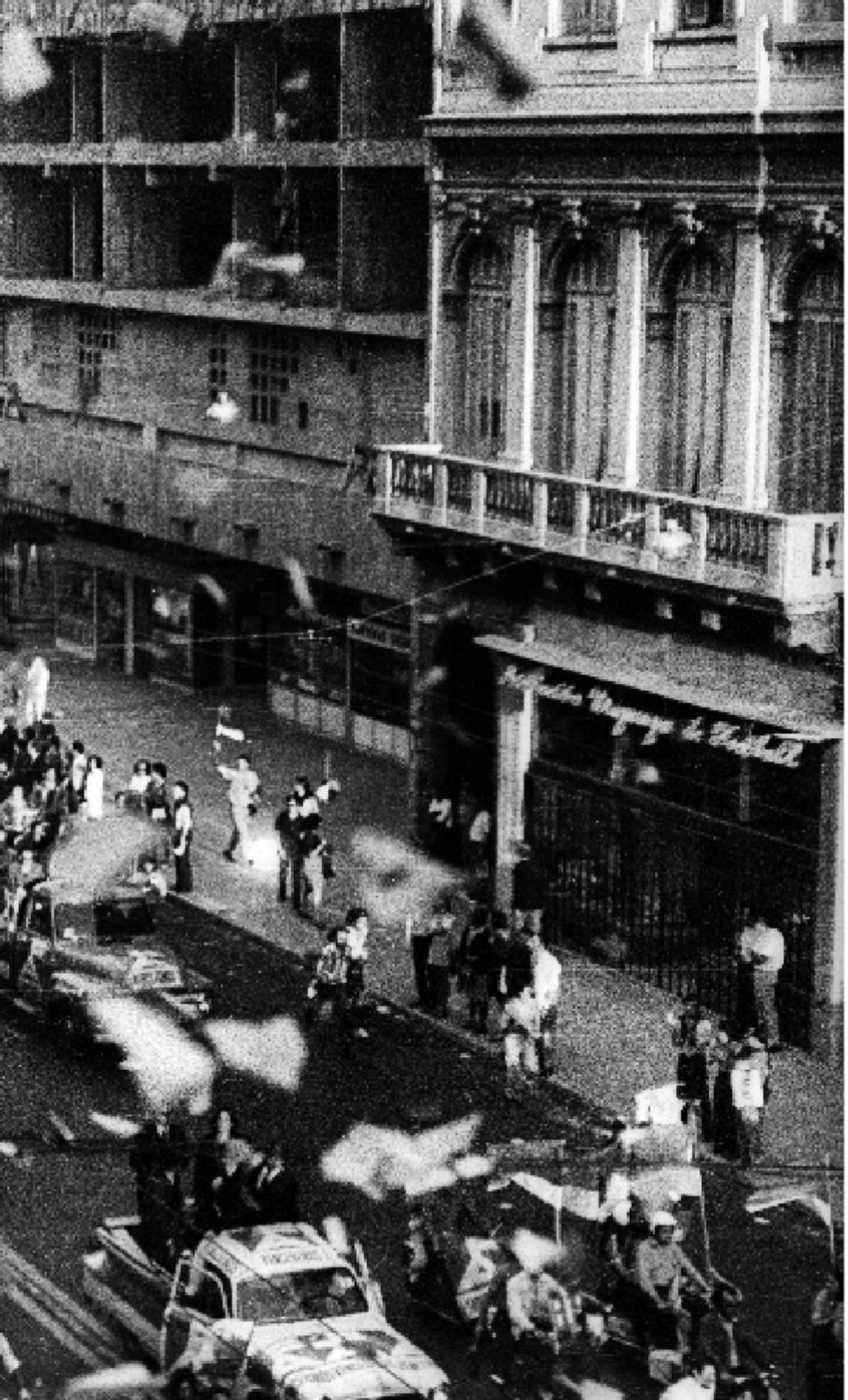


Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Adelante Liber Seregni, atrás Hugo Villar y Juan José Crottogini. Noviembre de 1971.

Liber Seregni en la Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Noviembre de 1971.

Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. De izquierda a derecha Rodney Arismendi, Zelmar Michelini y José Pedro Cardoso. Noviembre de 1971.

COSTA
COSTA
TEN A



Caravana de la Esperanza del
Frente Amplio. Avenida 18 de Julio.
Noviembre de 1971.

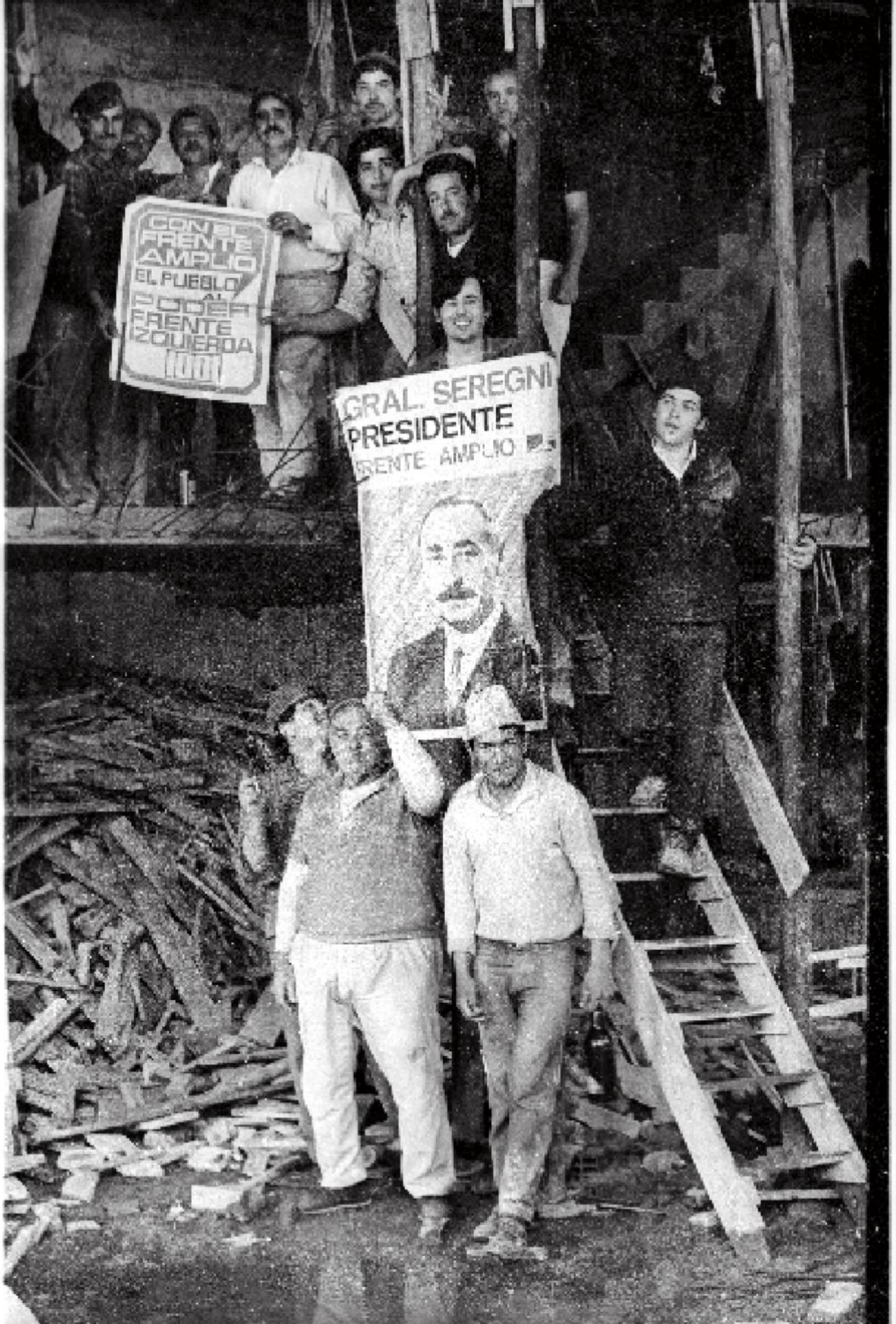
Mesa política del Frente Amplio. Entre los concurrentes aparecen Juan Pablo Terra, Zelmar Michelini, Rodney Arismendi, Jaime Pérez, José Luis Massera y Francisco Rodríguez Camusso. Año 1971-1973.

Caravana de la Esperanza del Frente
Amplio. Noviembre de 1971.

Varela Hnos.
TV
APSA
VENCEREMOS

Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Avenida 18 de Julio. Noviembre de 1971.

Banda musical del barrio Palermo en la Caravana de la Esperanza. Noviembre de 1971.



Obreros de la construcción durante la campaña electoral. Año 1971.

Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Sobre la escalera se ve a Aurelio González. Noviembre de 1971.

Caravana de la Esperanza del Frente Amplio. Noviembre de 1971.

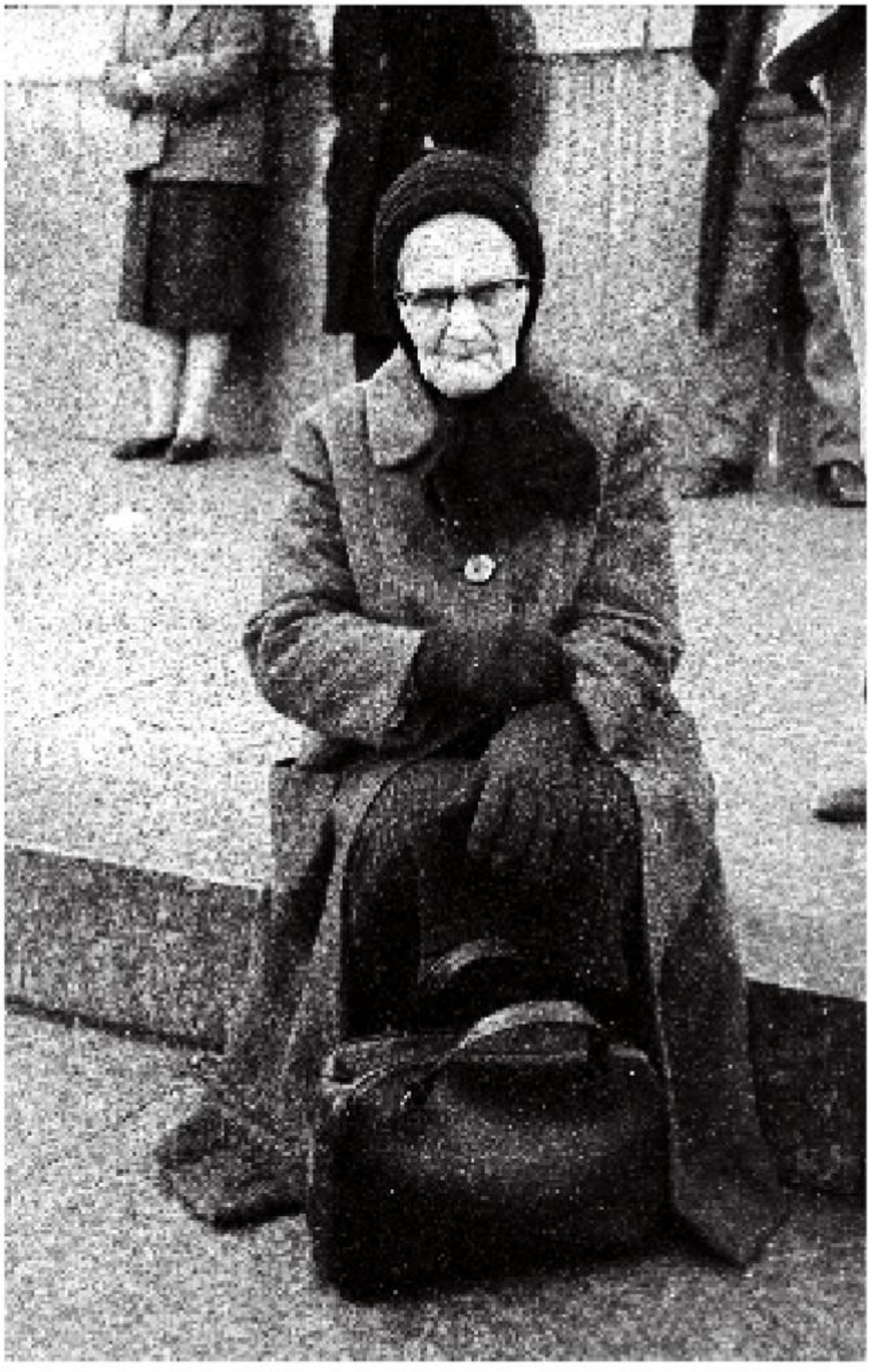
Acto final del Frente Amplio. Plaza del Entrevero y avenida Agraciada, actualmente Libertador. 24 de noviembre de 1971.

Jubilados:

Lucharon por no ser
los olvidados.

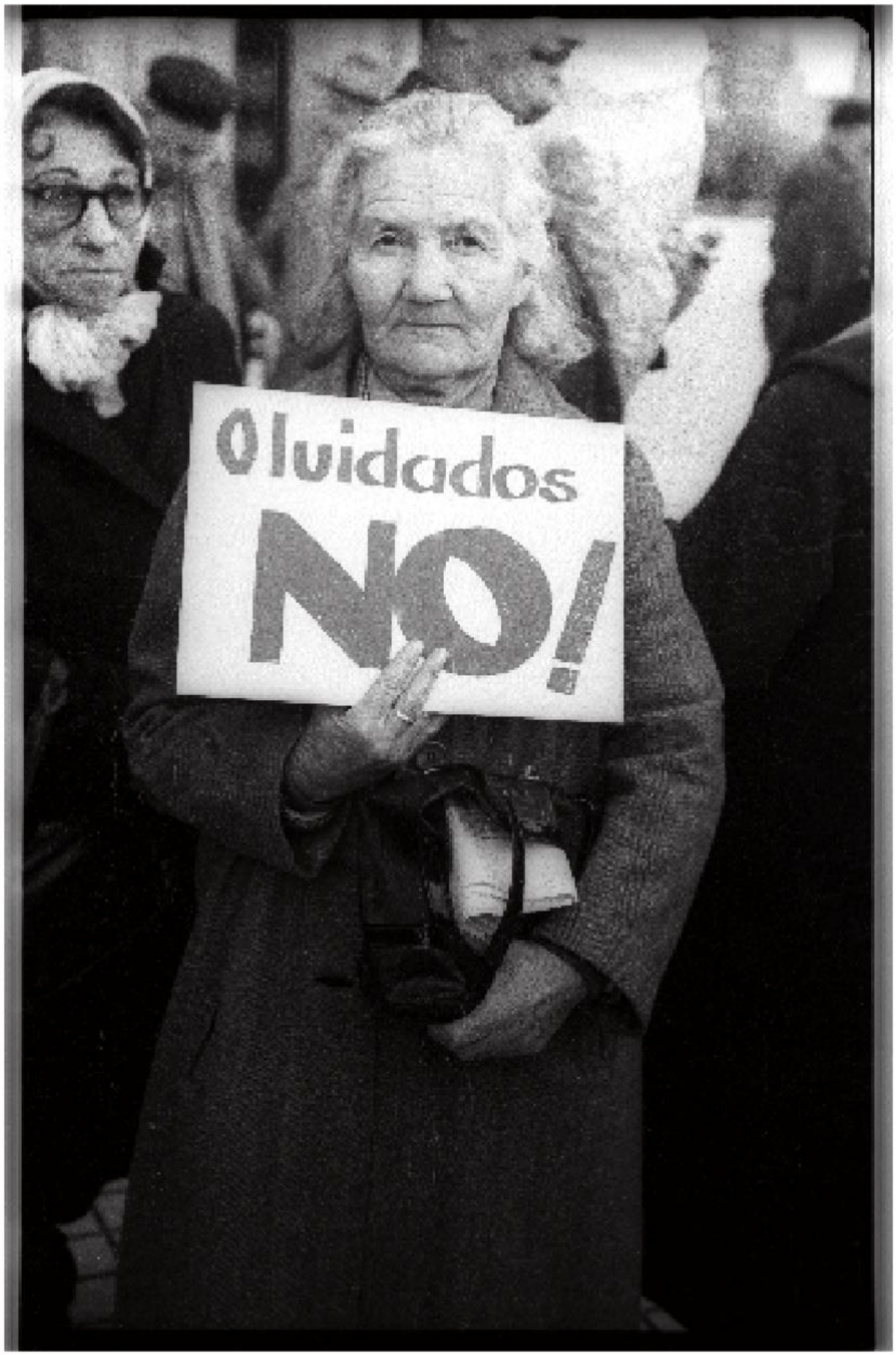
SANCHEZ
383
QUE
30
DE A
M
DE ROGAR

Movilización de jubilados frente a la Casa de Gobierno. Año 1964.



Jubilada en movilización. Plaza Independencia. Agosto de 1964.

Jubilada en movilización. Plaza Independencia. Década de 1960.



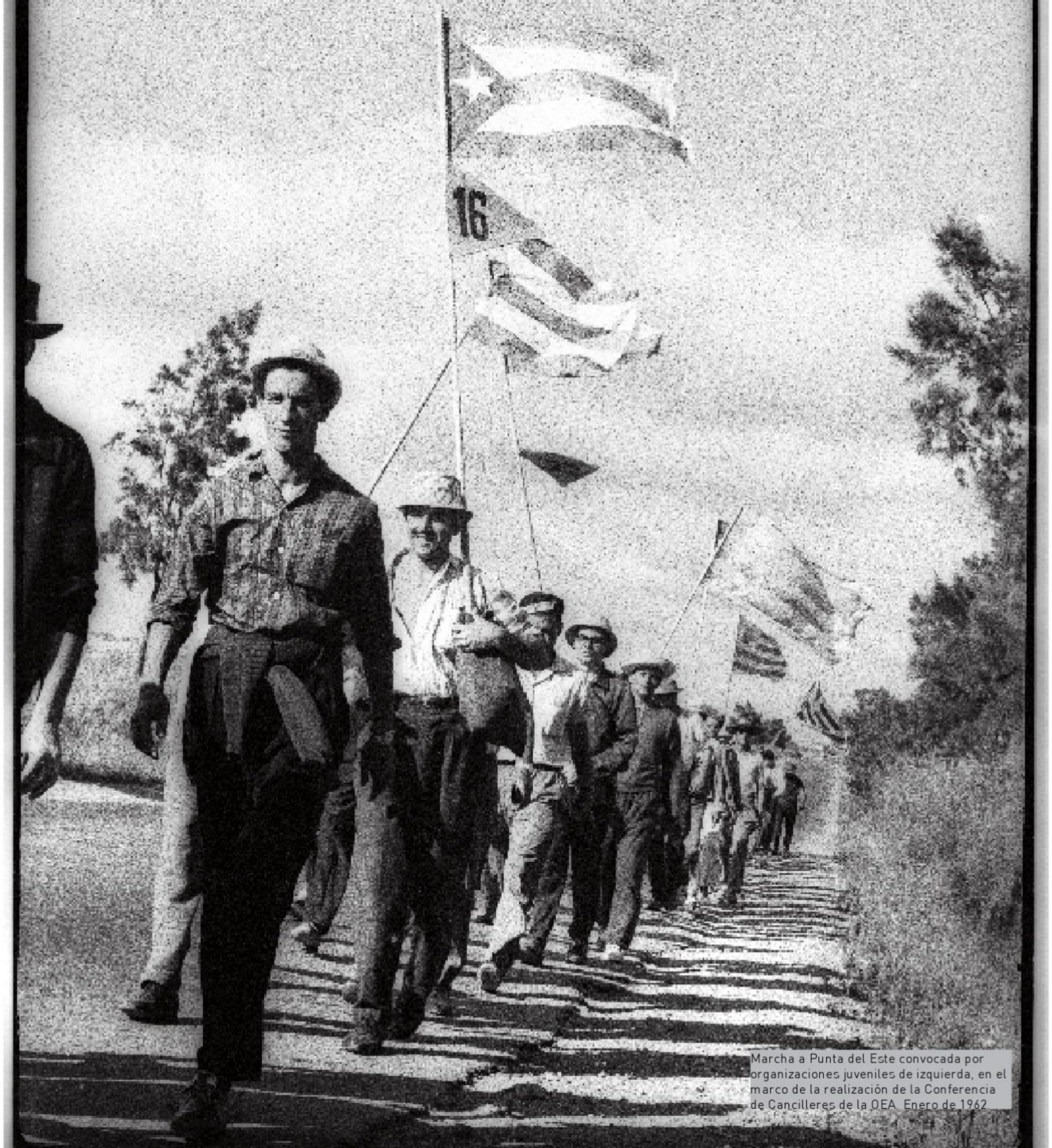
Jubilada en moviliza-
ción. 1 de julio de 1963.

Jubilada en movilización.
1 de julio de 1963.

Marcha a Punta del Este:

Sacrificio, solidaridad y romanticismo.

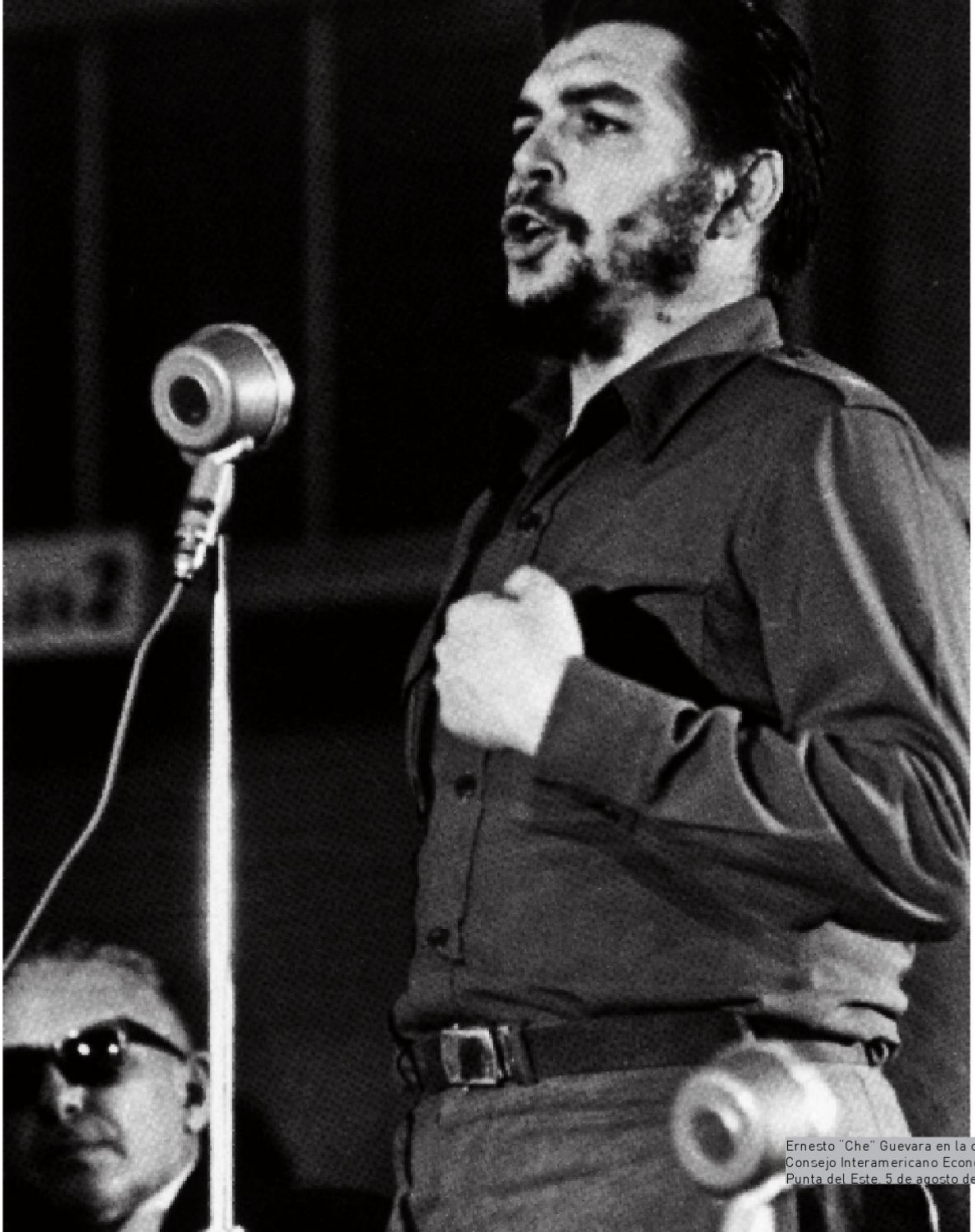
Marcha a Punta del Este convocada por organizaciones juveniles de izquierda, en el marco de la realización de la Conferencia de Cancilleres de la OEA. Enero de 1962.



Marcha a Punta del Este convocada por organizaciones juveniles de izquierda, en el marco de la realización de la Conferencia de Cancilleres de la OEA. Enero de 1962.

Marcha a Punta del Este convocada por organizaciones juveniles de izquierda, en el marco de la realización de la Conferencia de Cancilleres de la OEA. Enero de 1962.

Ernesto "Che" Guevara y dirigentes sindicales uruguayos. De izquierda a derecha los tres primeros son Enrique Pastorino, Héctor Rodríguez y Domingo Rey. Agosto de 1961.



Ernesto "Che" Guevara en la conferencia del Consejo Interamericano Económico y Social. Punta del Este, 5 de agosto de 1961.

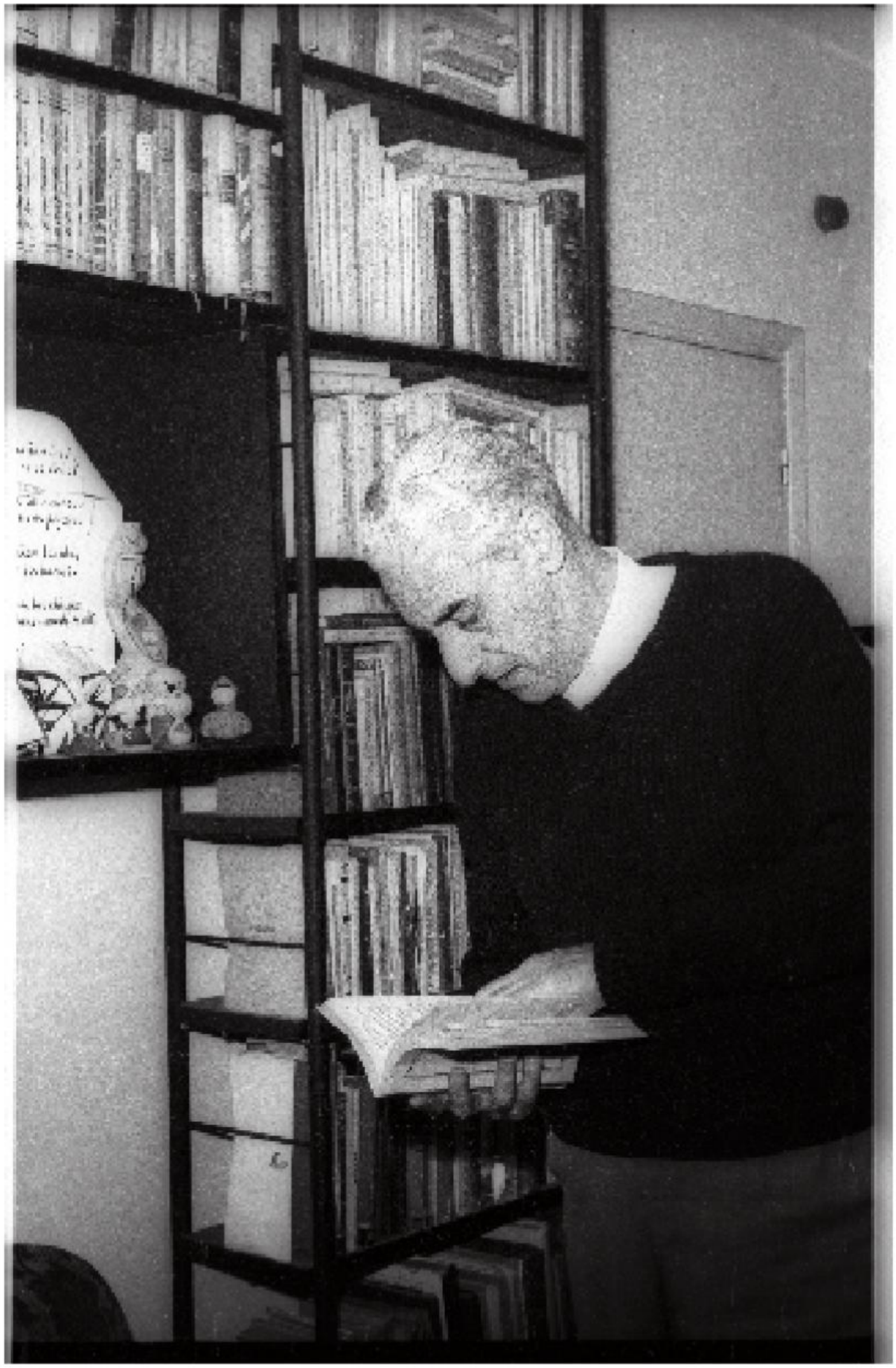
Cultura:

En todas sus disciplinas
junto a la gente.

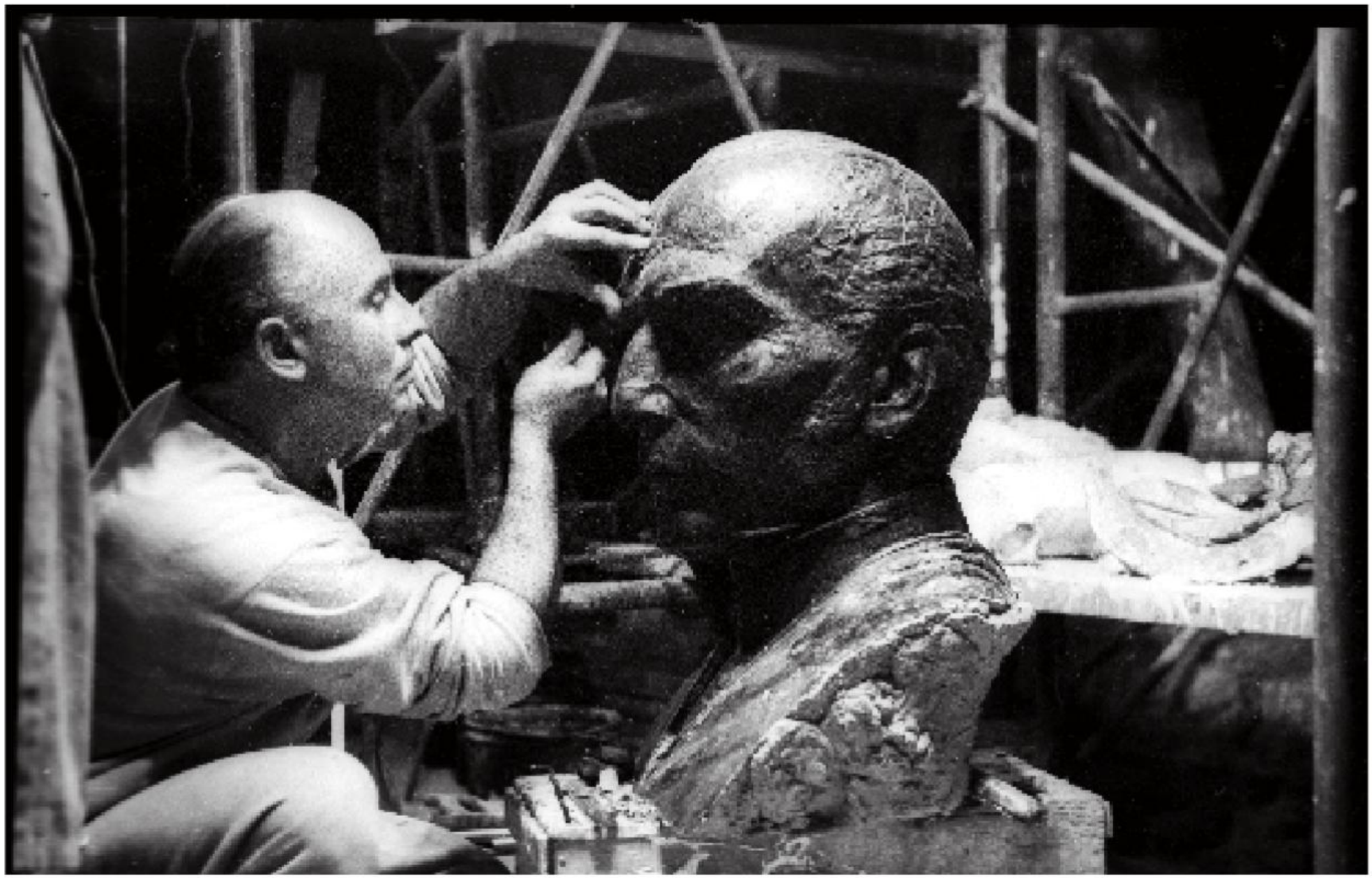
Daniel Viglietti. Atrás, de izquierda a derecha, el segundo es Rodney Arismendi y el tercero Luis Pedro Bonavita. Años de 1960-1973.

Conventillo Medio Mundo. Años 1957-1973.

Mercedes Sosa en festival organizado por El Popular. 15 de octubre de 1972.



Atahualpa del Cioppo. Años 1957-1973.



Armando González. Década de 1960.

Alfredo Zitarrosa. Años 1964-1973.

17 de abril de 1972:

Agraciada y Valentín Gómez.
Eran ocho obreros, tan sólo ocho.

Madrugada trágica la del 17 de abril. Pero días antes –para ser más preciso, el 14 de abril de ese mismo mes– el local central del PCU había sido asaltado a tiros. Paredes, puertas, ventanas y letreros impactados por balas de acero; los autos allí estacionados, destrozados a golpes con barras de hierro y a culatazos. El gran salón de actos estaba abarrotado de jóvenes; estaban de asamblea.

Los uniformados y no uniformados, con ametralladoras y pistolas en sus manos; a algunos, más 'guerreros', a lo Rambo, del cinturón les colgaban bombas de mano. Los patrulleros y los vehículos lanza-agua, a sirena abierta, creaban las condiciones para la estampida, excusa y sustento de una represión que hubiese sido trágica.

De terror. En medio de ese ulular de sirenas, disparos que por su potencia llegaron hasta el mismo Palacio Legislativo, en ese momento diputados y senadores estaban reunidos en Asamblea General.

Nos cuenta el ingeniero Wladimir Turiansky, entonces diputado por la 1001:

"En un cuarto intermedio, al salir de la cámara escuché ráfagas de disparos de ametralladoras. Alguien se acercó para decirme que estaban atacando la Casa del Partido de Sierra y Uruguay. Le avisé a Arismendi, llamé al compañero que oficiaba de chofer, Rodolfo Maldonado, el querido 'Cejita', le transmití lo que pasaba y le pedí que me llevara hasta allí.

Al llegar, nos encontramos la casa rodeada por jeeps del Ejército, vehículos lanza-agua y algún 'ropero', así como un movimiento inusitado de gente armada, algunos portando metralletas, vestidos de civil y con brazaletes blancos a manera de identificación. En medio de la confusión y del ir y venir, entramos al local. Allí nos encontramos con un panorama inusitado: cientos de compañeros tirados de bruces en el suelo, custodiados por soldados armados, mientras ese grupo vestido de civil, que luego sabría que eran oficiales del Ejército a cargo del operativo, corría de un lado para el otro, blandiendo sus armas y muchas veces por encima de los compañeros tirados en el suelo. Todavía desde algún sector de la casa alcanzamos a percibir algún disparo intimidatorio.

En tales momentos me pareció que era importante que los compañeros tirados en el piso supieran que no todo estaba perdido, y entonces solo se me ocurrió exclamar en voz alta: '¡Soy el diputado Fulano de tal, y quiero saber quién es el responsable de este operativo!'.

Recién en ese momento se apercibieron de que alguien ajeno a ellos se había introducido en el local, y en medio de gritos y órdenes nos sacaron a los empujones a la calle. Volvimos al Palacio Legislativo. Ya para entonces habían salido para la Casa del Partido Arismendi y Jaime Pérez junto a Gutiérrez Ruiz y otros legisladores.

Pudo ser tragedia. No lo fue, pero la tragedia programada de todos modos se produjo pocos días después, el 17. En la Seccional 20º. Como señalara Arismendi, el plan de los fascistas era empujar a la guatemalización del país. Ocho compañeros pagaron con sus vidas ese intento".

El polluelo de cóndor ya aleteaba.

¿Cómo hacer para mantener el país convulsionado? ¿Cómo encontrar la excusa para su presencia más que necesaria ante un marxismo creciente, con un Frente Amplio que nació pujante y hasta era liderado por un general dispuesto a cambiar la historia?

Encontraron la excusa. La del 14 les había fallado, pero en esta otra se la cobrarían. No hubo improvisación. El día podía haber sido cualquier otro, eso era lo de menos; el local no, ese lugar era el ideal para dar un golpe de efecto: mucho tránsito, zona densamente poblada por trabajadores de la cercana La Teja, de Nuevo París, del Cerro. Los trabajadores que viven en Colón, La Paz, Las Piedras, Progreso, al otro día, al despertar, se iban a enterar de que las Fuerzas Armadas, siempre vigilantes, habían aniquilado en forma fulgurante un reducto del marxismo internacional, que funcionaba en la avenida Agraciada: la Seccional 20 del PCU.

Como era una operación ilegal, fraudulenta, no querían testigos. Esperaron el manto de la noche, cortaron el tránsito. Llegaron en camiones de toldos oscuros decenas de efectivos armados con fusiles y ametralladoras. Esa vieja casona fue cercada, las casas linderas tenían que cerrar puertas y ventanas; según ellos, era zona de guerra. Después se encargarían de que llegaran a esas familias aterrorizadas sus voces de mando que conminaban a los subversivos a que se entregaran y entregaran el arsenal que ocultaban no se sabe en qué lugar de ese local partidario.

Los vecinos escucharon. A ellos y a los cercados. Ellos, con megáfonos, exigiendo las armas y la rendición. Los cercados, sin megáfonos, solo con su voz, diciendo que allí no había armas, que tan solo eran ocho, tan solo ocho compañeros.

Una descarga de fusilería los acalló. El megáfono, con potencia metálica, exigía que salieran con las manos en alto. Los gorriones y palomas habitantes del follaje circundante volaron enloquecidos sin saber a dónde ir.

Los vecinos cercanos abrazaban a sus niños aterrorizados. En su tensión de angustia y silencio captaron, percibieron el ruido de una puerta al abrirse, no se animaron a mirar, solo, tan solo sus sentidos escucharon el rozar de pies temblorosos en la vereda de enfrente.

La noche se hizo más oscura, el silencio presagiaba desgracia, un fuerte estampido cercano anunció a vecinas y vecinos el horror.

Se volvió a escuchar otro estampido cercano. Y otro, y otro, otro más, y otro, y otro. En medio de las detonaciones, los gritos de dolor.

Ocho cuerpos de trabajadores, muchos de ellos padres, honrados, buena gente, aún jóvenes, se desangraban. Se desangraban.

Era la guerra, otra vez la guerra. No sé qué nombre lleva esa "gloriosa batalla". Eran ocho obreros, tan sólo ocho.

Si fue batalla, si fue guerra, en algún lugar deben figurar los nombres de los mandos y subalternos que intervinieron. Debe existir alguna foja de servicio que exalte el valor y el arrojo de esos hombres guerreros; después de todo, hasta el último de los enemigos fue muerto, fue una victoria aplastante, sin heridos ni prisioneros de ¿guerra?

Nunca se vio, nunca se ha visto que de los triunfadores no se sepa ni los nombres ni los grados, ni a qué cuerpo de Ejército pertenecían.

En esta historia quizá un día los cantores como Paco Ibáñez cuenten que una vez soñaron "con un mundo al revés". Pueden decir, pueden –¿por qué no?– copiar a José Agustín Goytisolo diciendo, cantando:

"Todas estas cosas
había una vez
cuando yo soñaba
un mundo al revés".

Pero de los triunfadores de esa noche terrible y de ese amanecer rojo... ¡nada!, ¡nada!, ¡nada! Para los que cayeron con las manos en alto, sin armas, con la angustia de esos momentos trágicos, con sus hijos en el corazón; para ellos, el recuerdo eterno hecho monolito casi frente por frente del lugar donde amanecieron con los ojos abiertos, con el celeste cielo reflejado en ellos.

Sus nombres, gloriosos nombres:

Elman Fernández: músico, su instrumento era el violín. 37 años.

Raúl Gancio: obrero del vidrio. 37 años.

Ruben López: trabajaba en un almacén de la zona. Se desconoce la edad que tenía.

José Abreu: obrero metalúrgico. 32 años.

Héctor Cervelli: obrero metalúrgico. 43 años.

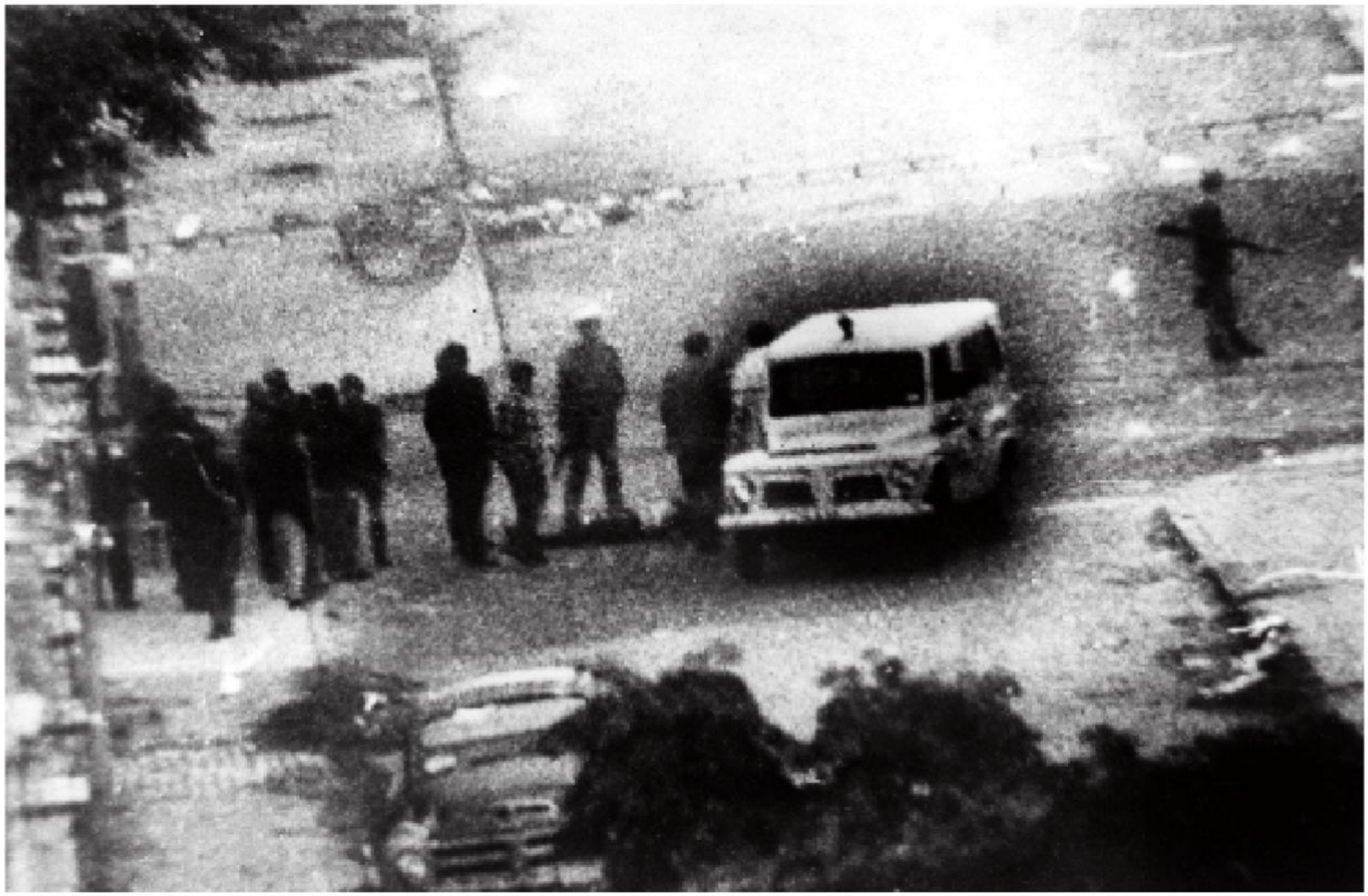
Ricardo González: oficial panadero. 21 años.

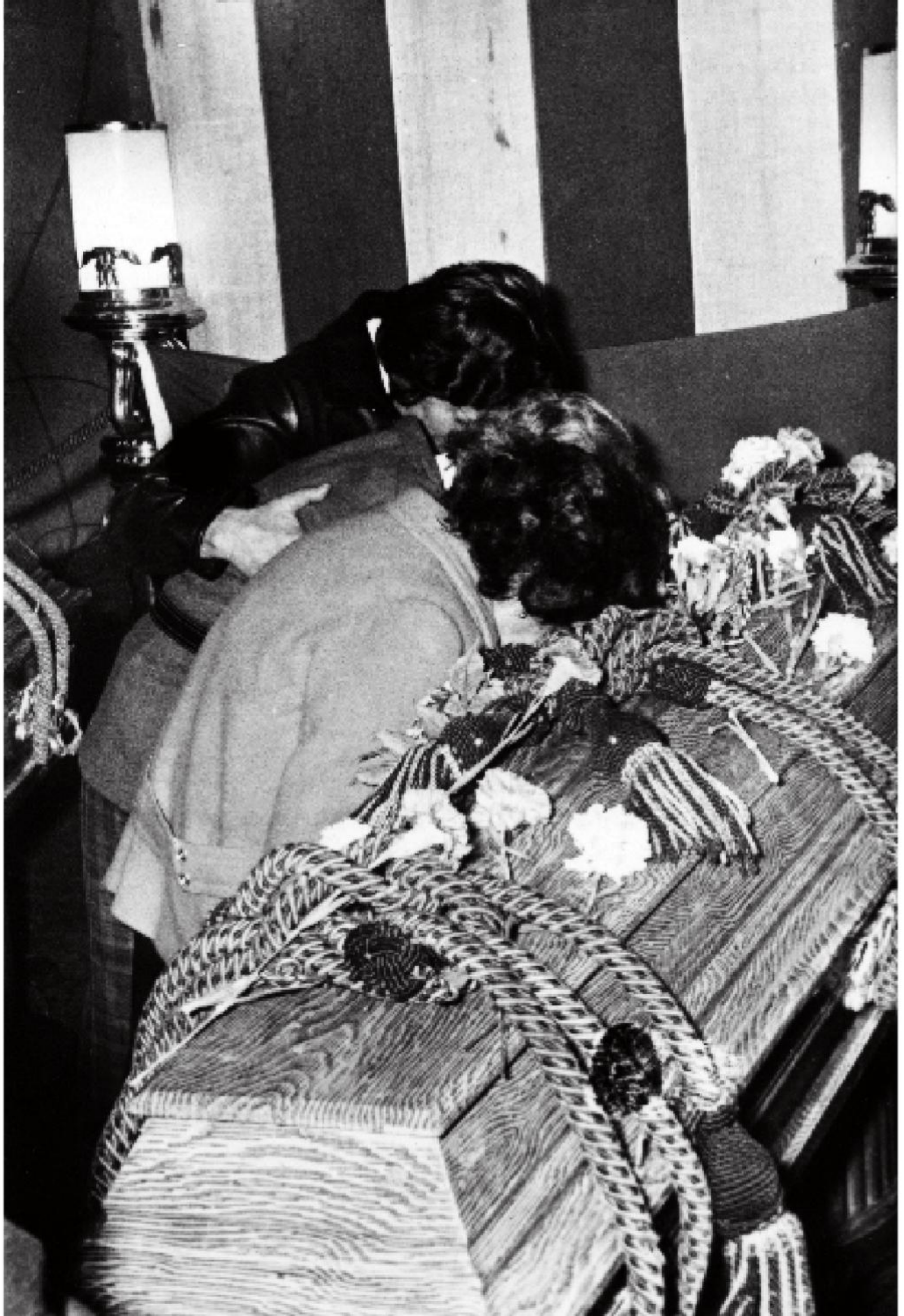
Luis Mendiola: Funcionario del PCU y difusor del diario El Popular. 46 años.

Justo Sena: obrero gráfico. 27 años.

Inmediaciones de la Seccional 20 del Partido Comunista, luego de ser baleada por integrantes las Fuerzas Conjuntas. 17 de abril de 1972.

Inmediaciones de la Seccional 20 del Partido Comunista luego de ser baleada por integrantes las Fuerzas Conjuntas. 17 de abril de 1972.





Velatorio de los militantes comunistas asesinados el 17 de abril en la Seccional 20. Casa central del Partido Comunista. Abril de 1972.

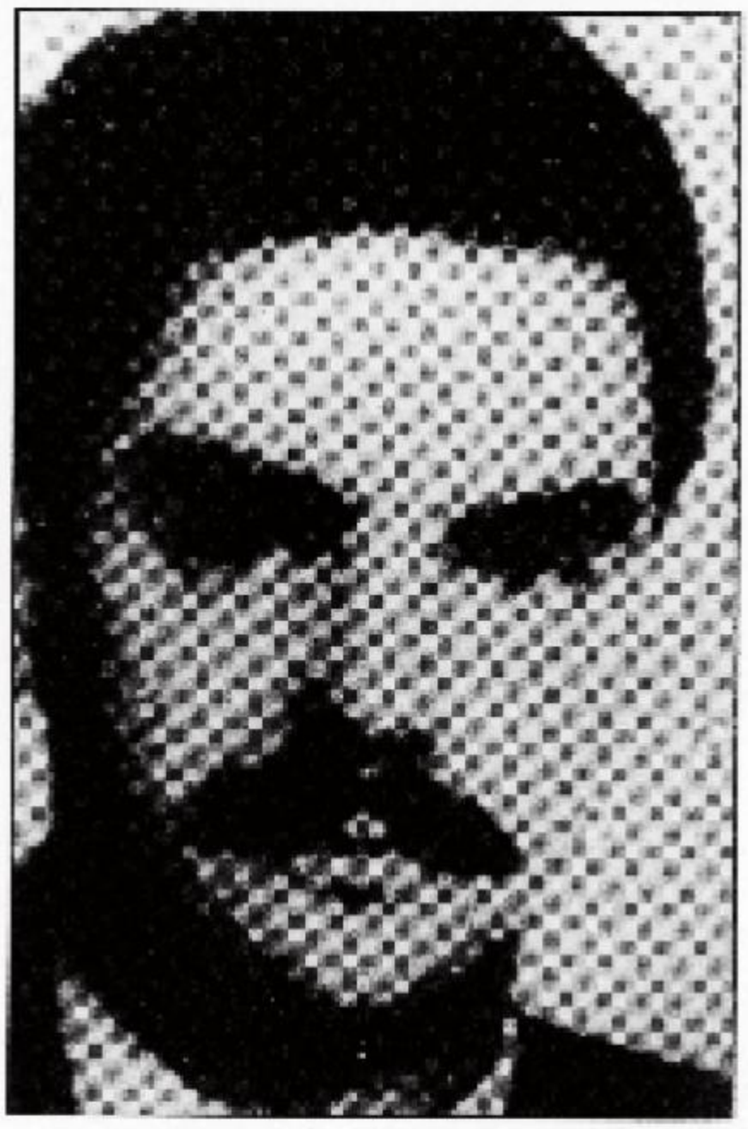
Sepelio de los militantes comunistas asesinados el 17 de abril en la Seccional 20. Año 1972.

Velatorio de los militantes comunistas asesinados el 17 de abril en la Seccional 20. Casa central del Partido Comunista. Abril de 1972.

Héctor Cervelli

Elman Fernández

Raúl Gancio



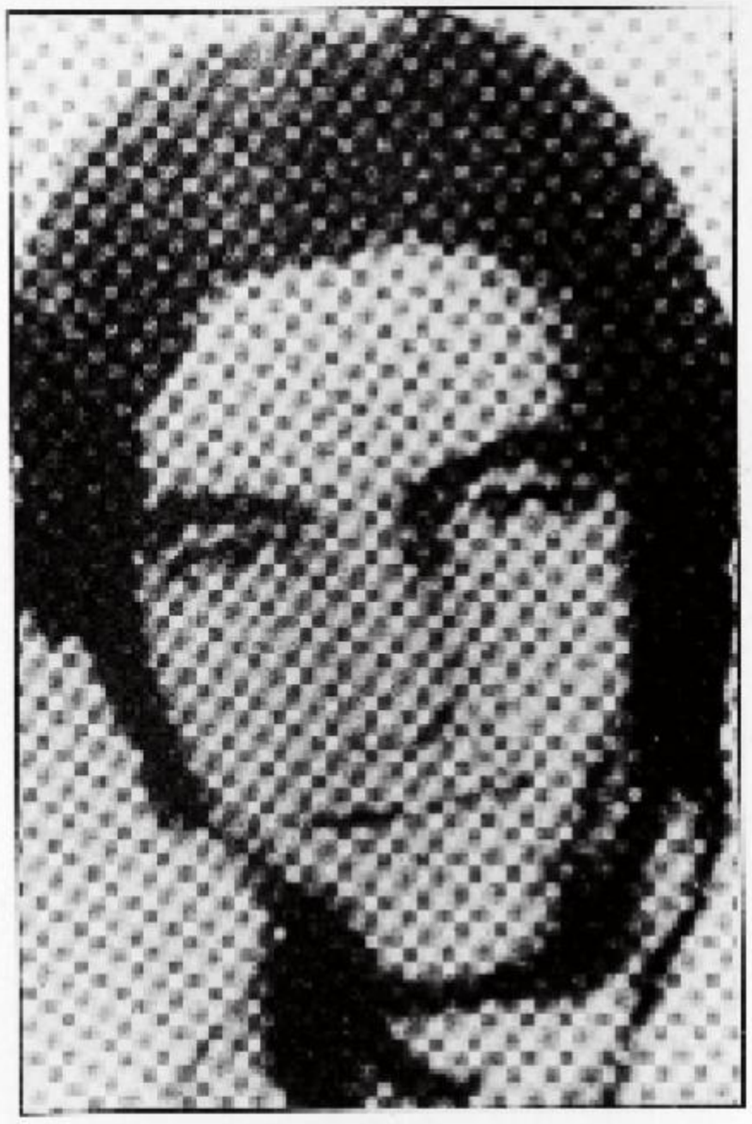
Ruben Claudio López

Retratos de los militantes comunistas asesinados el 17 de abril de 1972 en la Seccional 20.

José R. Abreu

Luis Alberto Mendiola

Ricardo González



Justo Sena

Febrero de 1973:

El golpe no prosperó.

9 de febrero de 1973.

Jerarcas del Ejército dirigiéndose hacia la Residencia Presidencial. De izquierda a derecha el segundo es Gregorio Álvarez. 9 de febrero de 1973.

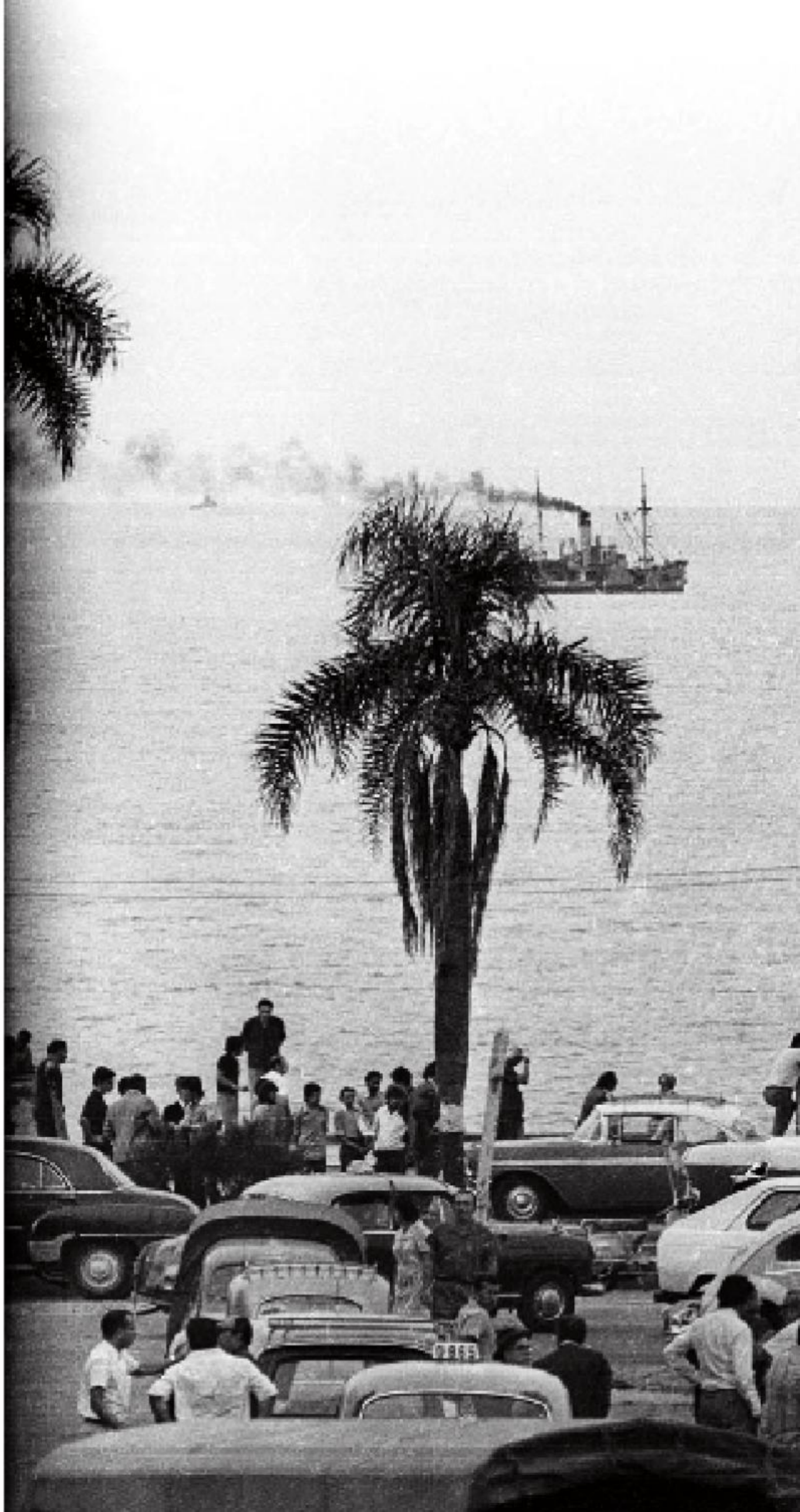
Ocupación de la Ciudad Vieja por fuerzas de la Marina, 9 de febrero de 1973.

Avenida de las Instrucciones.
Febrero de 1973.

16

Camiones del Ejército por avenida Agraciada,
actual Libertador. Febrero de 1973.

Ocupación de la Ciudad Vieja por fuerzas
de la Marina. 9 de febrero de 1973.



Ocupación de la Ciudad Vieja por fuerzas de la Marina. Rambla y Ciudadela. 9 de febrero de 1973.

Anexo

El agente de Inteligencia y Enlace Tellechea apuntando a Aurelio González durante las manifestaciones en repudio a la invasión estadounidense a Santo Domingo. Mayo de 1965.

Los que Quisieron Fotógrafo no Deben

El Ejemplo de Aurelio González,

El martes, la policía quiso asesinar a Aurelio González, fotógrafo de EL POPULAR. Por puro milagro salvó la vida. El estaba ese día, como tantas otras veces, cumpliendo su deber periodístico en el centro mismo de los acontecimientos, allí donde el pueblo, en la calle, enfrentaba la saña policial.

AURELIO GONZALEZ: "6 tiros a quemarropa"

Eso es lo que estaba haciendo el martes, en 18 de Julio y Yaguarón, donde la policía baleaba a los patriotas que protestaban contra la agresión yanki a Santo Domingo. Varios manifestantes habían sido ya alcanzados por el plomo policial. Y Aurelio González, como siempre, estaba allí documentando para EL POPULAR y para el mundo, el criminal atentado. Fue entonces que el oficial Tellechea, un esbirro de Inteligencia y Enlace, elemento conocido por su sádica brutalidad cuando de enfrentar a detenidos inermes o a pa-

Seguramente la idea le habí
porque ya es sabido la sección
Fetatura de Policía es uno de
penden casi directamente de
Embajada de los Estados Un

Tellechea desenfundó su
Aurelio González, casi a que
gatillo. Al tercer disparo, Au
darse tras un automóvil, da u
se incorpora. Y dando prueba
una sangre fría increíbles, al
disparando su arma, Aurelio
ca arma al esbirro de Intelig
siempre, su arma de todos los
Y así queda registrada en su
colega calificara de increíble.
bajador de EL POPULAR, un
Aurelio González nunca se dio
El tenía que registrar la acció
que estaba. El destino quiso
balas dieran en el blanco y
solución de continuidad, como
en la misma trinchera, junto a
imperialismo yanki. Fue una de

ENTARIA, CONSEJO DE GOBIERNO, JUNTA Y ORGANISMOS PUBLICOS

Asesinar a Nuestro Periodista al Servicio del Pueblo

de Quedar Impunes

a sido inculcada desde arriba.
en Inteligencia y Enlace de la
las cuerpos represivos que de-
las órdenes emanadas de la
dos.
pistola e hizo fuego contra
narropa. Seis veces apretó el
relio, que procuraba resguar-
n traspié y cae. De inmediato
de un arrojo, un coraje, de
tiempo que el asesino sigue
González apunta con su úni-
gencia y Enlace, su arma de
días: su máquina fotográfica.
película, un documento que un
Así entiende su deber un tra-
fotógrafo comunista. Porque
excusas para faltar a la cita.
de este criminal, costara lo
elizmente que ninguna de las
Aurelio estuvo enseguida, sin
siempre, como ahora mismo,
pueblo. Fue una derrota del
rrota de los asesinos de Viet-

de diez años, ha estado en cientos, en miles de actos, manifestaciones, ocupaciones de fábricas, junto a los trabajadores, junto a los estudiantes, junto a los jubilados.

De su conducta no dan cuenta sus palabras, sino los hechos. Junto al coraje, una modestia ejemplar. Se quiso asesinar en Aurelio González al patriota, al antiimperialista, al comunista, al periodista.

El hecho no puede, no debe quedar impune. Porque como dijera Rodney Arismendi esa misma noche en la Cámara de Diputados, ".. los que tiran contra el pueblo son los mismos que están dispuestos a disparar al corazón de las libertades". El asesino Tellechea debe ser destituido. Y junto con él, radiados todos los jerarcas de los cuerpos militarizados de la policía, responsables de los atentados, que hoy disparan contra el pueblo entrenándose para matar las libertades.

Dos nuevos records en Tablada

Dos nuevos records se anotaron en las cotizaciones de la tablada nacional, en la mañana de ayer.

Un lote de 40 vacas especiales, alcanzó el precio de 4500 milésimos

Ejemplar de El Popular. S.f.

Paran 24 Hs. los 60.000 Trabajadores de los Entes

Una vez más: el Sector de Gobierno y la 15 Impiden Investigación de las Cajas

Por Mociones del FIDEL Diputados Interpelará a Tejera y el Senado a Martins

SIN DIARIOS EL SABADO:

PARO CONTRA TEJERA Y VENTURA RODRIGUEZ

Deben Irse de Inmediato

En Defensa de las Libertades. - Solidaridad con los Reporteros Gráficos. - Se Exige la Renuncia del Ministro del Interior y del Jefe de Policía-El Viernes, Mitin a las 19 Hs. (Pág. 9)

precio del ejemplar $1

EL POPULAR

HOY A LAS 20 HORAS EN SIERRA 1720

★

Novas fue rechazado en Grecia

★

Genocidio Yanqui en Vietnam

Ejemplar de El Popular. 5 de agosto de 1968.

La Embajada Yanqui Paga Campaña de Ataques Contra Bancarios (Pág. 6)

REFINANCIACION CON INTERESES EXORBITANTES

Se Prendará el Oro y se Pagará 177 Millones por 130

Precio del ejemplar $1

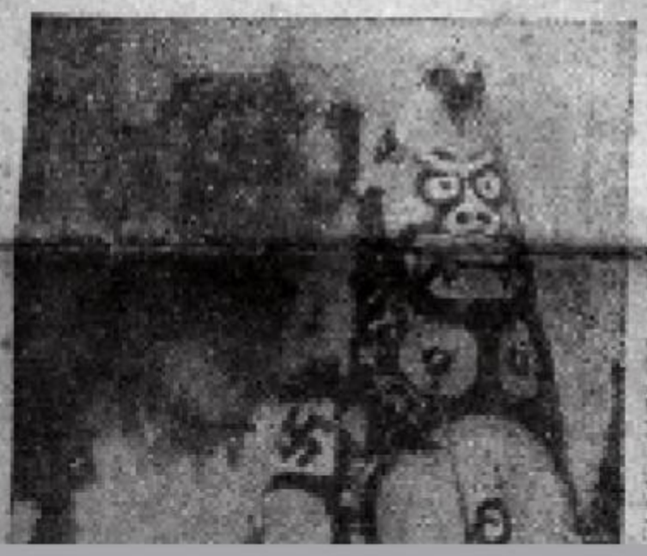
Platos Voladores

Dimite Jefe de la Aviación. Página 7

PERSECUCION POLICIAL CONTRA A. GONZALEZ

Asamblea contra nuevo [illegible]. — Se prepara [illegible] acto. — Atropello a la libertad de prensa

EL POPULAR



ACEPTAN PROPUESTAS DE UN CONSORCIO PETROLERO YANQUI

Ejemplar de El Popular. 8 de julio de 1965.

Ejemplar de El Popular dedicado a la llegada de Osvaldo Dorticós, presidente de Cuba, al aeropuerto de Carrasco.

Ejemplar de la revista soviética El Relevo, refiriéndo al trabajo de Aurelio González. Año 1967.

CAMARA AL HOMBRO, FABRICA POR FABRICA, DURANTE 15 DIAS

Ejemplar de La Hora acerca de la huelga general contra el golpe de Estado de junio de 1973.

Represión premeditada: operación de tipo militar

Ejemplar de El Popular sobre la represión policial en el aeropuerto de Carrasco a causa de las movilizaciones por la ruptura de relaciones con Cuba y la expulsión del embajador cubano de Uruguay. Setiembre de 1964.

Aurelio González. 1º de Mayo de 1964.

Aurelio González durante los incidentes del "Ibirocay".

Aurelio González denunciando a la dictadura uruguaya. Lisboa, Portugal. Año 1982.

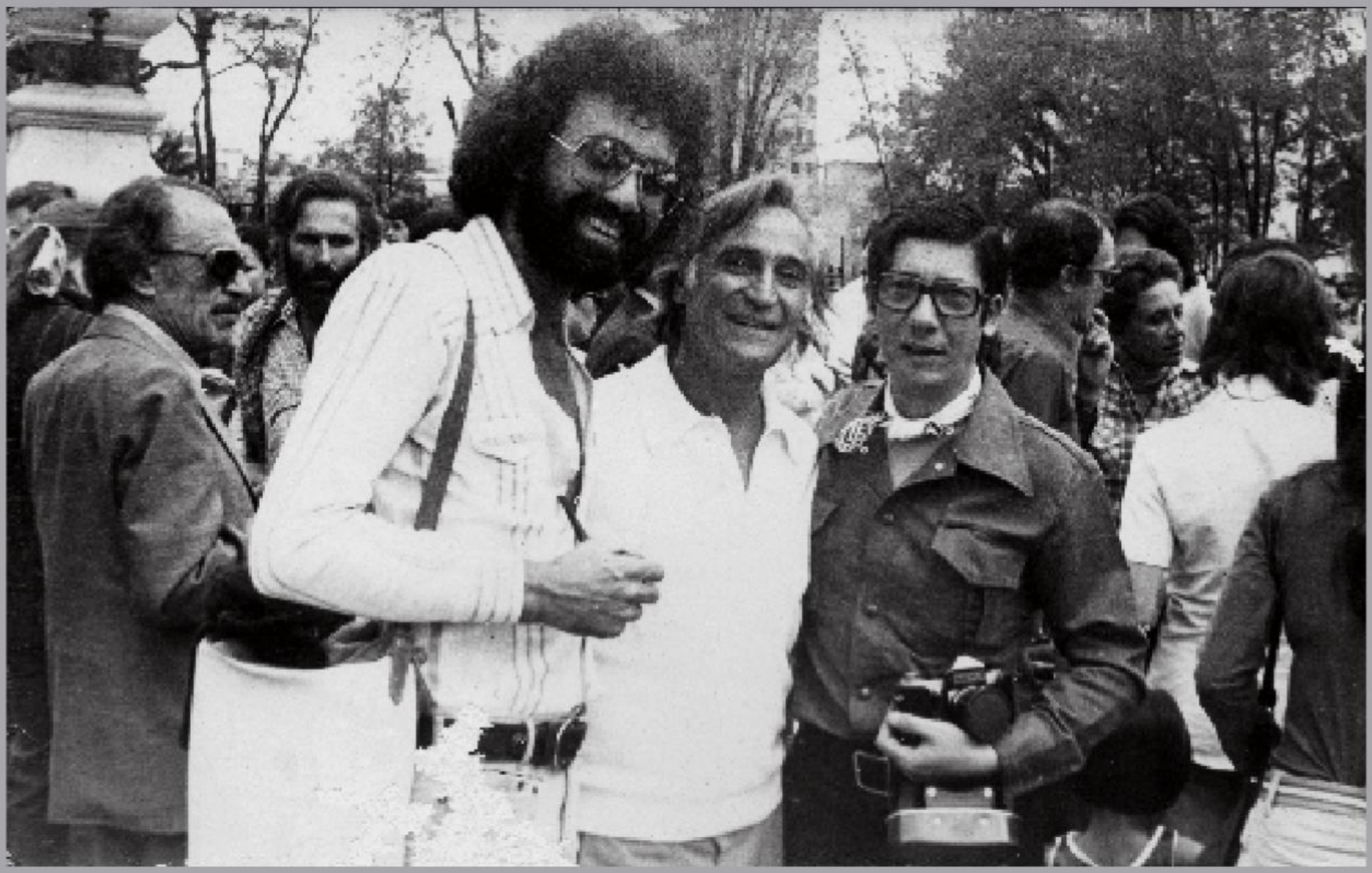
Consulado de Uruguay en Barcelona. Año 1984.

Liber Seregni y Aurelio González. Año 1971 (aprox.).

De izquierda a derecha Aurelio González, Juan José Crottogini y Luciano Weinberger. Noviembre de 1971.

De izquierda a derecha Julio Alonso y Aurelio González durante la Vuelta Ciclista. Departamento de Lavalleja. Año 1961 (aprox.).

A la derecha Aurelio González durante la Vuelta Ciclista. Año 1964 (aprox.).



De izquierda a derecha Roberto Darwing Rodriguez, Aurelio González y Alfredo Zitarrosa. México. Año 1982 (aprox.).

Fotógrafos, entre ellos, el tercero de derecha a izquierda es Aurelio González. Paso de los Toros durante las inundaciones del año 1959.

Hora 19.30

LISTA 6

SABLES

CONTRA FOT

MOTON

HOY

VIER

Pintadas convocando a un paro general de la prensa en protesta ante la represión sufrida por los reporteros gráficos en diversas movilizaciones. 7 de agosto de 1965 (aprox).

Foto: Pablo La Rosa

Con algo de rubor, este es mi testimonio

No se sorprendan, pero como deseo ser sincero con ustedes les quiero advertir que aunque se supone que gran parte de estas fotos son mías, les aseguro que hasta yo me sorprendo. Lo que sucede es que nunca me consideré fotógrafo del todo; es más, si me tuviera que definir diría que siempre pretendí ser un militante con una máquina de fotos colgada al cuello. Claro está que por los años transcurridos, siempre sacando fotos, adquirí cierto oficio y hasta de tanto en tanto sacaba algunas fotos que, si no buenas, eran o podían ser consideradas aceptables.

Me quiero presentar. Mi nombre es Aurelio González y Salcedo, nací el 14 de noviembre de 1931 en una "kabila" (pequeño y más bien pobre poblado marroquí) llamada Uad-Lau. Ubicada en el norte de Marruecos (África), a orillas del mar Mediterráneo, debe su nombre a un riachuelo que cruza el poblado.

Claro, en algún lugar hay que venir al mundo. Lo de nacer en Marruecos fue por causa del destino que le dieron a mi progenitor, militar español, oriundo de la región de Extremadura. Mi madre era andaluza, de Granada.

¿Qué les puedo contar de mí? No mucho. Llegué a Montevideo el 14 de noviembre de 1952, solo, con lo puesto. Ese día estaba cumpliendo 22 años.

Como es lógico, les tengo que seguir contando y confesando cosas de mi profesión. No es nada del otro mundo lo que tengo para decirles, pero les aseguro que mi fuerte nunca fueron las fotos sociales, bodas, cumpleaños o despedidas de soltero. Nada que ver. Es posible que mi infancia en aquel Marruecos donde todo era a tracción a sangre moldeara mi carácter. Con tan solo cinco añitos vi a hombres que a caballo y fusil en bandolera iban a combatir a esa España que se desangraba en una cruenta guerra civil.

Terminada la contienda, al poco tiempo comenzó la Segunda Guerra Mundial. España no era parte de ese conflicto pero era fuerte aliado ideológico y colaboró también con brigadas de 'voluntarios' con la Alemania nazi. Durante esa guerra que no era nuestra, vi excavar trincheras frente a la puerta de mi casa; los aviones que venían (según se decía) perdidos eran rechazados por los cañones antiaéreos. Me aterrorizaba el silbido de los obuses, me horrorizaban los cortes de luz y la probabilidad de que esa noche pudiésemos ser bombardeados.

Aparte de todo eso mi infancia transcurrió entre juegos, el barro, las rocas en el cercano mar, la polvareda huracanada que alguna vez que otra nos traía el 'simum' desde el fronterizo desierto del Sahara, el racionamiento y la escasez en todo.

Un día, sin saber cómo ni cuándo, cayó en mis manos un viejo ejemplar del Quijote. Quedé embrujado, quería ser como él.

Crecí, el Quijote siguió cabalgando en mí. Lógico, no eran tiempos de caballos y lanzas, ni de gigantes y princesas cautivas, pero su espíritu, su libre locura, o su locura que lo hacía libre, y su afán de justicia, no tengo dudas, me influenciaron.

Fue tan así, que sin tener dos cobres, ni boleto de tren o barco, crucé parte de mi Marruecos natal y el ventoso estrecho de Gibraltar. Cinco días después, ya estaba en la Isla de Gran Canarias. Ese día, si la memoria no me falla, era el 29 de octubre de 1952; recién había llegado de polizón desde la ciudad de Cádiz. Fueron tres días y tres noches de navegación. Con mis escasos dos cobres me quedé a dormir bajo las estrellas en el Puerto de la Luz.

Amaneció. ¡Siempre amanece! Al mirar hacia el lugar donde atracaban los barcos de ultramar, vi un gran navío, deslumbrante, blanco como una gaviota, de aspecto bacán. En una de sus chimeneas lucía una gran C.

El Quijote me espoleó. Me dije: "¡Lo tomo! Esto es más fácil que pelear contra molinos de viento".

Les aseguro que es una historia algo extensa, pero tratando de acortar solo diré que seis horas después de haberlo visto ya estaba dentro de él, y media hora más tarde soltó amarras. En ese momento me había transformado otra vez en polizón, y catorce días después el barco me puso en Montevideo.

No nací fotógrafo y, como digo más arriba, no me siento fotógrafo del todo. Soy, o pretendo ser, un militante con una cámara fotográfica colgada al cuello. Aprendí fotografía para darle solidaridad a alguien que la estaba precisando con desesperación. Él, fotógrafo en tardes de toros –ese era su trabajo en tierras alicantinas–, casi me impuso que aprendiera desde lo que eran el fotómetro y el diafragma hasta los grados de sensibilidad de las películas y cuanto producto extraño había que mezclar para preparar el revelador.

Nunca fui un exquisito para las fotos, y creo que para otras muchas cosas tampoco. Me enamoré de mi trabajo de reportero porque El Popular era lo que era, defensor sin claudicaciones de los trabajadores y de la gente y de familias de barriadas humildes. Nunca se me hizo cuesta arriba mi trabajo. Me encantaba ir a las obras de la construcción, a las fábricas y a los frigoríficos. Cuando me tocaba ir a Bella Unión, era llegar y meterme en el cañaveral. Fue toda una experiencia entrar en los campos de remolacha disfrazado de 'peludo' para sacar fotos de ese trabajo agotador.

Fue inolvidable la primera huelga de los peones de tambo, en febrero de 1957, yendo con los entrañables dirigentes de la CTU [Central de Trabajadores del Uruguay] Pedrito Aldrovandi, José Sinola y Hernán Marrero.

Ellos organizaban, animando e informando a esos ordeñadores de las madrugadas que era el momento de ir a la huelga. Desde allí, cortando campo y saltando alambrados, nos íbamos a otros establecimientos lejanos. Yo, pobre de mí, ante todo ese mundo que jamás había visto antes, me olvidaba de sacar fotos.

Puedo asegurar que fue un regalo del cielo caminar por las rutas acompañando a aquellos peones de

tambo recién declarados en huelga. Al pasar los años fueron decenas de veces que desde los lugares más lejanos nos veníamos caminando con textiles, portuarios, obreros de la carne o de la construcción. Dormir en las banquinas o en algún predio cedido a los caminantes se había convertido en algo habitual.

No había asamblea, manifestación, ocupación o conflicto que no se reflejara en las páginas de El Popular.

Siempre me sentí parte de cuanto gremio obrero o estudiantil ganaba las calles para luchar por sus reivindicaciones. Sin medir horas, ni días, ni feriados, más de una vez, y quizá por eso mismo, sufrí persecución, apaleamiento, detención y hasta intento de ser baleado.

Muchas veces me tocó ir al litoral en giras electorales o simplemente políticas. Recuerdo con nostalgia cuando al cruzar el río Negro lo hacíamos arriba de una balsa, con ómnibus y todo: el puente desde Mercedes a la otra orilla aún no existía.

Es posible que mucha gente me considere un gran fotógrafo. Creo que se confunden; es probable que por las ganas de fotografiar y de plasmar en imágenes lo de ellos, ¡sí!, lo que ellos protagonizaban, en su generosidad me lo adjudican a mí como si yo fuera el protagonista.

No era tan así, pero cierto es que por complicada que fuera la situación, por difícil que resultara llegar, y aunque más de una vez fueran serias y peligrosas las fotos a tomar, siempre estuvimos, ya sea junto a los que marchaban por rutas y caminos, o junto a los que manifestaban u ocupaban fábricas y frigoríficos.

No los quiero cansar con mi historia y mis recuerdos. Fui siempre con alegría y pasión a cuanto lugar nos requerían; es quizá por eso que he vivido plenamente.

Qué más decirles... Pero si ustedes me lo permiten y el gran poeta Pablo Neruda me autoriza, de verdad les digo, con la mano puesta en el corazón: "confieso que he vivido".

Si este libro ha visto la luz es porque había necesidad de mostrar aquel Uruguay poco publicitado. Por suerte, la inquietud de muchos para que de esta historia no queden páginas en blanco hizo posible esta publicación.

Claro, para todo esto tienen que existir las personas con la sensibilidad y hasta el coraje suficiente para hacerlo nacer. Por eso nuestro agradecimiento a la profesora y actual intendenta de Montevideo, señora Ana Olivera, y al Centro de Fotografía (CdF), desde su principal responsable, el señor Daniel Sosa, hasta cada uno de los que ahí trabajan.

Les puedo asegurar que la aventura de hacer este libro nos hizo correr, descartar, volver a poner y bucear en un mar de más de cincuenta mil fotogramas. Muchos quedaron por el camino: no se puede hacer un libro con miles de fotos.

De todos modos, es increíble que haya sido posible esta así como otras publicaciones realizadas por el CdF, tan increíble que es pionero en toda América Latina en esta tarea. A veces pareciera que este equipo quisiera dejar a las generaciones futuras la historia contada en imágenes.

Para terminar, y con gran afecto, me dirijo a mis compañeros fotógrafos del diario El Popular, desde Hermes Cuña, Eduardo Bonomi, Sergio Pereyra, Héctor Mesa y mi hijo Fernando hasta los periodistas Walter Cruz y el salteño Lenin de los Santos, que muchas veces, mochila al hombro, recorrían el país haciendo notas y fotos.

Deseo aclarar que en esta publicación hay muchas fotos mías –era el que más años llevaba en el diario– pero otras tantas son de ellos. Vayan entonces mi agradecimiento y las disculpas por no poder decir qué foto es de cada cual. Igual, éramos un equipo.

A todos, mi agradecimiento.

Aurelio González

Montevideo, 14 de noviembre de 2011

Latas de película 35 mm donde se guardaron y conservaron los negativos que componen el archivo fotográfico del diario El Popular.

Cadena de trabajo Fondo Privado El Popular (FPEP)

A comienzos del año 2006, el Centro de Fotografía tenía previsto inaugurar una Muestra Homenaje al fotógrafo Aurelio González. En ese contexto se encontró en un ducto de calefacción del Edificio Lapido la mayor parte de los negativos de fotografías del diario El Popular que antes del golpe de Estado de 1973 habían sido escondidos por González y su equipo de fotógrafos. Una vez recuperadas Aurelio González encomendó al CMDF la conservación y la custodia de estas fotografías.

El 10 de marzo de 2006, el CMDF inauguró la Muestra Homenaje a Aurelio González en la que se expusieron algunas de las fotografías encontradas junto a las tomadas en el marco de la huelga general en repudio al golpe de Estado en junio y julio de 1973 y conservadas por González quien luego las llevó al exilio. Esta muestra fue visitada por más de 9000 personas, y desde marzo de 2006 hasta el presente ha recorrido distintos departamentos de Uruguay y varios países (España, Francia, Suiza, Brasil y Argentina).

CADENA DE TRABAJO Y DESCRIPCIÓN DE FONDO

Para el tratamiento documental del Fondo Privado El Popular, el CMDF ha implementado una cadena de trabajo diseñada a partir de las normas y recomendaciones internacionales en materia de conservación preventiva y tratamiento archivístico. La metodología de identificación y descripción documental fue diseñada tomando en cuenta las necesidades de búsqueda de los múltiples usuarios del servicio y los protocolos de tratamiento digital del CMDF.

Las fotografías fueron incorporadas al cuadro de clasificación de fondos del CMDF como fondo privado, previa realización de una ficha descriptiva (ISAD-G), de utilidad para el conocimiento general del conjunto documental.

CONSERVACIÓN PREVENTIVA

Entre febrero y noviembre de 2006 se llevó a cabo la primera etapa de conservación preventiva. Los negativos fueron acondicionados en fundas de polipropileno, numerados por tira, guardados en cajas y almacenados en la cámara de conservación climatizada del CMDF a 20ºC +/- 1 y 40% +/- 1 de humedad relativa. Hasta el momento fueron contabilizadas 48.626 fotografías en soportes de plástico y papel. Si bien podemos encontrar diversos formatos, el 95% son negativos 35mm.

DOCUMENTACIÓN

A continuación, se diseñó una ficha de descripción por reportaje, que se configuró en la información de archivo del Software Photoshop. Para la indexación de las fotografías se elaboró un tesauro acorde a al arco temporal y a los contenidos predominantes en las fotografías documentadas, que se utiliza como herramienta para la descripción, catalogación y búsqueda.

Las actividades de documentación se realizan utilizando información bibliográfica y contrastando las fotografías con datos proporcionados por Aurelio González y los ejemplares del diario El Popular, conservados en la Biblioteca Nacional y en la hemeroteca del Palacio Legislativo. Luego se aproxima una fecha y se elabora un asunto específico para cada reportaje, en el que figura la información contextual y se omiten aquellos datos que no se desprende directamente de la imagen. En tercer lugar, se colocan las palabras claves acorde al Tesauro del CMDF incorporando los datos contextuales y la información denotativa de la imagen y se editan las fotografías para digitalizar, valorando los documentos desde los puntos de vista histórico y fotográfico.

La descripción de los reportajes se incorpora a planillas descripciónFPEP_T, quedando registrados también el número de tira, los responsables de la tarea, el nombre de la película y el número de caja. Hasta el momento se han documentado más de 10.000 fotografías, que constituyen aproximadamente un 20% del volumen total del fondo.

DIGITALIZACIÓN

Por último, las fotografías del Fondo Privado El Popular se digitalizan en un escáner Nikon Super Coolscan 5000 ED a una calidad de muestreo de 5800 x 3800 píxeles (100% 4000 dpi) y 16 bits en escala de grises. Los monitores y el escáner en los que se realiza la digitalización son calibrados por un calibrador Gretagmacbeth modelo Eye One Pro con niveles profesionales de gestión de color. Se generan archivos tiff sin compresión, que se graban en tres DVDs y se realiza una copia en jpg para la visualización de las imágenes en el catálogo digital del CMDF de libre acceso a todo público.

ACCESO

A partir de la ficha de descripción por reportaje se agrega la información de archivo a las fotografías digitalizadas, que luego migran al catálogo digital del CMDF, donde el público realiza búsquedas en función de diversos intereses y temas de estudio.

Sobre el [cdF]

El Centro de Fotografía (CdF) es una unidad perteneciente a la División Información y Comunicación de la Intendencia de Montevideo que se dedica a conservar, documentar, generar, investigar y difundir imágenes fotográficas de interés para uruguayos y latinoamericanos.

Creado en 2002 a partir del archivo generado a lo largo del siglo XX por la Comisión Municipal de Fiestas y la Oficina de Propaganda e Informaciones, custodia un acervo en permanente crecimiento, compuesto por aproximadamente 100.000 fotografías históricas y 30.000 fotografías contemporáneas, producidas por la Intendencia de Montevideo o incorporadas a través de donaciones y convenios con instituciones y particulares.

La conservación preventiva de su acervo, así como su digitalización y descripción documental, se realizan bajo normas y estándares internacionales. El archivo histórico se encuentra en constante ampliación mediante donaciones, acuerdos de trabajo y convenios con instituciones y particulares. Por otra parte, el equipo de fotógrafos del CdF realiza un registro permanente del acontecer de la ciudad, a partir de líneas de trabajo específicas.

Anualmente equipos interdisciplinarios integrados por los miembros del CdF visitan instituciones vinculadas a la fotografía en todo el país, brindando orientación sobre conservación, digitalización y documentación de archivos.

El CdF cuenta además con un área dedicada a la investigación histórica, cuyo trabajo ha enriquecido el conocimiento y la difusión del acervo institucional y de diversos fondos y colecciones, y ha avanzado en la realización de la historia de la fotografía en Uruguay.

Procurando estimular la producción de trabajos fotográficos y la realización de libros de fotografía, anualmente el CdF hace una convocatoria pública para la publicación de libros fotográficos de autor y de investigación, y ha consolidado la línea editorial Cdf Ediciones.

Actualmente cuenta con cinco salas destinadas exclusivamente a la exhibición de fotografía: la Sala del CdF, ubicada en el propio Centro; la Fotogalería del Teatro Solís, destinada a la fotografía de las artes escénicas; y las fotogalerías a cielo abierto del Parque Rodó, Prado y Ciudad Vieja, concebidas como espacios al aire libre de exposición permanente. Las propuestas de exposición son seleccionadas cada año mediante convocatorias abiertas a todo público.

El CdF produce *f/22. Fotografía en profundidad* y *Fotograma tevé*, programas televisivos en los que se entrevista a personas vinculadas a la fotografía desde diferentes campos, se divulgan nociones de técnica y se difunde el trabajo de numerosos autores de todo el mundo. Además ha participado y producido audiovisuales específicos, como el documental *Al pie del árbol blanco*, que cuenta el hallazgo de un gran archivo de negativos de prensa, extraviado por más de treinta años.

Entre sus actividades formativas y de difusión el CdF lleva a cabo diferentes charlas y talleres. Entre ellos se destacan *Fotoviaje*, un recorrido fotográfico a través del tiempo dirigido al público infantil, y las *Jornadas sobre Fotografía* que anualmente cuentan con la presencia de especialistas del país y del mundo, concebidas para profundizar la reflexión y el debate en torno a temas específicos.

Cada dos años se organiza el festival internacional *Fotograma*, en cuyo marco se exponen trabajos representativos de la producción nacional e internacional, generando espacios de exposición y promoviendo la actividad fotográfica en todo el país.

Próximamente el CdF se trasladará al edificio del ex Bazar Mitre (Av. 18 de Julio 885), donde funcionará un Laboratorio Integral de Conservación de Imágenes Fotográficas. Concebido como un espacio de formación y docencia, el lugar se proyecta como un centro de formación regional dedicado a la especialización de personas de toda Latinoamérica que, desde diversos ámbitos, trabajan con y a partir de las fotografías.

El nuevo edificio, dotado de mayor superficie y mejor infraestructura, potenciará las posibilidades de acceso a los distintos fondos fotográficos y diferentes servicios del CdF, y posibilitará habilitar la mediateca al público, que cuenta con una vasta colección bibliográfica sobre técnica, autores, conservación e historia, y todas las producciones audiovisuales del CdF. La nueva sala de exposición estará acondicionada de acuerdo a parámetros internacionales, lo cual también permitirá organizar con frecuencia exposiciones de autores y colecciones de todo el mundo.